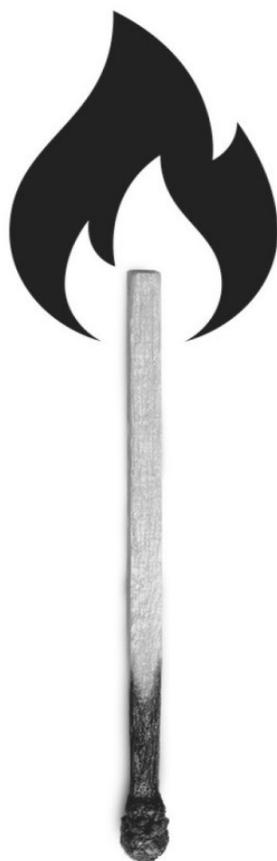


LAS RAMONAS

Ana Cabaleiro

Traducción de
María Alonso Seisdedos



DE CONATUS

COLECCIÓN ¿QUÉ NOS
CONTAMOS HOY?

LAS RAMONAS

ANA CABAILEIRO

LAS RAMONAS

Ana Cabaleiro

Traducción

María Alonso Seisdedos

DE CONATUS

COLECCIÓN: ¿QUÉ NOS
CONTAMOS HOY?

Título original:
Las Ramonas

De esta edición:
© De Conatus Publicaciones S. L.
Casado del Alisal, 10
28014 Madrid
www.deconatus.com

Primera edición en De Conatus: marzo de 2020

Copyright © Editorial Galaxia S.A. 2018
Título original *As Ramonas*
Primera publicación en 2018

Diseño: Álvaro Reyero Pita

ISBN: 978-84-17375-37-9
Producción del ebook: booqlab.com

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede reproducirse total ni parcialmente, ni almacenarse en sistema recuperable o ser transmitida, en ninguna forma ni por ningún medio electrónico, mecánico, mediante fotocopia, grabación ni otra manera sin previo permiso de los editores.

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:
comunicacion.deconatus@deconatus.com

PRIMERA PARTE

8

VERANO

Mi marido se acuesta con esta pobre ilusa, vuelve a pensar Mona Otero. Vuelve a pensarlo por tercera o quizá ya por cuarta vez desde que se subió al coche y se desespera, porque no llevan ni tres minutos de trayecto. Esta imagen, la de la pobre ingenua seducida, ya la ha tenido antes, al menos unas veinte o treinta veces más durante la boda del sábado. Y en simultáneo también piensa que ya es mala suerte que le haya tocado ir en el maldito coche con ella.

Todavía van a la altura del cruce del gallinero, que además de no ser lo que se dice un cruce, no tiene cerca ningún gallinero, solo la granja de pollos de los Novo, que forma parte del paisaje histórico del entorno desde que a Mona le alcanza la memoria. Lo que sí es cierto es que ese cruce, que es más bien el empalme de una pista en otra, es como una frontera, el final de Saídres, la parroquia de Mona y el comienzo del exterior, sea cual sea ese exterior, Silleda o Lalín, o incluso Pontevedra o Compostela, esos sitios a los que habitualmente hay que ir por alguna causa: comprar, ir al médico o arreglar algún papel.

Ahora ya no es sábado, es lunes, y Mona Otero tiene, en efecto, todo el cuerpo de lunes, ácido y pesado, y se ve metida en un coche con una tía que sin duda es la amante de su marido y se siente arrasada por dentro por el fin de semana terrible que acaba de padecer, que ha sido como un rosario de pesadillas extenuantes. Mona Otero sonrío. No será ella la perdedora de la historia. Nunca lo ha sido en casi quince años de matrimonio.

—Oye, me alegré mucho el sábado cuando vi que te habían contratado. Eres la única fotógrafa que conozco que saca guapa a cualquiera.

La conductora del coche, la amante de su marido, Ra Meixide, entabla la conversación justo con lo que más le puede doler, el machaque de su espíritu profesional con la maldita frase de *sácame guapa*. Ambas saben que esa fue la causa del encontronazo del sábado y Mona trata de dilucidar si su interlocutora es valiente o una simple inconsciente al volver a hurgar en la herida.

—A ti te ha pasado como a mí. Por un lado teníamos que trabajar y, por el otro, íbamos de invitadas, y de tanto atender al trabajo al final no disfrutas de la fiesta.

Ra Meixide sigue perorando animada sobre la maldita boda. Demasiado animada, le parece a Mona. Empieza a preocuparse por el rumbo que está tomando la conversación, pero no le queda más remedio que entrar en el juego.

—Era la primera boda que hacías, supongo. Como llevas aún tan poco tiempo de concejala...

—Sí, sí, me hizo muchísima ilusión, ¿sabes? Porque los novios pidieron ex profeso que los casara yo.

Al oírla, a Mona le viene como una ráfaga de compasión. Ya no es solo que Ra Meixide le parezca algo ingenua, sino también ególatra profunda. Entiende que la flamante concejala de Participación Ciudadana y Turismo está ensayando para labrarse la pose de política humilde, de las que quieren seguir siendo pueblo llano. Para empezar, hoy pone su coche particular a disposición del prójimo, en este caso, a disposición de Mona, para los viajes compartidos. Ra Meixide, una política de su tiempo que no malgasta el erario público, que contribuye a la conservación del medio ambiente y bla, bla, bla, una persona maravillosa. ¡Cuántas como ella ha conocido!

Apenas están llegando al atajo que atraviesa la parroquia de Negreiros y que va a dar a la nacional 525, justo antes de la recta de Rolán. ¡Lo que aún le queda metida en ese coche! Cuarenta kilómetros por lo menos.

—¿Cómo es que vas hoy a Compostela? Y tan temprano.

—Tengo una reunión a primera hora en San Caetano, a primerísima hora, la verdad. Por eso cuando vi tu solicitud en BlaBlaCar me pareció perfecto aprovechar el viaje.

A Mona le parecen demasiadas explicaciones. Una reunión en la Xunta en agosto ni siquiera le suena creíble, pero Ra Meixide continúa hablando como una metrallera, con un soniquete estridente, tal como la recuerda en los mítines de la campaña electoral.

Al pasar por el trecho de carretera desde donde se ve el lugar de Riobó, todavía en la parroquia de Negreiros, Mona deja volar la parte tonta de la neurona hacia el grupúsculo de casas donde pasó su primera infancia, en casa de tía Milita, que ni era tía suya ni nada. No era más que la casa en la que se había criado su padre después de que lo hubieran recogido de dios sabe dónde. Nunca le han contado ese momento de la historia familiar. Allí queda, escondido, no se ve desde la carretera, el puente de piedra que pasa sobre la vía del tren, junto a la casa de Penido. Era en otro tiempo un territorio autónomo, una reserva independiente y secreta, todo un mundo propio, con un pretil de piedra que se curvaba en arco por encima de los raíles, que se veían allá al fondo y que atesoraban todo un universo maravilloso de fábulas pobladas de monstruos que vivían entre las zarzas de las lindes y entre las traviesas de la propia vía. Era un mundo oscuro, el de los cuentos que se inventaban desde la atalaya del puente, donde no había espacio para princesas, porque en los cuentos de aldea solo habitan ogros y dragones deformes y amenazantes contra los que hay que luchar a muerte en batallas terribles e imaginadas cada día, siempre peligrosísimas. Por eso llegaba tarde a comer a casa de tía Milita. Piensa, como de pasada, como si fuera un pensamiento dormido en una galaxia paralela, que debería plantearse algún proyecto sobre los puentes de piedra, o sobre las vías del tren, o sobre los terraplenes que las limitan infestados de zarzas y maleza, algo que por fin impactara a su galerista.

—Me encantaron tus zapatos, de lo más elegante que he visto en mucho tiempo.

La gran Ra Meixide, la concejala animosa, parece sonreírle en señal de paz. Acaban de entrar en A Bandeira, y ante el semáforo en rojo, paradas de un modo absurdo en una calle desierta, silenciosa, desolada a esas horas tan tempranas, se ve a sí misma y a la amante de su marido como si estuvieran en la vía principal de un poblado del Oeste después de un tiroteo. Mira con algo de ansia a las aceras, a las ventanas de los bajos, a los escaparates, y no ve ni un triste gato ni un perro callejero ni un pájaro despistado que surque el aire a esas horas de la madrugada. Son apenas las siete y cuarenta de una mañana de lunes. Y además de ser lunes, es agosto, y llueve malamente y sin ganas, como por tocar las narices. Y ya ha pasado mucho desde la espera en el punto de encuentro, a la puerta de la taberna de Saídres, la de Concha, rogando a los dioses profanos que el conductor de BlaBlaCar no se hubiera perdido. Andar por las aldeas no siempre es tan fácil como parece en Google Maps. Diez minutos resguardada bajo el balcón del bar, mirando obsesivamente hacia el lado de A Pena, que era por donde tendría que aparecer el coche, atisbando a la nada, o sea, hacia unas cuantas fincas y la casa abandonada del cura al fondo, con la iglesia en lo alto, y al final, *Ra 32 años conductor nivel experto* era la maldita concejala parlanchina.

—Y además de elegantes, parecían cómodos. Eran cómodos, ¿no?

La voz aguda no le da tregua, voz de política competente y dispuesta, que la devuelve a la

noche del sábado, al claustro en ruinas del monasterio de Carboeiro, decorado para la ocasión por algún pijo con ínfulas artísticas, imitando una especie de jardín silvestre entre piedras históricas. Allí estaba ella, a las siete de la tarde, con sus zapatos dorados recuperados directamente del arcón del desván de la casa de Saídres, que acumulaba quincalla de cuya procedencia ya nadie en su familia sabía responder; podían ser las cosas del tío Ernesto de cuando estuvo embarcado, o los restos del equipaje de una hermana de la bisabuela que volvió de Brasil rota y moribunda, o simplemente trastos sin historia, restos desvalidos de la vida de cada uno que habían ido llenando, a lo largo de los años, el arcón del desván.

—Sí, eso sí, comodísimos.

Van pasando por Loimil y grandes nubes grises y bajas siguen lagrimeando mansas. Ra Meixide conduce al límite de la prudencia, pero sin sobrepasarlo, con un punto de correcta contención. Habla animadamente de la boda, de cómo conoció a los novios, ahora ya matrimonio, de cómo le pidieron que fuera ella, la nueva concejala, la del recién formado Gobierno municipal, la que oficiara la ceremonia civil. Ni diez semanas hacía que ostentaba el cargo, era su primera boda.

—Me ha encantado la experiencia, la verdad. En general las bodas son momentos de tanta felicidad, todo el mundo se esfuerza para que salga todo perfecto, para que tenga ese toque como de magia, ¿no? Además, la novia iba taaan espectacular, ¿a que sí?

Para Mona, la novia podría haber ido envuelta en celofán y no habría ido más espantosa. En realidad, no le apetece hablar de la boda. No quiere hablar de nada con esa tía, pero contribuye a la conversación como cabe esperar.

—La que iba espectacular eras tú. Me encantó el vestido que llevabas, ¡qué tela!, con esos brillos, con esos matices irisados...

Le agrada comprobar que Ra Meixide es tan simple como ególatra, y no tiene reparo en seguir con frivolidades.

—Bueno, chica, es que en eso de las telas yo juego con ventaja, quieras que no, es una asignatura que me ha tocado estudiar desde la cuna.

Mona recuerda la tensión en la fiesta patronal de San Juan, cuando ella y sus primas estrenaban sus vestidos, todas tiesas y temerosas de mancharlos o estropearlos. Por aquel entonces, conocía a la gran Ra Meixide por ser la hija de Mucha, la de los retales, en cuya tienda la tía Milita compraba las telas para hacerles los vestidos, todos idénticos, a lo mejor cambiando el color de un lazo o de un volante. Las llevaba a sesiones interminables para escoger el género en los escasos diez metros cuadrados de local, que más bien parecía el despacho de un estanco, con estanterías y cajas de rollos de tela, de hilos, de gavetas llenas de muestras de botones, de presillas, de pasadores, de corchetes, allí toqueteando, sobando y palpando calidades, consistencias y resistencias, mientras se desgranaba, una a una, la vida de cuanta conocida había. Y allí estaba ella, la hija de Mucha, la de los retales, sentada en una banquetta en un rincón, entre el mostrador y el escaparate, con el libro abierto sobre las rodillas, atenta a lo que se le mandase: *niña, cógeme ahí en ese cajoncito los botones nacarados, ese, sí; sácale aquí a la señora esa tira de puntilla fina que acaba de llegar, que me parece a mí que le va perfecta a la cinturilla de estos conjuntos*. La pequeña Ra Meixide, callada y obediente, podría muy bien haber protagonizado una película de esas de cómo se alcanza el gran sueño americano, con tesón y esfuerzo, la hija de soltera que ayuda en el negocio familiar, estudia con becas públicas y suda sangre y lágrimas hasta que consigue la plaza en propiedad de profesora de química en un

instituto, que llega incluso a directora del centro, y que se permite una excedencia para ponerse al servicio de la ciudadanía en el Gobierno municipal. Y todo antes de la edad de Cristo. Sin perder, por tanto, ni un minuto de su vida.

—La del vestido rojo con cristalitos cosidos, ¿sabes cuál te digo?

Claro que Mona sabe cuál le dice. Iba armada con una réflex último modelo y un juego de flashes nuevecitos. Mucha idea de fotografía no se le veía, porque se movía de una punta a otra como si tuviera que hacer fotos desde todos los ángulos, cuando una profesional de verdad lo que hace antes de empezar es buscar la dirección de la luz y localizar los espacios para ir a tiro fijo.

—Me tocó compartir mesa con ella, y era simpatiquísima. ¡Vaya personaje! Estuvo contando anécdotas de sus viajes. Resulta que ha recorrido medio mundo.

Simpática sería, pero Mona recuerda a la supuesta señora viajera usando la cámara en automático y disparando cuando se le antojaba, muchas veces al mismo tiempo que ella, quemándose mutuamente el trabajo con tanto flash, y consiguiendo que le cayeran bien todos los demás invitados que andaban por allí incordiando con sus móviles de última generación para hacerse el típico *selfie* con los novios.

—¡Qué risa! Nos contó que en la India tenía que ducharse con un cubo y un cazo, y que un día por lo visto le tocó un cubo con rana y que se fue duchando como pudo mientras la rana la miraba fijamente. ¡Nos tronchamos! ¡Si hasta imitaba a la rana y todo!

La concejala prosigue animada con las anécdotas del sábado, y Mona, viendo lo mucho que se enrolla con ese tema, sabe que acabarán llegando a la parte espinosa. Dejan atrás el puente sobre el río Ulla, cubierto de niebla y calabobos, y se van acercando ya a Santa Cruz de Ribadulla. Mona se da cuenta de que Ra Meixide hace gala de una mezcla curiosa de política abierta y dicharachera, de conversación amable y campechana, con un poso cotilla y desinhibido, que identifica con la herencia de los años que pasó en la tienda materna de los retales. Ya a la altura de la señal de la limitación a cincuenta, en la entrada de Lestedo, a Mona le viene a la boca un regusto a bilis. Allí, justo allí, pero yendo en sentido inverso, le había puesto la guinda a la desastrosa jornada del sábado.

Allí la paró el agente de tráfico, barra luminosa en ristre, y perdió los pocos puntos del carné que le quedaban. Atraviesan Lestedo, y la boda y toda la hecatombe que desencadenó siguen planeando sobre su ánimo. Es justo en ese punto cuando cae en la cuenta de que la concejala no le ha preguntado qué hacía en Saídres, sola y sin coche, un lunes por la mañana, cuando ella y su marido viven en Compostela. Y piensa de nuevo lo que ya pensaba en aquel instante preciso de la boda, el sábado por la tarde, lo que lleva pensando desde que se montó en ese coche: mi marido se acuesta con esta pajarraca. Y a continuación algo aún peor, y el muy cabrón me la manda para que me haga de choferesa hasta Compostela. Le entran ganas de abrir la puerta y tirarse en marcha. Quién la habrá mandado montarse.

A las ocho y diez atraviesan A Susana, con un orvallo espeso y gris por toda compañía. Mona intenta tranquilizarse. Ya queda menos. Siete kilómetros escasos.

—¿Y cómo llevas el mandato? ¿No me digas que no piensas coger vacaciones?

Observa como Ra Meixide sonrío con suficiencia antes de contestar. Le encanta tener la oportunidad de responder a esa pregunta.

—¡Solo faltaba que me cogiera vacaciones! Si no hace ni tres meses que tomamos posesión.

Y mientras Ra Meixide explica sus planes de trabajo, haciendo alarde de sus ansias de servicio a la ciudadanía, de su abnegación, Mona tan solo ve a una vulgar engreída, pura fachada,

y es incapaz de entender qué ha podido ver su marido en semejante mujer. Se fija en sus curvas. Ya se había fijado el sábado y se da cuenta de que sabe vestir, de que escoge las prendas que le favorecen y le disimulan las lorzadas. Porque lo cierto es que Ra Meixide, a sus treinta y pocos años, está gorda. Tiene barriga y unas caderas anchas y gruesas. Quizá lo que lo pone a cien es el contrapunto, piensa. Quizá le guste su descaro, la forma directa y nada disimulada de darse importancia, ese modo de creerse que es la guinda de cualquier pastel. Piensa que a lo mejor así se siente triunfador, incluso poderoso, al lado de una chica casi diez años más joven que él y con cierto éxito público.

Recuerda el pésimo gusto del ejercicio de corrección contenida durante la boda mientras ella iba de un lado a otro con el equipo fotográfico a cuestas. Eso le había hecho caer en la cuenta, como si de una epifanía se tratara, de que su marido no había coqueteado con nadie en toda la noche. No era lo habitual. Disimulaba, correcto y elegante dentro de su traje de firma, como el empleado bancario vestido de domingo que era. Ella habría preferido que flirtearan sin tapujos, que todo hubiera quedado en el episodio simpático de la noche, de esos de mira tú la concejala y el del banco, el marido de la fotógrafa, qué bien parecían entenderse el otro día en la boda. Entonces todo quedaría en el típico chismorreos festivo achacable a la fiesta, al alcohol. Pero esa actitud que habían adoptado, como de disimulo, de culpabilidad manifiesta, le preocupaba más. No había conocido antes a ninguna amante de su marido. Sabía que existían, pero para ella no tenían ni cara ni cuerpo ni personalidad definida; por no tener, no tenían ni una forma concreta de reírse. Alguna vez que otra le había visto un mensaje en el móvil, cuando le entraban mientras él estaba en la ducha por la mañana, del tipo *hoy hay mercado en A Estrada, si te puedes escapar de tu mujer, igual podemos comernos una tapita de «rabo»*, y entonces se reía de ese rabo entre comillas. No eran más que tonterías sin importancia. Trofeos de cazador cobarde.

A la altura del hotel Santa Lucía, a punto de enfilar hacia las rotondas de entrada a la ciudad, con la concejala explicando los retos del comercio local frente a las grandes superficies, Mona sigue con la cabeza atrás. Recuerda, todavía con la bilis alterada, el horrible momento en la mesa en la que les había tocado sentarse, donde no conocía a nadie ni tenía puñetera gana de hacerse la simpática después de haber pasado horas y horas dándole al disparador sin cesar, colocando a la gente para los retratos de grupo, esquivando a los listos de los *selfies* y a la inútil del vestido rojo y la cámara réflex. Todos comían marisco mientras ella, alérgica, mordisqueaba unas rodajas de embutido haciendo que mojaba *crudités* de zanahoria en un cuenco de hummus de garbanzos. Hora y media de pesadilla. Nadie en esa mesa, ni siquiera su marido, podía entender la santa paciencia que estaba teniendo en aquellas circunstancias. Y en una especie de vana venganza, ni se había esforzado en meter baza en las conversaciones ni en poner buena cara mientras elogiaban los langostinos y ensalzaban las almejas a la marinera. No se sentía cómoda entre esos amigos recientes de su marido, compañeros de trabajo casi todos; se sentía como un perro verde y más desplazada que en ninguna otra boda. Por eso, y porque estaba cansada, le daba a la copa de albariño meneo tras meneo.

A la hora del baile y tras las obligadas fotos de la pieza inaugural de novios y padrinos, deambulaba entre las parejas torpes y medio alcoholizadas que bailoteaban por la pista y sacaba fotos un poco al tuntún, para que pareciera que hacía algo de utilidad y por ir matando el tiempo. Y en una de las múltiples veces que volvía a la mesa a darle otro meneo a la copa, se había encontrado con la concejala, la oficiante de la ceremonia civil que los había reunido allí a todos esa noche. Una especie de estrella secundaria. Parecía estar despidiéndose. Se preguntaba si se

habría acercado a despedirse solo a su mesa, es decir, a la mesa de su marido, o si habría hecho un itinerario por todo el salón. A fin de cuentas, era política de profesión. El caso es que, al llegar a la mesa para hacerse con una dosis de su veneno particular, la magnífica Ra Meixide estaba a punto de irse, pero en un alarde de ingenio y simpatía había tenido tiempo de dirigirle su espectacular sonrisa y soltarle *Mona, no trabajes tanto, chica, y disfruta un poco... Y ya sabes, ¡a mí sácame más guapa!* Y a esas horas a Mona Otero, la artista degradada a vulgar fotógrafa de aldea, se le fundieron los fusibles, no pudo refrenar su propia voz, y se oyó a sí misma decir *más guapa, sí, querida, solo faltaría, eso es fácil, pero más delgada, ¡seguro que no!* Un silencio espeso se apoderaba de lo que quedaba de su mesa y Ra Meixide se alejaba toda digna, contoneando las caderas, bastante más rolliza que hacía unos meses, eso era evidente, y Mona había pensado que después de esas temporadas desquiciantes de precampañas y campañas electorales en las que todo el mundo adelgazaba, pillar kilos enseguida sería hasta lo más normal.

A partir de ese preciso instante su marido no había vuelto a dirigirle la palabra y, lo peor de todo, tampoco había vuelto a dirigirle ni una mirada. Cuando al fin ya no había música ni luces de colores, y no quedaban sino unos grandes focos blancos y fríos desgajando los sortilegios del alcohol, Mona recogía los bártulos y echaba a andar hacia el coche y él ya estaba allí apoyado, esperándola con total apatía. Entonces, buscando una revancha de última hora, en lugar de ir en dirección a Compostela, enfilaba hacia Saídres, pensando que pasar lo que quedaba del fin de semana en casa de su familia sería como jugar en campo propio y la ayudaría a inclinar la balanza a su favor. Pero él no se había dignado a hablarle ni siquiera después del episodio del control de alcoholemia y de tener que conducir hasta la aldea. Al regalito de haber perdido todos los puntos del carné se le sumaba la sorpresa de encontrarse, el domingo por la mañana, con que ni su marido ni su coche estaban ya allí. No se había molestado ni en encender el móvil en todo el día, y los mensajes que le iba enviando se iban quedando varados en la indiferencia.

Sin preguntar y sin dudar, a la altura de la rotonda de O Castiñeiriño, Ra Meixide coge por la calle de A Estrada, sigue por Santas Mariñas, después por Picaños y una vez en Ponte do Sar, a la altura del almacén de fruta, gira a la derecha, hacia el Multiusos, para dirigirse, al llegar a Fontiñas, a la entrada del centro comercial. Mona está a un tris de preguntar *¿y tú cómo sabes que vivo aquí?*, pero la concejala se le adelanta:

—Aún tienes el estudio aquí en Área Central, ¿no?

Mona sonríe, no tiene más remedio que asentir. Y se queda con las ganas de verbalizar en voz alta todas las otras preguntas, las de se puede saber dónde has conocido tú a mi marido y cuánto hace ya que estás con él y qué coño te ve. Y de explicarle que una amante es una amante, y una esposa, en cambio, una compañera en la vida y en los proyectos en común, y que ella, la gran Mona Otero, la que un día vio una obra suya expuesta en ARCO, es cotitular de la cuenta conjunta, con todo lo que ello implica, una cama de metro y medio para compartir y una vajilla carísima para recibir a los amigos. Han llegado, y Mona lo que de verdad desea es no tener que volver a encontrarse a la concejala estupenda en lo que le resta de vida.

Pero en el mismo instante en el que Mona se baja de ese coche con olor a flores químicas de ambientador barato, detenidas bajo la llovizna que las ha venido acompañando todo el trayecto, Ra Meixide, pícara y bromista, le guiña un ojo y se lo suelta de nuevo:

—Ya sabes, ¡sácame guapa, eh!

Y Mona Otero, que no va a ser menos, le devuelve la sonrisa y el guiño y le contesta:

—Sí, mujer, guapa sí, que eso es fácil.

Decide que no le enviará el código del viaje. No le va a permitir que cobre ni los cinco euros que le corresponden de BlaBlaCar.

OTOÑO

I

Mona va con la sensación de que lleva toda la vida transitando por la nacional 525, arriba y abajo. De Silleda a Compostela. De Compostela a Silleda. Un no parar de idas y venidas recorriendo la línea roja que representa la carretera en los mapas, como si fuera un rastro de sangre, y que cruza desde la provincia de Pontevedra hasta la de A Coruña por encima de la frontera del río Ulla, apenas marcado por un trazo finísimo de color azul claro. Mona sabe que esa línea roja que en el papel aparece casi recta es una mentira, que en la realidad es un camino de asfalto gris, sinuoso, como una vieja serpiente remolona, con la piel endurecida y remendada, con sus cuestas empinadísimas, sobre todo a orillas del Ulla, e infestada de esas trampas indignas que son las limitaciones de velocidad a cincuenta kilómetros por hora.

Pero hoy Mona no se tiene que preocupar por los límites de velocidad. Además, tiene una resaca espantosa. Al volante va Monchita, su querida Monchita Silva del alma. Si con alguien ha transitado por la línea roja de la N-525 ha sido con ella, primero en el coche de línea de la empresa Castromil, todos los viernes y todos los domingos durante sus cuatro años de estudiantes, Mona haciendo fotografía en la Escuela de Artes y Oficios Mestre Mateo, y Monchita, Periodismo en la facultad vieja, la de la plaza de Mazarelos. Después, en coches de segunda mano, los primeros que se pudieron comprar, o en coches de los novios de aquellos tiempos en los que aún era todo posible, muchas veces en el primer coche de Roi, el que es ahora marido de Mona, y en coches de amigas y amigos, por ese trayecto que las llevaba y las traía para cumplir con la norma no escrita según la cual las nacidas en la aldea deben ir a comer los domingos a la casa familiar un fin de semana sí y al otro también. Mona y Monchita, que tantos domingos habían tenido que trabajar, formaban parte de una tribu minoritaria que hacía la comida familiar en lunes, que era como un domingo a destiempo, tristón, sin vermú, sin pasteles, sin siesta.

—Al final, ¿cuántos meses te han quitado el carné? ¿Tan borracha ibas?

Monchita, su querida Monchita Silva, habla riéndose con la boca pequeña, mirándola de reojo mientras aparenta ir muy concentrada en la carretera. Aprovecha la intimidad del coche para sacar un tema por el que apenas pasaron de puntillas hace solo unas horas, en la noche del reencuentro de las cinco compañeras de piso de la época de estudiantes, una tradición anual que conservan desde hace tres lustros y en la que determinadas miserias que ya no encajan acaban sepultadas en un prudente silencio.

—Qué va, iría tan borracha como otras veces, pero me han quitado los últimos puntos que me quedaban y ahora tengo que hacer el maldito examen ese para que me los devuelvan. Y encima me obligan a esperar seis meses para poder recuperar el carné.

—Pero no puedes ir a trabajar en BlaBlaCar, ¡que estamos en plena temporada de bodas!

Monchita siempre tan racional, tan práctica, tan imposibilitada para la locura.

—Mejor, así me libero de esa esclavitud. La última ha sido la que os conté anoche, la que ofició la concejala nueva, la que supongo que es la nueva conquista de mi marido.

No sabe por qué, pero Mona necesita expresarlo otra vez en voz alta. Y se detesta por haberlo hecho. A ella, que desde siempre ha sido tan discreta con las aventuras extramatrimoniales,

propias y ajenas, vinieran de donde vinieran, le gusta presumir de que se comporta como una señora. Nota que a Monchita también empieza a atravesársele el tema.

—¡Ay, Ramona, chica, qué desconfiada eres! ¿Tú qué sabrás? Busca algo que escuchar ahí en la guantera, anda. A ver si nos animamos.

Y Mona, a quien en su vida adulta ya nadie se atreve a llamar Ramona, salvo su querida Monchita Silva, revuelve entre los CD y saca uno de Ana Kiro sin dar crédito. Con los acordes iniciales se desternillan de risa y cantan a gritos la primera estrofa de *catro vellos mariñeiros, catro vellos mariñeiros, todos metidos nun bote, voga, voga, mariñeiro, imos p'ra Viveiro, xa se ve San Roque...*

—Lo compré para mi abuela, que últimamente hay que ir con ella mucho al hospital, pobre, y se le hace largo el camino.

Mona comprende y calla. Monchita está en el paro. No hace ni dos meses que Mona la ayudó con la mudanza. De Compostela a su parroquia natal de Carboeiro. Una vez más recorriendo la línea roja de la N-525. Casi veinte años metidos en tres viajes, en el maletero del Renault Mégane, para apilarlos entre el desván de la casa familiar y la habitación infantil de una Monchita de otros tiempos. El periódico en el que trabajaba Monchita presentó un ERE después de ocho meses sin pagar las nóminas.

—No le veo salida a esto, Ramona. Yo en la casa de Carboeiro no aguanto. Y estoy sin blanca, que no sé cuándo cobraremos, no hay fecha aún para el juicio.

Mona tampoco le ve salida. Es como una peste que se extiende, sin distinguir sexos ni edades ni capacidades, ni ninguno de los méritos conocidos hasta ahora. Le pregunta, impotente, si ha pensado en cambiar de sector.

—¡Y tanto! Como si quedara algún periódico vivo en este país al que llamar. El periodismo está muerto. Tendré que dedicarme a otra cosa, lo quiera o no.

Monchita se está alterando con la conversación. Grita tanto al hablar que Mona apaga la música. Ve que agarra el volante con fuerza.

—Siempre ha sido una profesión curiosa la vuestra. Ni durante las vacas gordas dejasteis de trabajar en precario. Puede que un cambio sea de verdad una bendición, nunca se sabe.

Le dan ganas de cortarse la lengua por haber soltado semejante argumento manido. Ella nunca ha sido cobarde, siempre ha sido capaz de llamar al pan, pan, y al vino, vino, pero en esta ocasión no se siente capaz.

—Dentro de tres meses se jubila un taxista en Silleda. Cogeré su plaza. Si consigo cobrar a tiempo, claro. Si no, no sé qué será de mí, que ni para gasolina tengo, me da mi madre.

Y Monchita Silva, siempre tranquila y rubia como un angelote, golpea con la mano abierta el volante. Han salido a las once de Compostela, han pasado la noche en casa de Mona. Su marido tenía cena con los colegas del banco, como cada viernes desde hacía dos meses, y no se molestó en ir a dormir, como cada viernes desde hacía dos meses. Cenaron juntas las cinco, en su nostálgica reunión anual, y bebieron *gin-tonics* como cinco adolescentes.

Mona se ha pulido parte del dinero que le quedaba del trabajo de la última boda. Monchita pone el coche para llevarla de vuelta a Saídres. Pasarán allí lo que queda del fin de semana. Ya han dejado atrás A Bandeira y ahora atraviesan, despacio, el límite a cincuenta de Chapa.

—Si dentro de tres meses no has cobrado, hablo yo con Roi, a ver qué podemos hacer por ti. Tú sin taxi no te quedas, palabra de mala amiga.

Piensa que eso sí lo puede hacer, que en un momento dado, ella y su marido podrán echarle un cable. Monchita le da las gracias y le dice que espera no tener que llegar a esos extremos, pero ambas saben que sí, que llegará a esos extremos y que la ayuda de Roi será necesaria. Mona también está a dos velas. Pero puede contar con Roi, él siempre la ha sacado de los apuros económicos, la ha ayudado a financiar los proyectos, le tapa los agujeros esos meses en los que no saca del trabajo ni para pagar la cuota de autónoma. Por algo son un matrimonio, piensa Mona, porque tienen un plan de vida en común y se apoyan como compañeros.

Mona imagina a Monchita con su melena rubia, su carácter apacible y su sonrisa cariñosa dentro de su Renault Mégane blanco reconvertido en taxi y piensa que será la reina de la parada. Y enseguida recuerda que Monchita Silva fue la número uno del colegio, sobresalientes desde párvulos hasta COU, la número uno de todo el país en la selectividad y la número uno de su promoción en la facultad. Mona tiene que hacer ejercicios de respiración para controlar las lágrimas con la frustración que siente.

—¿Entonces, qué? ¿Pasamos por la estación de O Castro?

Y se le corta la tristeza de golpe. Trata de recordar en qué momento pudo haber mencionado el proyecto, pero no sabe ni cuántos *gin-tonics* se tomaron al final y vagamente consigue entrever la propia imagen intentando encajar la llave en la cerradura del portal al volver a casa.

—No te acuerdas de que me lo contaste, claro.

Monchita sonríe con la boca pequeña. Mona no recuerda nada, pero se alegra de habérselo contado porque es un proyecto que querría haber iniciado ya pero que ha ido aplazando por la retirada del carné.

—Ahora en serio, ¿tú de qué estás hecha? Yo es que ni me acuerdo de los garitos en los que estuvimos a partir de las cuatro de la mañana y tú te acuerdas de todo, que encima ni un mal ibuprofeno te has tenido que tomar hoy.

Monchita sigue sonriendo con la boca pequeña mientras coge el desvío para bajar a la estación.

La estación de ferrocarril de O Castro es una de las tres que hay en el término municipal de Silleda. Para ellas es, además, ese lugar donde el autobús del colegio giraba y daba la vuelta. Salía de Carboeiro, pasaba por Saídres, tenía una parada en O Castro, delante del campo de la fiesta, y al llegar a la bifurcación desde la que se subía hacia Silleda o se bajaba a la estación, donde la casa del peón caminero, el autobús descendía y hacía tres paradas más. La del fondo de todo era la de la estación, donde vivían algunas familias numerosas de existencia más o menos nómada, un modo de vida que a las demás niñas y niños se les hacía extraño, siendo como eran de familias asentadas desde siempre en las parroquias de la zona, poseedoras de tierras e historia comunitaria. Las familias de la estación eran siempre familias menospreciadas, no porque fueran pobres —que lo eran, vivían de prestado en esas casas por obra y gracia de los servicios sociales del ayuntamiento—, sino porque no eran como las demás, no tenían fincas en A Vilavella ni en Xiás ni en A Besada, ni podían contar hazañas heroicas de cuando se les escapaban las vacas y les comían medio maizal a los Seoane, ni de cuando iban a ayudar a escardar las patatas pero lo que hacían era tronzarlas, partiendo alguna que otra planta por el pie en vez de dar con el escardillo en las malas hierbas de alrededor. Aun así, Mona siempre ha creído que las casas de la estación, tan diferentes de las demás y tan iguales entre sí, tan simétricas, tan misteriosas, debían de ser sitios increíbles en los que los monstruos seguro que se comportaban con compañerismo y complicidad.

—¿Sabes que aún el otro día estuvo hablándome mi madre de cuando se inauguró la estación?

Y Monchita le cuenta que al poco de abrirse, cuando todavía era novedad, su madre había acompañado a una vecina, Concepción, la de la Peña de Francia, a llevarle unas cerezas a la mujer del jefe de estación, y que se había quedado maravillada al verle la salita.

—Imagínate, sería la primera vez que mi madre veía una salita, que no sabría ni qué era si aún sesenta años después es lo primero que le viene a la cabeza cuando me habla de la estación.

Calcula mentalmente Mona que si la estación se había inaugurado en septiembre, cuando la madre de Monchita fue a llevarles cerezas a los que vivían allí, llevaría abierta unos nueve meses. La madre de Monchita recordaba también, por lo visto, el día de la inauguración. Decía: fue un domingo, que vino tía Maruja de A Coruña y fuimos a misa. Mona sabe que la fecha exacta era el 8 de septiembre de 1958, que para algo está la Wikipedia, y que ese día de ese mes de ese año, era lunes. También recordaba, y eso sí que es valioso para Mona Otero, que había acudido a inaugurarla el dictador, aunque no había sido lo que se dice una inauguración. Al parecer, iba en el tren desde O Carballiño en dirección a Compostela, así que todas las estaciones del trayecto quedaban inauguradas de una tacada en la misma jornada. Por lo visto, dice Monchita, imitando la voz de su madre, el tren pasaba despacito y Franco, que iba de blanco, nos saludaba desde la ventanilla del vagón. A mí me cogió tía Maruja en brazos y me decía *¡Es el de blanco! ¡Es el de blanco!*, pero era tal la marabunta de gente que yo no veía nada.

Bajan por la cuesta que pasa por delante de la iglesia de O Castro y cuando llegan a la curva de la antigua casa del cura, abandonada, con las zarzas devorando el marco de las ventanas, llevan ya un buen rato en silencio. Mona trata de luchar contra el dolor de cabeza, que se le agudiza por momentos, como si pudiera neutralizarlo con la fuerza de la voluntad, mientras se imagina la estampa de la inauguración de hace seis décadas.

—¿Ponemos la radio? A estas horas dan las noticias de aquí. Que no se diga que no somos mujeres informadas.

Mona ve como Monchita busca Radio Deza en el dial, la histórica emisora local, lo que supone que será un resto de nostalgia profesional, pensando si las periodistas serían capaces en algún momento de desintoxicarse de la adicción a aprehender y difundir la más inmediata realidad, siempre en una carrera desesperante por ser las primeras, las de la novedad, las de la exclusiva, en un mundo engañosamente trepidante de noticias repetidas bajo caretas renovadas. Dan los horarios nuevos de las piscinas, a Mona los criterios que se siguen para abrir los informativos locales le resultan tan incomprensibles como misteriosos, a continuación los precios de referencia de la lonja agropecuaria, las declaraciones del alcalde anunciando la instalación de nuevas unidades de compostaje en siete parroquias del rural, que en las otras veintiséis, según dice, se irán instalando de forma progresiva a partir del año siguiente, y por último la confirmación de que el desmayo que sufrió ayer la concejala de Turismo, Ra Meixide, se debe a un embarazo. Sonríe, puede que al final la concejala no estuviera liada con su marido. Monchita vuelve la cabeza hacia ella con expresión de incredulidad, de preocupación, con esa mirada que se le pone a cualquiera cuando siente reparo, esa especie de vergüenza ajena que nos invade cuando se humilla a otra persona. A Mona Otero se le corta la sonrisa. Comprende. Su marido ha dejado embarazada a la concejala.

La estación de O Castro está destartalada. Maravillosamente destartalada. Mona la contempla como si fuera una postal tan descolorida como valiosa, pero no puede evitar sentir cierta decepción. Lo ve todo como más pequeño, sin la grandiosidad de cuando era colegiala. El acceso exterior, la amplísima explanada sembrada de losas que forman circunferencias sobre las que

daba la vuelta el autobús escolar, es ahora mucho más estrecho. Allí darán la vuelta con el Mégane y gracias. La vegetación se ha hecho fuerte a ambos lados del recinto y envuelve el muro que separa el andén de la vía, por un lado, y la linde del terraplén de enfrente, al otro. Zarzas y retamas altas como manzanos, frondosas y reverdecidas todavía a esas alturas del año, cuando ya se acerca el Pilar. El edificio central tiene las ventanas y puertas de la planta baja tapiadas con ladrillo y cemento. En la planta superior no queda ni un cristal, solo el esqueleto de las ventanas, las cuatro de la galería central, que forman un arco, protegidas por una elegante verja roída por la herrumbre.

El edificio central solo se puede atravesar por el patio de la taquilla y en la parte posterior, la que da al andén de la vía, y en el soportal que cubre la zona destinada a la espera de los viajeros de otro tiempo, Mona se fija en un rosal reseco apoyado en la columna que media entre los dos arcos. Está sujeto a la piedra con un cordel de los de las balas de paja, de los de antes, de los de color naranja, y hasta media altura lo aguantan dos palos ahorquillados para que se mantenga recto. Mucho cuidado le parece en medio de tanto abandono. Mira al frente, a la vía, a las casas de la estación. Ocho viviendas, como cuatro gemelas siamesas, unidas de dos en dos. A la izquierda, hacia poniente, está el túnel que da ya a la parroquia de Negreiros y al lado, a unos cincuenta metros de altura, la pequeña loma en la que se asienta la iglesia de O Castro, como una diminuta montañita de cuento que acoge una única casa solitaria con campanario.

Vuelve a mirar hacia las que fueron las casas de los operarios del ferrocarril. La segunda, contando desde el lado del túnel, llama la atención con la carpintería exterior pintada de un azul chillón y un cartel que dice *capataz*. La quinta tiene una caravana desvencijada en el jardín, toallas de color naranja puestas a secar sobre la cancilla y una antena parabólica medio descolgada en el tejado. Mona se gira despacio. Intenta que la estación le hable. Mira las farolas que aún quedan en pie. Son tres, y campan impertérritas como garzas de otro tiempo, tres postes cromados y estilizados, ya sin bombillas. Supervivientes ciegas. Les da la espalda a las cuatro parejas de casas y dirige la vista al edificio central. Una joya de tres cuerpos, en cantería, que imita una casa solariega, diseñada en los años cuarenta por el ingeniero José Luis Tovar Bisbal, artífice de todas las estaciones de la línea Zamora-A Coruña, y que se inspiraba, al parecer, en la arquitectura típica de cada comarca. La de veces que habrá visto Mona la estación de O Castro desde la carretera de Saídres como un edificio portentoso de piedra, con la planta superior pintada de blanco, siempre destacando a lo lejos cada vez que se dirigía a la casa familiar para la visita semanal. Cae en la cuenta de que esa imagen encaja con el recuerdo, no con la realidad, y de que es muy posible que no haya vuelto a pisar la estación de O Castro desde el último día de colegio de octavo de EGB. De cerca la pared blanca es, en realidad, una piel leprosa, desconchada en lamparones de humedad y moho.

Cierra los ojos y se centra en ese silencio tan característico de la naturaleza, construido a base de trinos de pájaros que no se dejan ver y de zumbidos de insectos hiperactivos y cantarines. Quiere hacerse con el aura de abandono que la rodea, pero solo siente dolor de cabeza, resaca, asco por lo que acaba de oír en la radio, ira irracional por todas esas noches de viernes que su marido no ha pasado en casa en los últimos dos meses. Monchita Silva la espera en el coche. La llevará a Saídres. No quiere ir. No quiere sentarse a la mesa de la abuela Ramona. Echa de menos la época en la que aún vivían en casa de tía Milita.

II

Así que la camarera introduce la llave en el contacto de su Audi A3 reluciente y el «Proud Mary» de Creedence Clearwater Revival empieza a sonar a un volumen excesivo. Mona se estremece con la irrupción de la música. El interior del vehículo atufa a todos los vapores de la cocina que el uniforme de trabajo de la camarera ha ido atrapando durante la jornada. Llevan unos buenos quince minutos esperando, y se da cuenta de que ha encendido el motor porque ha visto salir a Silvia por la puerta de servicio del hotel. Durante ese tiempo, Mona se había entretenido consultando Twitter en el móvil. Acaba de leer los versos de Celso Emilio en la cuenta de la concejala: *eu xa te namorei, cando o amor era una folla branca. Cuando a lúa namoraba as outas cumes, eu xa te namoraba. Sempre, dende a neve dos tempos, eu, na túa ialma*[1]. Ciento cincuenta y nueve caracteres que le centellean en la cabeza como relámpagos rabiosos.

La hélice del Proud Mary va rodando, rodando y rodando por el río, entre acordes pegadizos en la voz de John Fogerty, pero justo cuando va a empezar a cantar fregué pilas de platos en Memphis, la camarera apaga el reproductor de CD y le corta la frase en seco. Silvia entra en el coche.

—El tipo de las botas de vaquero pretendía que me quedara mientras se tomaba unas copas, porque, según él, oyó a una camarera hablar en un idioma local. He tenido que explicarle un par de cosas sobre el trabajo de intérprete.

—¿Dijo un idioma local? ¿En serio?

—En serio. ¡Como lo oyes!

Silvia está frustrada, enfadada, tiene un cansancio infinito en la cara. La camarera arranca y conduce como una autómatas. Ha estado de pie desde las seis de la mañana, ha doblado turno, dice que tiene una contractura en el hombro derecho de tanto hacer huevos revueltos a toda leche para las doscientas personas del bufé libre del desayuno, de servir otras tantas comidas y otras tantas cenas, con las consiguientes tareas de fregar platos, aspirar el comedor, cambiar manteles y cargar bandejas llenas de comida.

Mona no está cansada. Lo que sí está es rabiosa. Si pudiera, daría rienda suelta a toda su rabia y golpearía el coche hasta destruirlo. Lleva todo el día dándole vueltas al mensaje de correo electrónico de la abogada. Su marido le ha mandado la propuesta de inventario de los bienes comunes para un divorcio de mutuo acuerdo, tal y como habían acordado. Le ha dicho. No, no habían acordado nada, repite Mona para sí. Su marido desapareció del ahora mal llamado domicilio conyugal y solo se han comunicado a través de la abogada. Por tanto, no han tenido oportunidad de acordar nada.

—¿El tipo ese de las botas de vaquero qué era? ¿Profesor?

La que pregunta es la camarera. Silvia contesta, desde el asiento de atrás, que sí, que es catedrático de una universidad de Texas, que en realidad es una de las estrellas invitadas del Congreso. Mona ni se molesta en entrar en la conversación. Acababan de salir del hotel y de dar la vuelta en la rotonda para subir por delante del tanatorio de Montouto hacia Compostela. La noche clara empieza a estrellarse mientras ellas transitan por el final de una jornada agotadora y

miserable. Su marido no ha incluido el piso en el inventario de bienes comunes porque lo compró él de soltero, decía la abogada en el informe. Pero todo lo que compró ella por su cuenta con el dinero que había ganado de vender las fotos en ARCO era común porque, según argüía la letrada, eran aportaciones de ella al matrimonio estando ya casados y en régimen de gananciales. Es decir, el piso era de él, pero el estudio de fotografía, todas sus cámaras, focos y demás aparatos de trabajo, amén del coche que compró ella, eran de los dos. Se tasarían y tendrían que repartirse entre ambos el valor. También eran de los dos las cuentas bancarias, aunque ella no tenía ni idea de cuánto dinero había en la de él, que nada decía la abogada al respecto. En la suya, lo sabía de sobra, ni cien euros. En la común, que era para gastos corrientes, quedaban exactamente 17,65 euros. El muy cabrón llevaba más de dos meses sin ingresar la parte que le correspondía.

—Es que los tipos raros no fallan en los congresos de profesores, en las cosas de universidades y eso. En los actos chulos, como la pasarela de bodas o el salón erótico del mes de mayo, la gente es mucho más normal.

A Mona casi se le escapa una carcajada al oírla. No recuerda cómo se llama, puede que Laura o Paula, quizá Isaura. Llevan los tres días de congreso compartiendo viaje de vuelta con ella, una chica muy joven, de unos dieciocho recién cumplidos.

—¿Y trabajas desde hace mucho en el Paraíso, Rosaura?

Eso, Rosaura se llama.

—Pues, empecé hace casi dos años de temporal en bodas y celebraciones especiales, y en junio me hicieron contrato para el refuerzo de verano en el bufé. Después ya me quedé para cubrir las vacaciones de la chica de la cafetería y he reenganchado con la temporada del Imsero y de los congresos.

Dejan atrás Os Tilos. Silvia le sigue la conversación por cortesía, se le nota la desgana en la voz.

—Parece un trabajo duro. Hoy tienes cara de estar muy cansada.

Silvia es intérprete *freelance*. Mona llevaba más de cuatro años sin coincidir con ella, desde que había dejado de hacer trabajos fotográficos para congresos y jornadas, desde la venta de su primera obra en ARCO y de otras tres después a particulares, un poco a remolque de la feria. Ahora tendría que volver a hacer congresos, bodas y catálogos de mueblerías cutres. Suspiraba porque le cayese un reportaje decente para alguna revista gastronómica con un mínimo de categoría.

—La verdad, son unos negreros de lo peor, en un turno normal hacemos entre diez y doce horas seguidas, pero es de los pocos sitios donde aún pagan puntualmente a fin de mes.

De la voz de Rosaura también se trasluce un cansancio infinito. Mona la observa desde el asiento de acompañante y ve su perfil de adolescente esclavizada. Siente lástima. Se la imagina a los treinta, totalmente maltratada por la vida. Es viernes, cerca de medianoche, y comprende que Rosaura se meterá en la cama hecha polvo. Mona recuerda qué hacía ella un viernes a esa edad y piensa que la pobre infeliz que lleva al lado, conduciendo un Audi A3 reluciente, no tiene la menor posibilidad de llegar a contarse nunca entre las elegidas. Ni por dios ni por el diablo. Cobrará a fin de mes, eso sí. Ella no. Ahora está en un momento de desesperación absoluta. Lleva tres días trabajando por debajo de la mismísima precariedad. Echa cuentas y no le sale la hora ni a cinco euros. Está segura de que la agencia que le ha pagado el encargo cobra más. Pero no está para montar un lío. El mensaje de la abogada de su marido incluye algo más que el informe con el inventario de los bienes comunes: una invitación formal para que abandone el piso, dado que no

es bien común, en el plazo de quince días. No puede seguir pensando en el maldito correo de la abogada. Le falta el aire por momentos.

—Ha sido un placer, Rosaura. Muchísimas gracias por acercarme a casa estos días. Que haya suerte con esos planes, a ver si te cogen el año que viene en el máster.

Ya están en la calle del Hórreo, ante el portal de Silvia. Mona no sabe de qué máster hablan, no cree que Rosaura, con cara de adolescente y coche caro y relimpio, esté en disposición de hacer ningún máster.

—Mona, querida, a ver si tomamos un café y me pones al día con lo tuyo. Nos llamamos la semana que viene, ¿te parece?

Y tanto que le parece. Silvia es la persona más amable, leal y abnegada que conoce. Todavía más que su querida Monchita Silva. Silvia se baja del coche y aun pasa por el lado de la conductora para darle un breve abrazo a la camarera por la ventanilla.

—Perdona, que no estaba atenta, Rosaura. ¿Quieres hacer un máster?

Mona maldice lo obsesionada que la ha dejado el mensaje de la abogada de su marido. Ha llegado a cenar sola, en una mesa apartada de todas las demás, con el portátil encendido para fingir que trabajaba, como si estuviera enviando la selección de fotos del día. Y sí, las había enviado, pero la maldita invitación a abandonar el domicilio conyugal seguía dándole vueltas en la cabeza y un punzón de rencor cada vez más profundo se le iba clavando justo entre los omóplatos.

—Acabé Geografía en junio y quería hacer un posgrado en Movilidad. En realidad, se llama Máster Universitario en Planificación y Gestión del Desarrollo Territorial, y tiene un módulo específico en Movilidad y Transporte Sostenible. Y después podría hacer el trabajo final sobre el tren de alta velocidad en Galicia. Pero no me han dado la beca y no tengo un céntimo, por eso trabajo en el Paraíso, a ver si ahorro, y con algo de ayuda de mis abuelos, a lo mejor el curso que viene puedo empezar. Si me siguen cogiendo de temporal en las bodas, podría ir tirando.

Mona recuerda que uno de los días anteriores les contó algo de sus padres, que habían perdido la empresa, que les habían embargado las casas, un piso en Compostela y otro en Porto do Son. Sonríe con intención de animarla.

—Tienes mucho mérito, Rosaura. ¿Y eso de la Movilidad de qué va?

Van bajando por la calle Castrón Douro, con el Audi deslizándose muy despacio por esa estela de losas históricamente sueltas y mal colocadas, dando suaves botes como si fueran dentro de un saltamontes cauteloso.

—Es la disciplina que estudia las infraestructuras de comunicación y los flujos del transporte, ya sabes, como las cuestiones relativas a las autopistas o al ferrocarril. En un futuro, a lo mejor incluso podría hacer la tesis sobre el tren en Galicia, con el asunto de la alta velocidad que te comentaba, y analizar si un territorio con nuestra orografía se presta o no a estandarizaciones.

Rosaura parece haberse despertado de golpe, va incluso gesticulando, totalmente entusiasmada con el tema. Mona solo oye la palabra tren. Su galerista le ha dicho que sí, que es el momento de probar con el tren. Han pasado cuatro largos años desde que vendió aquellas cuatro fotografías de gran formato, seguidas de tres series completas de reproducciones de tamaño medio, y mazos y más mazos de postales aptas para bolsillos menos afortunados. Sus *Mares de miel* ya no tenían más recorrido. Mares dorados bailando en cielos ambarinos. Se había presentado en el mercado internacional con una serie de fotos pintadas, una técnica que, al parecer, ya no daba más de sí. De hecho, todo estaba dado de sí en su obra. La técnica de la fotografía pintada, las cuatro típicas

variaciones de un mismo paisaje en cuatro estaciones, el propio mar como objeto artístico. Pero en aquel entonces, a la galerista le había parecido bien.

En esta ocasión no llegaría a ARCO, los proyectos ya se habían enviado en junio, pero si le presentaba una propuesta «de caerse de culo», esa fue la expresión que usó, «de caerse de culo», prometía dedicarle toda la galería para el Apertura Madrid de septiembre del año siguiente.

Esta vez va de trenes, le dijo Mona. *Pues procura que choquen y que se vea la onda expansiva desde África*. Y se rieron.

La camarera frena en el puente del Sar y espera con paciencia a que lo cruce el coche que viene de frente, aunque no sea el que tiene la preferencia. Si condujese Mona le pitaría, seguro.

—Y el tren tradicional, el papel que tuvo cuando llegó a Galicia y lo que supuso para nuestra sociedad, para las comunidades rurales, ¿eso no te interesa?

Mona ya no puede dejar de ver en Rosaura una fuente de documentación.

—Supongo que tendré que investigar algo para hacer una introducción histórica y tal, pero, la verdad, no veo qué interés pueda tener en relación al futuro. Tenemos que asumirlo, hay estructuras ferroviarias en nuestro país que han perdido su función.

Mona sabe que eso es cierto, pero es ahí donde está el interés para ella.

—A ver, yo nací en una parroquia de Silleda. Teníamos una estación de tren en la parroquia de al lado que apenas pude usar porque había muy pocos trayectos al día. Y ahora, si mi abuela, por poner un ejemplo, quisiera ir a Madrid en el futuro AVE, tendría que desplazarse a Compostela para cogerlo.

No le convence su propio ejemplo. Antes de oírlo en voz alta, le parecía que tenía más coherencia. La camarera tuerce desde la calle Ponte do Sar a la izquierda y sube la carretera que pasa por delante del Multiusos.

—Ya sé por dónde vas, eso implica más desplazamientos por carretera. Pero seamos razonables, hay determinados servicios que no se le pueden dar a toda la población, eso sería insostenible, es necesario centralizar, priorizar los núcleos con más habitantes o mejor situados geográficamente, no queda otro remedio.

Pasan por delante de las piscinas. Atrás queda la silueta iluminada del Museo del Gaiás, emergiendo de la falda del monte como la concha deforme de un caracol gigante. Mona mira por la ventanilla hacia el camino asfaltado que lleva a O Viso. Observa la hilera de falsos plátanos a medio desplumar en el frío de la noche. Le parecen hermosos de un modo poco convencional, dignos en su soledad, estoicos. Siguen rodando hacia Área Central.

—La verdad, hablo un poco por hablar, a saber con qué me encuentro cuando me ponga a investigar. En el fondo, tengo la sensación de que el tema de las infraestructuras en Galicia es una batalla perdida, que siempre seremos periferia para todo, que iremos siempre con retraso.

Mona oye la palabra *retraso* y frunce la nariz. No soporta esa palabra, ese concepto que siempre implica una tara, como una discapacidad colectiva y vergonzosa de la que nunca se podrán liberar. ¿Con retraso respecto a qué?, eso es lo que querría preguntar. Pero evita iniciar un debate que le parece demasiado abstracto. Mona vuelve a mirar a la camarera. Ve, de nuevo, su perfil adolescente, de niña cansada y envejecida precozmente. Siente lástima.

—Lo conseguirás, ya lo verás.

Se lo dice tanto a la pobre Rosaura como a sí misma. Tiene que planificar una acción artística sublime, bien fundamentada, bien investigada, elegante, redonda. Si no llega al Apertura Madrid

del próximo año, nada quedará de ella. Habrá muerto como artista. Habrá muerto como fotógrafa. Presente que será como jugar con un solo día, con un único amanecer y una única puesta de sol. Todo al negro o todo al rojo. Oportunidad única. Tiene que vencer. Tiene que reconstruirse. Tiene que vender el coche para pagarse la producción del proyecto. Legalmente no puede. Tendrá que arriesgarse. Tendrá que hacer trampas. Llevará a cabo el proyecto. Será su triunfo, su reinicio. *Cada tiempo trae sus padeceres*, le dijo la abuela Ramona el domingo en un momento a solas, apretándole el brazo, transmitiéndole el apoyo valiente y digno de las que saben sufrir. Era un saldrás adelante pronunciado en un idioma, el de la abuela Ramona, que siempre hay que leer como el negativo de una fotografía.

—Ya verás, Rosaura, dentro de un año hablamos y serás estudiante de posgrado. Ya verás como sí.

Rosaura sonrío desde el fondo de su rostro joven a medio envejecer, como si la sonrisa le hubiera nacido de una dimensión oculta.

—¡Prometido!

SEGUNDA PARTE

INVERNO

I

El gran Antón Piñeiro conduce con el brazo estirado. Con un punto de arrogancia. Acaba de inaugurar una gran retrospectiva en la inmensidad del Museo Centro Gaiás. Seis mil seiscientos metros cuadrados de salas expositivas solo para su obra. Tres plantas de un blanco resplandeciente. Soberbias. Casi cuatro mil visitantes ya en la primera semana. Antón Piñeiro. Tan delgado, tan grácil. Le gusta. Sesenta y cuatro años.

Se conocieron en la inauguración de la retrospectiva por mediación de la galerista, pero hasta anoche no se habían acostado. En un hotel. Territorio neutral, dijo él. Y estuvo bien, sin grandes alardes, pero desde luego mucho mejor de lo que ella esperaba al ver su cuerpo flaco y echándole las cuentas de la edad. Se pregunta si habrá recurrido a la pastillita azul. Le da igual.

El gran Antón Piñeiro conduce por la autopista camino de Silleda con la sinfonía, a volumen suave, de algún compositor clásico que Mona no conoce. Ella va utilizando la aplicación del móvil para conseguir un BlaBlaCar para el día siguiente. No puede evitar echarle un vistazo de nuevo al tuit de la concejala. *Todo perfecto, tres corazones latiendo al unísono, sincronizados. Gracias a todos los que os preocupáis por nosotros.* Vuelve a preguntarse qué significa *tres corazones latiendo al unísono*: ¿la concejala estará embarazada de gemelos o se referirá a ella, al bebé y al cabrón de su marido? Porque, mal que le pese, legalmente, sigue siendo su marido.

—Todavía no me has contado por qué elegiste la fotografía.

Antón Piñeiro, el grandísimo Antón Piñeiro, habla con la trascendencia propia de un gran maestro. Mona se siente como si tuviera que contestar a la pregunta de un examen. Tiene miedo de no aprobar, de no estar a la altura.

—¿Por qué elegiste tú la pintura?

Nunca le falla la estrategia de darle voz a un gran ego.

—Yo no la elegí, me conformé.

Mona se pregunta cuántas veces habrá soltado esa frase. A periodistas, a amantes, a galeristas, a otros artistas, a alumnas devotas. Un simple lugar común diseñado con tino. El coche de factura europea y motor alemán rueda por la autopista sin emitir prácticamente ningún sonido. Es un día de enero de una claridad extraña, con una luz oscura que ilumina la cúspide de los árboles que van dejando atrás, como si estuvieran bañados en cobre derretido.

—Admíteme un consejo. Aquí lo fundamental es que te hagas preguntas a ti misma. Pero, ojo, hazte las preguntas adecuadas. Solo sabrás si estás hecha para la creación si te haces a ti misma las preguntas que hay que hacerse.

No le motiva nada el lugar que le está dejando en la conversación. Pero le gusta su voz de otoño, en la que ella percibe un finísimo aroma de avellana y de las suaves escarchas en los prados.

—Si no aciertas a hacerte las preguntas adecuadas, tendrás que ser lo bastante valiente como para aceptar que eres mediocre. Pero yo confío en que no eres mediocre, confiamos en que no, ¿verdad, querida?

El coche huele a cuero, a alfombrillas recién aspiradas. Huele a caro, a tranquilidad, a

estabilidad. El gran Antón Piñeiro conduce con la mano izquierda, con el brazo estirado, y con la derecha le acaricia la pierna, en un gesto posesivo, malsano.

—A mí lo que me pasa es que estoy en ese punto en el que necesito explorar entornos atávicos.

Así, ni más ni menos, lo expresó el gran artista: entornos atávicos. Van a comer a Saídres. Ella lo lleva a la comida de los lunes en casa de la abuela Ramona. El gran artista es de ciudad, nacido en Ourense capital y con media vida entre Barcelona y Londres. Mona ha deducido de lo poco que han hablado que desconoce la esencia de lo rural, que lo tiene por completo idealizado. Se imagina que no sabrá que los gallineros apestan a gallinaza, que el silo de forraje apesta a hierba putrefacta (que es de lo que está hecho) y que los purines esparcidos en una finca invaden el aire de una aldea entera con la fuerza explosiva de una bomba nuclear. Ella le ha hablado un poco de su abuela, la señora Ramona de Caxeba, sobreviviente de otra cultura, forjada con vidas bravas y subyugadas a los dictados del frío y de la oscuridad, de mujeres habituadas a bracear entre la lucha y la sumisión.

Mona reza para que su madre no le suelte su *¿sigues viviendo como una pordiosera en la oficina esa?* Siempre se ha empeñado en llamar oficina a su estudio. *¿No sería mejor que te vinieras a casa?* Sabe que se lo dirá, pero confía en que se lo diga en privado. Solo que ella no tiene casa a la que ir. La casa de la abuela Ramona nunca ha sido su casa, es la casa de la abuela y de su hija menor, su tía, y del marido de su tía y de las dos hijas de ambos, sus primas Sabrina y Saleta. Mona y su madre siempre han vivido allí de prestado. Mona le ha contado a Antón Piñeiro que el marido de su tía ya ha superado con mucho la edad de la jubilación, pero que se niega a dejar de trabajar, todavía apegado a sus cebaderos de cerdos. *Igual pensáis que yo ya no sirvo para nada*, ese es el estribillo de los últimos años, tan poderoso como absurdo. Ella sabe que sin el trabajo ese hombre no sería nada, no tiene aficiones ni objetivos que no sean los económicos, y todo su equilibrio depende del tiempo de descuento que el cuerpo quiera darle.

—Esa es precisamente la esencia ancestral del ser humano, la naturaleza del hombre en sentido puro —había ratificado el gran Antón Piñeiro.

El domingo anterior Mona le había preguntado al marido de su tía si recordaba algo de la construcción de la estación de O Castro.

—A mí no me pusieron a ir a por agua para los obreros, como a los de mi edad, a mí me querían ya para partir piedra.

Lo decía presumiendo de su bien máspreciado, su fuerza física. Ufano y meticuloso, contaba la labor que había desempeñado a los quince años.

Mona lo observaba ahora, setenta y cinco años, una caja de analgésicos y otra de antiinflamatorios para soportar el desgaste de todas las articulaciones, los hombros reventados, las rodillas destrozadas, los codos inflamados, testigos dolorosos de una vida de lucha con la única herramienta de subsistencia que la naturaleza le había dado: el cuerpo. Tuvo el detalle de tomar notas, de concederle categoría de testigo importante. Sabe que él se sintió reconfortado, como padre de familia que siempre quiso ser, recordándole, sin necesidad de decirlo, que su padre, el de ella, el biológico, las abandonó en una época que ya costaba recordar. Ese domingo tomó nota de cómo picaban piedra dentro del túnel de Negreiros, en el tramo que le dieron a Samuel, un nombre que el marido de su tía pronuncia con familiaridad y que a Mona le resulta por completo desconocido, ajeno. Casi la totalidad de los obreros de ese tramo eran de Saídres, muchos compañeros suyos de Barradaos, el lugar del que procedía su familia. Le contó que estando ya la vía en funcionamiento, los mozos de la parroquia cogían los instrumentos y se iban a

tocar los domingos por la tarde al patio del despacho de billetes, lo mucho que el jefe de la estación se lo agradecía, lo amable que era aquel individuo. Le contó, relajado, cómo un día todos los de la cuadrilla de Saídres se habían montado en el tren sin billete para ir hasta Ponte Taboada, una simple travesura, y cómo los había pillado el revisor a la vuelta obligándolos a pagar cincuenta pesetas.

Mona anota después, cuando ya no está en casa de la abuela Ramona, cuando en la estrechez de su estudio revisa los apuntes, la emoción que debía haber supuesto para aquel grupo de chiquillos aldeanos recorrer la vía en la que se habían dejado la piel partiendo piedra meses antes y lo mucho que les tuvo que doler pagar las cincuenta pesetas de entonces, tanto como para que el marido de su tía aún recordara la cantidad sesenta años después. También contaba que empezó ganando quince pesetas y que después pasó a veinte, y que desde Barradaos a su puesto en Vilar, a pie, era una hora de ida y otra de vuelta.

—¿Tus padres a qué se dedicaban?

A Mona se le hace rara su propia voz. Quizá no debería hacerle preguntas personales. Pero tiene la curiosidad a flor de piel. Quiere descubrir el resorte del animal creador que supone que es. Quiere saber cuáles son los secretos de sus horas oscuras, conocer los pozos en los se tuvo que sumergir para encontrar la potencia creadora.

—Mi padre era profesor de literatura y mi madre era lo que aquella famosa novelista inglesa definió con desprecio como *el ángel del hogar victoriano*.

Antón Piñeiro se ríe de su propia gracia. Mona finge que ríe. No le gusta esa broma. Escucha sin querer escuchar fragmentos de su alocución que la van lastimando.

—... el papel fundamental de una madre... la verdadera estabilidad de un hogar... sabía perfectamente cuál era su sitio... asumía su función... una maestra de la diplomacia... una diosa... la base de todo lo que soy... insustituible... bla, bla, bla... ella, ella, ella... yo, yo, yo...

Y Mona comprende que lo que de verdad quiere es que el gran Antón Piñeiro, ese magnífico pintor de éxito que ella siempre ha admirado, la trate como a una artista.

Sabe qué es lo que no quiere. Que conozca a su familia y la analice con frialdad, como un objeto de estudio. Se imagina la vida del Antón Piñeiro niño, haciendo los deberes en un escritorio infantil, rodeado de estanterías de libros, con un padre que le recomienda lecturas, que le compra libros, que le regala libros, que lo lleva a exposiciones, a museos, al teatro, al cine, a las cabalgatas de Reyes, que le celebra los cumpleaños. Recuerda su propia infancia, haciendo los deberes primero en casa de tía Milita, en Negreiros, sobre la encimera de mármol que rodeaba la cocina económica, y más adelante, cuando ya su padre las había abandonado, en el mármol de la cocina de casa de la abuela Ramona. Su padre, durante los nueve años en los que fue su padre, era camionero. En su casa no había más libros que los del colegio, nunca vio a nadie de su familia con uno hasta que se trasladaron a la casa de Caxeba y pudo acceder a los cuentos de sus primas. No pisó un cine hasta la adolescencia, ni un teatro ni un museo. Todo lo ha tenido que ir descubriendo ya de mayor. El arte, la literatura, los viajes, la música. Tuvo que andar arremolinada en la marabunta de los vuelos de bajo coste y de paquetes turísticos de poca monta para poder aprender a apreciar los tesoros que siempre había tenido a mano. La belleza del vuelo sostenido y calculador de los cernícalos acechando a las culebras en los prados de A Besada. La perfección de un fragmento de hielo en el pilón del lavadero. De eso no se atrevería a hablarle al gran Antón Piñeiro. No sabría ni por dónde empezar.

—Entiendo que realmente lo que buscas es la memoria, rescatar la historia, traerla al presente.

Por eso has escogido las estaciones de tren de tu pueblo, ¿no?, como una especie de reconciliación con el pasado, con tus orígenes.

A Mona no le apetece explicar que para reconciliarse con el pasado antes tendría que conocerlo, saber qué ocurrió con su familia, por qué se crio con tía Milita, que no era familia de sangre, a pesar de que ejercía de abuela sin ser madre de su padre. Tendría que disponer de un pasado con datos contrastados, fueran cuales fueran, y no esa nebulosa de suposiciones amañadas que no se sostenían, construidas a partir de silencios y de preguntas que nunca se atrevería ni a formular.

—Tú lo que tienes que hacer es darle una vuelta a todo lo que has hecho hasta ahora. Tienes que pensar en la carga simbólica de los *Mares de miel*, en el simbolismo del mar dorado, del mar como tesoro, mar y oro. Has arrancado bien. No ha estado mal para ir entrando en el mundo del arte.

Mona nunca había pensado precisamente en ese tipo de simbolismo. Ella había buscado un lenguaje plástico en sí, pretendiendo una suerte de discurso poético.

—Pero también tienes que pararte a analizar qué has hecho y qué no. El mar representado como una pátina de oro, o sea, de lujo, es un concepto de pijos. Estás dejando fuera expresamente a todos los trabajadores del mar, a los marineros, a las mariscadoras, a los ahogados en los naufragios y a sus viudas y a sus huérfanos. Pero en eso ya habrás caído, me imagino.

Lo bueno de que él no espere una respuesta es que ella no se siente obligada a intentar replicar a semejante voz autorizada.

—¡Salida treinta y tres! ¡Qué curioso! ¡Mi número preferido!

Antón Piñeiro está expectante de un modo alegre, como si la proximidad del fin del trayecto fuera el punto de arranque de una gran aventura. La salida 33 es un atentado estético, tres cabinas de peaje, una de ellas cubierta por una lona espantosa que anuncia en colores chillones todas las modalidades de pago que se admiten. En la salida 33 no hay personas, solo máquinas automáticas. Y justo al otro lado de las barreras, una rotonda circundada de quitamiedos metálicos y maleza quemada por las heladas de enero. El indicador digital del coche marca un grado de temperatura en el exterior.

—Tú lo que tienes que hacer ahora es centrarte en tu experiencia personal, ya que eliges un escenario de tu infancia, ir a los álbumes familiares, al archivo emocional de tu gente.

Mona duda. Para ir a Caxeba desde la rotonda de la salida hay dos opciones. En una fracción de segundo decide que Antón Piñeiro no se merece conocer el atajo, la pista de tierra apisonada que va bordeando el monte, paralela a la autopista, entre Silleda y O Castro, y que ha quedado como sobrante de las obras que dieron vida a ese monstruo de la velocidad y del presunto progreso que une Compostela con Ourense. Le indica que suba hacia el hotel de cuatro estrellas.

—¿Y cómo tenéis aquí semejante hotel?

Mona mira por la ventanilla de su lado, hacia la cuneta a medio descongelar aún en pleno mediodía, recubierta de grava y de hierba parduzca y valiente ya tan entrado el invierno. Entiende que no debe responder a tal pregunta impropia de una gran mente. Ella no tiene un hotel ni obligación de explicar por qué en un rincón tan desolado e insignificante como Silleda hay un establecimiento tan grande, moderno y hermoso, tanto en su arquitectura como en su entorno, limitado al sur por un vasto robledal, y con toda clase de servicios. Traduce la pregunta del gran artista: ¿Y cómo tenéis aquí semejante hotel si la mayoría de vosotros no podría permitirse hospedarse en él? A la que sigue una segunda parte: ¿Y cómo tenéis aquí semejante hotel si ni

Cristo se alojará en él? ¿Para qué iba a querer nadie venir a este lugar perdido del mundo?

—Ahora tuerce a la derecha, por favor.

Mona usa una voz dulce, casi melosa, para intentar enmascarar su despecho de aldeana. Pasan por delante de la entrada principal de la Semana Verde, que ahora tiene otro nombre que Mona no piensa aprender. Siempre ha sido la Semana Verde. A medida que ascienden hacia la esquina del campo de fútbol se ve a la derecha, allá al fondo, el conjunto del recinto, los tejados de los pabellones, los aparcamientos, el hipódromo, las naves del ganado para la lonja agropecuaria. Antón Piñeiro frena justo en el ángulo que marcan el colegio público, que está de frente, el campo de fútbol, a la izquierda, y el prado que queda a espaldas del vehículo, que todavía se conoce en la zona como «el campo de la maquinaria».

—Pero ¿y esto qué es?

El asombro en su voz es genuino, encaja con la expresión de su cara.

—La Semana Verde. ¿No has oído nunca hablar de ella?

A Mona le hace gracia. Él confiesa que no, que no tiene ni idea, demasiado tiempo en el extranjero. Mona le explica que el espacio que están viendo fue inaugurado por el rey, el viejo. Ahora no es más que un gran dinosaurio que actúa como recuerdo nostálgico de otra vida y de las promesas de futuro que tuvo el medio rural en otra época, cuando aún se esperaba que las huertas a gran escala, los invernaderos de clavel y las explotaciones intensivas de vacas lecheras con salas de ordeño altamente robotizadas sacaran al agro gallego de la miseria.

Mona señala hacia delante.

—Ese era mi cole, y cada año el curso de octavo utilizaba el patio como aparcamiento de la feria para pagarse la excursión de fin de curso.

El viaje de octavo era como una gran salida al extranjero. Una semana entera en Madrid. Esa fue la primera vez que Mona durmió en un hotel, que se subió a una montaña rusa y que vio un museo que no fuera la Casa de Rosalía. De hecho, vio tres; le impactó tener que hacer cola para entrar en el del Prado, ver tanta gente junta deseosa de entrar en un museo. Fue la primera vez que se montó en metro, la primera vez que tuvo que hablar español obligatoriamente si quería que la entendieran las dependientas de las tiendas de recuerdos. Mona le explica a Antón Piñeiro que la Semana Verde era más divertida cuando tenía galpones de madera diseminados por el perímetro del llamado campo de la maquinaria, y le señala el gran cuadrado de hierba que tienen por detrás, entre el campo de fútbol, el cruce que lleva al hotel y el perímetro del recinto nuevo de la feria. Le cuenta cómo se llenaba de máquinas del futuro, tractores inmensos que a duras penas podían maniobrar en una parcela media de Saídres, empacadoras ultramodernas, cisternas de purines galvanizadas... cómo hacían soñar a los ganaderos y a las ganaderas de todo el país con explotaciones tan fecundas que pagarían la universidad de sus hijos e hijas, coches nuevos para toda la familia, casas modernas con calefacción y cuartos de baño grandes, vacaciones en lugares cálidos que para ellos solo existían en la televisión: Benidorm, Marbella, Alicante, la Manga del Mar Menor... Le cuenta cómo el campo de fútbol acogía la «exposición de flor» y ve a un Antón incrédulo fruncir el ceño.

—Justo aquí donde estamos parados ponían el muñeco Michelín, un muñeco hinchable, gigantesco, blanco, todo hecho de lorzás. Cuando éramos pequeñas, lo único que nos interesaba era el muñeco Michelín y el paseo en poni.

Apenas ha terminado la frase y Mona se siente como una zoqueta, infantil, negada para dar la talla en lo intelectual, indigna de pertenecer al Olimpo de los dioses. Le indica que siga por

delante del colegio, por donde antes estaban las casas de los maestros, y ahora, la guardería, que enfile hacia el viejo aserradero, del que ya no queda nada, y luego de frente hacia O Castro. Dejan atrás la casa del peón caminero, rodeada de pistas de tenis, y pasan por delante del mítico bar Sanse hacia el cruce del gallinero. El indicador de Saídres los guía hacia la derecha.

—¿Aquí empieza ya tu aldea?

A la cara de Antón le vuelve ese absurdo regocijo infantil. Apaga la radio. Empieza a abrir las ventanillas, pero en cuanto completan la mitad del recorrido, las cierra de nuevo. Entra un frío que pela.

—No, esto todavía es O Castro.

Y Mona le señala a la derecha, donde se ve el edificio central de la estación de tren. Él no hace ningún comentario. Va entusiasmado mirando cómo los robles de ambos lados de la estrecha carretera unen las ramas en lo alto y crean túneles en varios tramos. A Mona le resulta penoso tanto entusiasmo, ni siquiera tienen hojas los pobres árboles.

Cuando llegan al cruce de Capelán, Mona le vuelve a indicar a la derecha para bajar hacia Caxeba.

—¿Y eso de ahí qué es?

Mona le explica que son las parroquias de San Pedro, en la parte baja, y la del Corpiño, que va desde la mitad hasta la cima. Le dice que eso ya pertenece a Lalín.

—¿Y el puente que se ve al fondo?

Es el del tren de alta velocidad, que va por una vía distinta, por la nueva. Un puente que atraviesa el río Deza y que Mona siempre juega a despojar de la viga inmensa de hormigón y de los once pilares que lo sujetan al suelo para imaginárselo como la cuerda floja de un funámbulo por la que avanza temerosa y despacito, un pie delante del otro, los brazos en cruz, sobre todas las parroquias a ambos lados del Deza, con la ilusión imposible de ser capaz de caminar sobre la línea del horizonte.

—Y aquella cumbre blanca no será nieve, ¿no?

Sí, es nieve. Es O Carrio, que ya pertenece a Vila de Cruces.

—Caramba, qué cerca está todo, ¿no?

Mona quiere explicarle que no, que nada de lo que ve está cerca, que es la ilusión óptica que produce la altura a la que se encuentran, que Saídres es una ladera que desciende hacia el Deza, siempre en cuesta, sin llanos. Pero ya están llegando y puede ver, no sin sorpresa, que la abuela Ramona los espera en la puerta, con el frío que hace.

La señora Ramona de Caxeba, ochenta y seis años. Un metro sesenta, o quizá menos, ya va encogiéndose. Unos setenta kilos de peso, el pelo cano corto y peinado hacia atrás. Calza unos botines bajos de piel, con forro. Se los regaló Mona. La señora Ramona de Caxeba solo se los pone los domingos, para presumir, y *porque la iglesia es una nevera, hija mía*, y los mantiene bien lustrados y cuidados. Viste un pantalón de tergal gris, un tejido grueso, de los de calidad, con la raya bien planchada, impecable, y un jersey fino color hueso de cuello cisne por debajo de una chaqueta de lana tupida, tejida en ochos, de color teja. Espera a la puerta, todo lo derecha que le permiten la espalda dolorida, la hernia de disco y el reuma, y se apoya levemente en la cachava de puño de nácar con una mano de dedos maltratados por la artrosis. Mona no sabe bien cómo interpretar que la abuela Ramona los esté esperando a la puerta. Justo en el momento en el que Antón Piñeiro para el motor del coche, sale su madre. Se coloca al lado de la abuela y le pasa un

brazo cariñoso por el hombro. Mona sonríe. No pasa nada. Solo salen a recibirla, a protegerla. Nunca permitirán que se les pierda.

— Cu ntos kilómetros hay desde la autopista hasta aquí? —pregunta Antón Piñeiro antes de bajarse del coche.

Ella contesta que habrá unos seis, siete como mucho.

— Y cómo puede ser que en siete kilómetros no hayamos visto ni una sola vaca?

Mona se muere de risa.

—Ay, pobre Antón.

II

Zélia con z, en su perfil de la aplicación de viajes compartidos, pone que vive en *La Coruña*. Mona va pensando que el nombre de *La Coruña*, tal cual, hace tiempo que no aparece en los mapas oficiales, por lo que concluye que Zélia con z vive en un lugar que ya no existe. Esto lo piensa dentro de un Seat Ibiza blanco del año de la pera en el que va con tres personas más en absoluto silencio. Al volante, Zélia con z; de copiloto, un joven moreno con cara de brasileño; y en el asiento de atrás, al lado de Mona, otro joven que también tiene pinta de americano.

Zélia con z es hostil. Hablaron el día anterior, a través de la aplicación, para quedar a las 7:50 en la rotonda de As Cancelas. Pero ha llegado cinco minutos antes y le ha mandado un mensaje a Mona exigiéndole su presencia inmediata. Mona entiende que esos cinco minutos de antelación deben de ser importantísimos en la jornada de Zélia con z, dada la aspereza del tono en el que le escribe.

Mona saluda con un *¡hola, son las 7:50 o'clock, tal como habíamos quedado!*, y Zélia con z la saluda con un *tienes un cinturón ahí atrás, ¡póntelo!* Mona se da cuenta de que esas serán todas las palabras que cruce con la conductora hasta que lleguen a la estación de Ponte Taboada. En la aplicación indicaba que hacía el trayecto La Coruña-Lalín, y que aceptaba desvíos de un máximo de diez minutos. El día anterior le costó una barbaridad convencerla de que salirse al final de la recta de Taboada, coger la pista que va a la estación de tren e incorporarse de nuevo a la nacional no le llevaría más de esos puñeteros diez minutos.

El chico con cara de brasileño se va haciendo el dormido. El que va en el asiento de atrás, al lado de Mona, también lleva los ojos cerrados y no se le oye ni respirar. Parece muerto.

El coche apesta a resaca. Seguro que los chicos han aprovechado la noche compostelana a tope. ¿A qué irán a Lalín? Ya puede especular, que ahí ni cristo le dará conversación. Intenta pensar en su proyecto. Quiere poner la mente en negro y conectar con el aura misteriosa de las estaciones semiabandonadas, con el esfuerzo de los obreros que construyeron el ferrocarril en la primera mitad del siglo pasado y con la desesperación, fría y negra, que embargó a todas las mujeres que eligieron acabar con su vida arrojándose a las vías. Pero no hay manera. Ni una mísera imagen se le ocurre. Fuera, a ambas orillas del camino que van dejando a los lados, cae un torrente de agua, casi en horizontal. Precisamente esa noche ha entrado la primera ciclogénesis del invierno y el paisaje no es más que una silueta gris mal bosquejada, sin contornos, difusa. Consulta la cuenta de Twitter de la concejala y ve que todavía no ha subido nada desde el comentario de los tres corazones latiendo al unísono de la víspera. Consulta la cuenta del Ayuntamiento y ve que la concejala ofrecerá una conferencia de prensa a las doce de la mañana para presentar la nueva campaña de tapas creativas de la hostelería local. El que aún es su marido eliminó la cuenta de Twitter, la de Facebook y la de Instagram el mismo día en que se hizo público que esperaba un hijo de la concejala, el mismo día, también, en que dejó de hablarle. Desde entonces no se ha dignado a cogerle el teléfono ni a leerle los wasaps ni a contestarle a los mensajes de correo electrónico.

Entonces piensa en Antón Piñeiro, en todo lo que ella quiere y lo que no quiere, en el deseo de

que él la trate como a una igual, no como a una aspirante, no como a una principiante a la que hay que educar. Intenta decidir qué tipo de relación pretende construir con el gran artista internacional, si no sería mejor alejarse de él. ¿Y qué haría entonces? ¿Seguir viviendo en el maldito estudio, juntando calderilla para pagar un mísero BlaBlaCar que la lleve de estación en estación para intentar llevar a cabo un proyecto de dudosa salida? Se odia por pensar así, por haber caído en la autocompasión. Está obligada a creer en su proyecto. Creer en su proyecto es una obligación de supervivencia. Volver a ver una obra suya expuesta en una feria de arte internacional es lo único que la mantendrá viva. Eso y ver a su marido arruinado y a la concejala dimitiendo. Esas son sus tres metas vitales.

A la altura de Balboa, en la subida a Loimil, le entra un mensaje del vecino de arriba, del vecino de arriba de cuando vivía en el piso de casada, rectifica mentalmente. Que si se pueden ver por la tarde cuando salga él del trabajo, que está dispuesto a hacerle una oferta generosa por el coche. Y con esa sería ya la segunda oferta que el susodicho le haría, la anterior era tan ridícula que se había sentido ofendidísima. El que era su vecino de arriba es un corredor de seguros trajeado y engreído que dice que necesita comprar un coche para su mujer, como si su mujer no pudiera comprarse un coche por sí misma. El coche de Mona está casi nuevo, impoluto, tiene algo menos de cuatro años, apenas cincuenta mil kilómetros. Pero él insiste en tratarla como si le estuviera haciendo el favor de su vida, que no deja de ser un coche de segunda mano, que puede conseguir uno igual, o incluso mejor, pero que se ha enterado de su situación apurada. *Yo siempre he sido buena persona, me veo en la obligación de echarte un cable*, llegó a decirle poniendo ojos de cordero degollado y acariciándole el brazo. Estaban en el garaje y Mona dio media vuelta sin despedirse. Se fue directa al maldito estudio, reconvertido ahora en vivienda de emergencia. La verdad es que se siente como si viviera bajo un puente, pero al imbécil de su exvecino no piensa consentirle semejante abuso. ¡Cuatro mil euros por un BMW S1 prácticamente nuevo! Se asegura de mantener el mensaje en línea el tiempo suficiente como para que él vea que lo ha leído. Después, lo borra.

Entrando en Lamela, el brasileño que va de copiloto prueba a entablar conversación y le pregunta a Zélia con z si vive en Lalín. *No*, contesta la conductora. Termina ahí la tentativa de socialización. Van a cincuenta detrás de una furgoneta rotulada con la marca de una fábrica de maquinaria agrícola y, a pesar de ir a la velocidad adecuada según la señal de limitación que acaban de pasar, Zélia con z acelera y adelanta manteniéndose en el carril izquierdo por lo menos cincuenta metros. De pronto se le ocurre poner música y suena Chambao a tantos decibelios que el pobre Seat Ibiza parece a punto de explotar. Mona mira a su compañero de asiento y comprueba que el chico con pinta de americano no reacciona. Siente la tentación de tocarlo con el dedo para verificar si sigue vivo. Aún no son las ocho y cuarto cuando atraviesan Chapa a una velocidad que haría saltar cualquier radar por poco afinado que estuviera. La voz de Mari, de Chambao, a un volumen de atentado. Mona no necesita ir tan temprano a ninguna parte. En realidad, no necesita ir a ninguna parte, pero no soporta pasar los días sin trabajo tirada en un futón de Ikea. No soporta hacer esbozos y esquemas de un proyecto que no acaba de encajar en su cabeza en ese estudio helador que empieza a odiar. Tiene un miedo irracional a que se malogre su apuesta. Lleva dos años de fracasos. Su galerista le rechazó los tres últimos proyectos que le presentó. *El mundo espera más de ti, Mona querida. No eres una simple aficionada. Ahora ya eres alguien, tienes un nombre, no te puedes permitir un patinazo. Tienes que traerme algo que esté a la altura de lo que se espera de ti*. Tres veces. Tres. Tres fracasos con todas las letras. Las tres malditas

negaciones de san Pedro. Su galerista, sonriendo, amable, maternalista, siempre elegante, ambas siempre reunidas alrededor de una copa de vino bueno y caro, siempre a cuenta de Mona. Mona paga el vino de la derrota y sonríe.

Muchos no llegan... se hunden sus sueños, papeles mojados... papeles sin dueño, grita María, la de Chambao, desde el reproductor de CD mientras pasan el cruce de Silleda, la cruz verde de la farmacia va quedando atrás envuelta en una nebulosa acuática, el semáforo centelleando desesperado, Mona juraría que se lo han saltado en rojo, su compañero de asiento derrumbado contra el cristal de la ventanilla, abrazado a la mochila que lleva sobre las piernas, sin dar señales de vida. Ya le gustaría ser capaz de imitarlo, de dejarse ir y enterrarse en su desesperación. Ni siquiera mentalmente quiere pronunciar la palabra que tanto le duele. Humillación. Se siente hundida por la humillación de que la haya repudiado su marido y le gustaría enterrarse en lo más hondo para no tener que asomarse al exterior nunca más. Pero hará lo que se espera de ella. Que sea valiente, que no muestre las fisuras del dolor en público, que sepa estar, que no llame la atención, que se conforme. A Mona le hace daño ver la rabia atrapada detrás de los ojos de su madre, su sufrimiento mudo al ver que se repite la historia familiar, como si ser abandonada por el marido sin explicaciones fuera una maldición de la sangre, una enfermedad congénita. Su madre es esa santa de la resignación tan adorada por la sociedad; que no protesta, no se queja; que trabaja en precario, calladamente; que saca adelante a la familia, primero a su hija y ahora a su propia madre ya necesitada de cuidados; que vive con su hermana y el marido de su hermana y las hijas de su hermana sin dar problemas. Son una familia bien avenida. El día anterior tuvieron una conversación mientras el marido de su tía le enseñaba sus queridas granjas a Antón Piñeiro. Su madre le ofrecía que arreglase el desván, que se hiciera allí un apartamento para ella sola, con su estudio, había sitio de sobra, no tendría gastos de alquiler ni de comida, ya lo había consultado con la abuela Ramona, no había problema. Su madre le decía que tenía unos ahorros para la obra. Mona no daba crédito. Su madre había trabajado cosiendo en casa, cobrando todo en B, pagando las cuotas de seguridad social a duras penas, las letras del coche y poco más. Ahora, a los sesenta y cinco cumplidos, recibe una mísera pensión contributiva. Otro tanto cobraría la abuela Ramona. ¿De dónde sacaban esas dos mujeres dinero para hacerle un apartamento en el desván?

Mona no quiere irse a vivir a Caxeba. Si pudiera se iría a Madrid o a París o a Londres con su prima Saleta, la hija menor de su tía, que se fue de Erasmus y allá se quedó, haciendo lo mismo que podría hacer tranquilamente en Silleda o en Lalín o en A Estrada, como lavar platos en un restaurante, hacer extras en las bodas y refuerzos de temporada en las *boutiques* de las grandes cadenas internacionales.

Ya bajan la recta de Taboada y parece que la lluvia amaina un poco. Son las ocho y veinticinco cuando Zélia con z para el coche ante la entrada de la estación de Ponte Taboada. Tiene el detalle de apagar el reproductor de CD para despedirse con un seco *acuérdate de mandarme el código del viaje, ¿vale?* Justo en el instante en el que Mona va a cerrar la puerta, el que ha sido su compañero de asiento gira levemente la cabeza hacia ella, abre un ojo, sonríe y, sin emitir sonido alguno, pronuncia un *chao* mudo exagerando el movimiento de los labios. Mona abre el paraguas y sonríe mientras el Seat Ibiza arranca a toda mecha en dirección al puente que cruza el río. Piensa que un chico que se mete casi cincuenta kilómetros en un coche que chirría y con la música a todo trapo haciéndose el muerto tiene, la verdad, mucho mérito.

Se pone el plástico de los peregrinos por encima de la ropa y se sienta en el pretil que hace de

quitamiedos a lo largo de la pista que baja por delante de las casas de la estación y de la propia estación hasta los puentes de piedra. Se resguarda además con un paraguas mientras se queda allí sentada, de espaldas a la nacional, mirando hacia los puentes, intuyendo un paisaje que se sabe de memoria pero que le oculta la humedad que invade el curso fluvial en dos formatos contrapuestos: la niebla que sube y la lluvia que cae. Sabe que allí abajo corre el río, en apariencia tranquilo, desbordado por las márgenes, como siempre sucede a esa altura del año cuando los meses de invierno vienen cargados de agua. Sabe que si las gotas de lluvia no repiquetearan con fuerza en la tela del paraguas, podría oír el murmullo de la corriente allá al fondo del terraplén. Sabe que, a lo lejos, hacia el horizonte, en línea recta desde donde ella mira, se intuye el segundo puente, el más alto, el de la vía del tren, que tiene al pie de uno de sus pilares los restos de los vagones y las mercancías del convoy que descarriló en los años setenta. Llegó a ver los hierros retorcidos un verano de sequía extrema, cuando el caudal del Deza bajó tantísimo que nadie recordaba una desgracia igual. Fue como ir a ver un cementerio de despojos, de una hermosura extraña, mientras las gentes del lugar contaban cómo los vagones se habían despeñado cargados de motocicletas y de marcos de fotos. Seguro que en esa época, cuando los bienes materiales eran escasos, es decir, sagrados y venerados, había sido todo un espectáculo de desperdicio y derroche. La estación de Ponte Taboada es una reliquia bien conocida: unas veces, plató de cine; otras, lugar de tránsito para peregrinos de la Ruta de la Plata; y siempre escenario para fotos de ceremonias de toda clase. O incluso sin ceremonias. Mona se queda con la mirada perdida en la nada, bajo la lluvia, resguardada por el paraguas y por el plástico, intentando que la melancolía de la soledad y la intemperie no la engulla. Piensa cómo puede ser que estén ya de nuevo en enero, un año más; cómo puede ser que lleve ya tres meses sin intercambiar una palabra con el hombre con el que convivió casi quince años; cómo puede ser que ella no se hubiera enterado de nada. Se compara con un sapo al que se ha tragado una serpiente. Se dejaba engañar por el calor del vientre de la serpiente mientras se iba muriendo. Así fue. Se le saltan las lágrimas y se odia.

El día no está para fotos. Ni siquiera ha abierto el bar que ocupa ahora la casa de la estación. Dentro de un rato se pondrá a hacer lo que ha venido a hacer. Tiempo. Sacará los bártulos de la mochila de neopreno y se pondrá a hacer fotos al tuntún: desde la pista hacia los puentes de piedra, desde el puente de piedra por el que pasan los coches hacia a la estación, desde la misma posición pero hacia el otro lado, enfocando el puente del tren, alguna más desde la propia estación, otras desde el almacén abandonado, alguna del cartel rojo de no pasar jugueteando con la lluvia. Si no está muy deprimida, puede que incluso salte el muro de alguna de las casas abandonadas de la estación y pruebe a componer tomas de decadencia y nostalgia. Calcula que esa mentira la mantendrá ocupada unas tres o cuatro horas. Después esperará por Monchita en el bar, tomando un vermú, o dos o cuatro. Y Monchita irá a buscarla y la dejará en la parada del autobús, en Silleda o en A Bandeira. Qué más da. Y estará de regreso a tiempo para calentar en el microondas uno de los recipientes que le ha mandado su madre bien contados, uno para cada día de la semana, porque sabe que no tiene cocina en el maldito estudio; en la oficina, que diría su madre. Y se tirará toda la tarde ante el ordenador revisando las fotos de la mañana, retocándolas, trasteando con ellas como si allí estuviera su salvación, esperando que alguna le hable y la tranquilice. Intentará no desperdiciar energía en consultar la cuenta de Twitter de la concejala. No abrirá los malditos correos electrónicos de la abogada de su marido. Repasará todas sus notas y volverá a trazar esquemas y más esquemas con la esperanza de diseñar una propuesta artística perfecta. Volverá a echar las cuentas de la lechera, de cuando venda el coche y pueda empezar a

financiar el proyecto nuevo. Y cada vez que levante la vista de la mesa de trabajo, tropezará con la imagen de su último fracaso. Una foto de gran formato que ocupa una pared entera del estudio. Una foto magnífica en blanco y negro con una composición perfecta, de tres metros y medio de largo por dos de alto. Toda una santa pared. Cientos de euros en papel baritado. Ahí la tiene, colgada, como recuerdo perenne de su derrota, una imagen que sabe inmejorable y que tardó más de ocho semanas en componer, su particular canto a las minas de A Brea.

En esos casi siete metros cuadrados de papel vertió Mona madrugadas y mañanas y tardes y ocasos e incluso noches, con luna y sin luna, por la orilla del Deza que va entre la Volta do Croiñal y el puente de hierro que unía las minas de ambos márgenes del río, trepando entre los escombros de aquel mundo mítico de estraperlo, riqueza ajena y guerra impuesta. Mona había subido a lo que quedaba de lo que en su casa llamaban el Jujurujú y que en los papeles aparecía como Gurugú, una construcción de cuando se inició la extracción de estaño, de cuando la mina era de los ingleses y en esa casa que ahora ya solo conserva paredes abrazadas de maleza vivían los capataces. Después de haber sido durante muchos años la única vivienda con cuarto de baño de la zona, se convirtió en alojamiento de los prisioneros forzados a trabajar, casi setenta años más tarde, en las minas de volframio, ese oscuro y valioso material tan necesario para la maquinaria de las guerras de entonces. Era *el mineral*, como lo llaman todavía en Saídres. Mona había oído que su abuelo empezó a hacer la casa, la que ahora era la casa vieja, con el dinero de lo que llamaban con naturalidad *el estraperlo del mineral*. También fueron los ingleses los que construyeron la primera central eléctrica, que aún se conserva en la margen de Saídres, entre el Jujurujú y el puente de hierro. Por esa orilla transitaba Mona con sus cachivaches a la espalda un día sí y al otro también, en busca del sol más benigno, de la sombra más poética o de la lluvia más sugerente. Por esa ribera, con el estruendo de las aguas encabalgadas hablándole y martirizándola sin pausa, curioseaba en torno a la Boca 7 de la mina, la que todavía se distingue, tras una reja de seguridad, a nivel del río. Se acercaba también por la Boca 8 y por la Boca 9, las que ahora están cegadas por el Deza. Fueron días y días de bocadillo y termo de café, de pies húmedos dentro de las botas de goma, de manos entumecidas, de perder encargos por la falta de cobertura, de resbalar por el barro, de llorar de emoción al ver la luz perfecta, la toma perfecta, la imagen perfecta, para luego, al llegar al estudio, rabiar de frustración al comprobar que la magia del momento no era más que un espejismo. Pero nunca se había conformado y, al final, había tenido la seguridad de haberlo conseguido. Una foto inmensa en blanco y negro colgada de la pared grande del estudio. Y detrás de esa foto, toda una serie guardada en un disco duro dentro de un cajón del escritorio. Una toma en contrapicado, desde la orilla del lado de Saídres hacia la de enfrente, la de los lavaderos cubiertos de la parte de Fontao. Una imagen que habla, que cuenta cómo la vegetación ha ido acariciando, década a década, la herida abierta en la ladera que baja al río, cómo la ha ido suavizando en un abrazo espeso y perseverante; cómo esa espesura de pinos, quejigos, sauces y saúcos se ha ido haciendo fuerte y con su aportación ha dignificado un pasado que escribieron machacadoras, cedazos, vibromatrices, vagonetas y vías que descendían decenas y decenas de metros hacia el lecho del Deza. Ahí tiene Mona su imagen exquisita, tomada desde abajo en un ángulo casi vertical. Fue un día de finales de primavera tras una semana de lluvias. Esa mañana, temprano, la niebla no era muy espesa y estaba todavía baja, como a ras del río, y Mona hizo un disparo tras otro con absoluta seguridad, poseída, tirada de espaldas sobre el fango del camino que da a la Boca 7 de la mina, como una cucaracha patas arriba, en trance, con la cámara apuntando a los tejados de los viejos lavaderos de la ladera de enfrente, en la parroquia

de Fontao, custodiados por la frondosa vegetación y por un cielo saturado de nubes preñadas, blancas y gruesas. Sabe que esa imagen, en blanco y negro, es como una aparición fantasmal en forma de viejos barracones en precario equilibrio entre niebla, árboles y cielo, que contiene la dosis exacta de dramatismo y misterio, un exceso barroco de lirismo, y que guarda toda la memoria de su carga histórica. Mona lo sabe. Sabe que es así. Por eso la atravesó de parte a parte con una vulgar cuchilla de cincuenta céntimos comprada en el chino, totalmente fuera de sí, el día que volvió a casa después de presentarle toda la serie a su galerista y de tener que oírle un *a ver, Mona, querida, esta foto es perfecta para un número de la National Geographic, pero nosotras exhibimos arte, no imágenes maravillosas de naturaleza, tráeme arte, querida, ¡¡¡AR-TE!!!*

Para Mona ese día ha quedado marcado como el de la revelación de que el verdadero campo de batalla es la incultura que llega de la Meseta, disfrazada de desprecio y de arrogancia. Y ahí está, colgado de la pared, exhibido como un tumor maligno que la sigue carcomiendo por dentro, el mejor trabajo de su vida atravesado de arriba abajo y de izquierda a derecha con una mísera cuchilla de hacer manualidades.

III

—¿Vas avanzando?

Mona no tiene respuesta para la pregunta de Monchita. De momento no es que no haya avanzado, sino que ha estado dando vueltas en espiral sin ver el camino, como un perro que no acaba de conciliar el sueño. Decide cambiar de tema. Le cuenta que la víspera se cenó un *gin-tonic* en vaso de plástico mientras hacía el desfile de la Escuela de Diseño y Moda de Pontevedra. Le explica que lo de la cena es lo de menos, que se podría habituar a esa dieta. Las dos se ríen. A Mona le hace bien reírse con Monchita. Eso la devuelve a la juventud. A tiempos mejores, a cuando el camino todavía estaba despejado, a cuando estaban seguras de que habían nacido para triunfar. Le cuenta que los próceres de la ciudad, sentados en primera fila, todos de chaqueta oscura, aburridos como ostras, bostezaban sin miramientos ante las ilusiones de los estudiantes. Encima de la pasarela, una auténtica fiesta de chicos vestidos de vaporosas telas de colores, de chicas ataviadas con imposibles diseños de plástico y desechos. Cuenta lo mucho que le dolió ver a los señores de chaqueta oscura abriendo la boca sin disimulo mientras, a medio metro, levitaban las ansias de inmortalidad de gente valiente y aún soñadora.

No le cuenta que fue a cubrir el desfile, no por trabajo; que en realidad no estaba contratada, no tenía ni que ir; que aprovechó que iba Danielón para acompañarlo y simular que hacía algo. Ya llevaba así tres meses, simulando que hacía algo, sin hacer nada.

—Como no venda el coche, me muero. No sé cómo me las arreglaré.

Que es tanto como decir que no, que no va avanzando. Que se ha tirado todo el invierno leyendo, consultando libros de historia, investigando sobre la vía férrea que une O Carballiño y Compostela. Ese trecho que entró en funcionamiento el 8 de septiembre de 1958, el día que pasó el dictador vestido de blanco saludando a las multitudes de aldeanos que invadían las márgenes de las estaciones, y que tan solo sesenta años después, agoniza.

Noventa y ocho kilómetros de doble raíl, cinco viaductos y cuarenta y nueve túneles, ningún paso a nivel, el último tramo del trayecto Zamora-Ourense-Compostela-A Coruña en acabarse. Las obras de la vía férrea por la que transitaría el famoso tren pescadero que les llevaba a los madrileños el pescado de A Coruña se iniciaron en 1927, tres décadas antes de su inauguración, en el marco del plan urgente de construcciones ferroviarias del conde de Guadalhorce. Mona había subrayado con rotulador rojo la palabra *urgente* en su cuaderno de notas. Esa urgencia que se demoró treinta y un años exactos incluyó el empleo de la mano de obra barata de los presos de la Guerra Civil y de los vecinos de las zonas por las que discurría el trazado, gentes humildes y desesperanzadas de los años cuarenta y cincuenta del siglo pasado, como el marido de su tía. La línea O Carballiño-Compostela se inauguró ciento diez años después de la primera vía férrea de la Península, la que unió Barcelona con Mataró, y ochenta y cinco años después del primer ferrocarril gallego, entre Cornes y Carril. *Demasiado tarde*, anotó también en rojo Mona. Y, al lado, en el mismo color y dentro de un círculo, *estaciones demasiado mal situadas*. Comprobó que salvo la de O Carballiño, las demás estaciones del trayecto no se habían planificado con criterios de acercamiento a núcleos de población, lo que impidió que se crearan flujos de riqueza

en esos puntos y, por lo que ahora se veía, que se mantuviera el funcionamiento de la vía. Esas paradas en medio de la nada, en parajes apartados incluso de los pueblos en cuyo término se construyeron, hicieron que el tren no llegara a convertirse en un medio de transporte útil y eficiente para las gentes de la zona. Mona logró averiguar que fue debido a que en el año 1927 pusieron al frente de las obras que se iniciaban a Fernández-España, un ingeniero coruñés, al que encargaron realizar el trazado de la línea por el camino más corto, monte a través, sin tener en cuenta los núcleos de población. Le concedieron entonces tres meses para presentar el proyecto de la vía y tres años para construir la línea. El ingeniero no llegó a terminar el encargo. Su destino estaba en el fondo del barranco por el que se despeñó con su coche en uno de los viajes de trabajo a las obras. El trazado absurdo, sin embargo, sobrevivió.

En ninguna de las tres estaciones del ayuntamiento de Silleda paran ya los trenes regulares de pasajeros, excepto los domingos por la tarde, cuando hay una parada especial en la de Ponte Taboada para estudiantes con destino a Compostela. Fin. Por ellas ya solo desfilan convoyes de mercancías. Mona los ve pasar con los vagones rotulados de Sogama. Trenes que transportan basura. Vagones repletos de desperdicios de la sociedad civilizada. *Cargados de mierda*, anotó Mona en rotulador rojo.

Hoy es día de mercado en A Bandeira, buen día para Monchita. Lleno de señoras mayores que acuden a comprar las coles para el invierno, las gallinas ponedoras para la primavera, una hoja de bacalao para un domingo en el que se reúna la familia; de abuelos que van a por los medicamentos y aprovechan para tomar una tapa de pulpo a las once y media de la mañana, como en un desayuno tardío en una comida temprana, lo que los ingleses llamarían *brunch*. Pero Monchita no está contenta. En realidad, está enfadada y rozando la desesperación. Van subiendo desde la estación de Abades hacia A Bandeira, aprovechando uno de sus servicios regulares. Acaba de llevar de vuelta a casa, precisamente en Abades, a la señora Manuela, que en el mercado del catorce se acerca a A Bandeira a hacer los recados. La señora Manuela dice estar encantada de haber dado con la taxista nueva, esa rubia tan simpática, que le baja la caja de las naranjas de zumo y se la lleva, en confianza, hasta la despensa que tiene por detrás de la cocina, se entiende muy bien con ella, que Dios le conserve el trabajo y los modos, que así da gusto, que a ella le da la vida. Ya puede ir tranquila al mercado de A Bandeira sin tener que molestar a sus nietas ni depender de ellas. La señora Manuela se lo dice siempre, en cada servicio del catorce de cada mes, se lo dice a Monchita y se lo dice a cuanto ser humano se cruza en su camino. Puede que a algún taxista malencarado se lo haya dicho también. Precisamente de ahí le vienen todos los problemas a Monchita. Los demás taxistas, los de su parada, la parada de Silleda, y los de la parada de A Bandeira le hacen la vida imposible. No escatiman esfuerzos en transmitirle que no es bienvenida en el puesto, se lo demuestran incluso con ingenio e inventiva. No es la primera vez que Monchita arranca para hacer un servicio y la sorprende el estrépito metálico de la ristra de latas que le han atado al parachoques. Tiene que bajarse a soltarlas, claro, con el cliente esperando en el asiento trasero, entre fastidiado y burlón. Esos han sido los males más leves. Tres veces se ha encontrado ya las cuatro ruedas pinchadas, con el coche aparcado en la entrada de su casa de Carboeiro, y cinco rayones marcados a conciencia, hondos como cicatrices, tres en la puerta del acompañante, bien a la vista por donde sube la clientela, y dos en el capó, visibles desde cualquier ángulo. Sus compañeros de nueva profesión ni se molestan en saludarla, le hablan desde bastante lejos, para tener la oportunidad de gritarle fuerte, y solo cuando hay mucho público que pueda oírlos. *¿Qué, zopenca? ¿Ya has arreglado el taxímetro? ¡Que andas por ahí timando a la gente, que nos vas a*

hundir a todos con tus chanchullos, coño! «Difama, que algo queda» es una máxima que controlan mejor todavía que los peores ejemplares de su antigua profesión, los periodistas de la prensa amarilla. *A ver si aprendes a conducir, que algún día habrá una desgracia, que no sé ni cómo se atreve la gente a montar contigo en el coche.* Monchita le va relatando a Mona un nuevo puñado de agravios con la garganta atenazada por la rabia. Lleva dos meses con el taxi. Su abuela le avaló el préstamo que tuvo que pedir para comprar la licencia. La casa de Carboeiro hipotecada.

A la izquierda queda el hermoso robledal que hay subiendo desde la estación de Abades. A Mona le resulta curioso mantener una conversación sobre asuntos tan desagradables mientras atraviesan un paraje que podría definir casi como bucólico. Ellas, Mona y Monchita, no eran habituales de estas parroquias. En su etapa escolar la chiquillería de esa zona iba al colegio, al médico y acompañar a sus padres a hacer las compras a A Bandeira, el segundo núcleo urbano del ayuntamiento. Por eso, para ellas Abades no era más que una parroquia famosa por una fiesta religiosa en la que se hacían subastas de lotes de rosquillas que, en alguna ocasión, llegaron a alcanzar precios de auténtica locura.

A Mona le ha sorprendido el buen estado de conservación del edificio central de la estación de tren. Tenía también las ventanas y las puertas tapiadas, pero no con cemento, como la de O Castro, sino con unas inmaculadas planchas metálicas de color marrón. Las paredes, con la pintura blanca impecable; la piedra que enmarca ventanas, puertas y arcos, perfecta; la cubierta, con tejas renovadas; y las rejas del balcón de la fachada principal y de las verjas de ambos lados del edificio; bien pintadas en beis acastañado. El tejado tenía incluso canalones para recoger las aguas, que descendían bien instalados por delante y por detrás. Ha pensado, mientras contemplaba admirada esa especie de aparición en medio de tanto abandono, que si José Luis Toval Bisbal, el ingeniero que diseñó las estaciones de ese tramo, viera ahora el edificio, se sentiría orgulloso. Ha leído en alguna parte que se inspiró en la arquitectura de la zona y que se utilizaron los materiales naturales de cada lugar, es decir, piedra del país. En la estación de Abades, que en los papeles figura como *Estación de A Bandeira*, para que los forasteros se sitúen, no ve casas anexas. La atraviesa una vía de doble sentido que se pierde tras una curva al norte, en dirección a Ponte Ulla. En el otro sentido, en dirección sur, a dos kilómetros y medio exactos, queda el cargadero de las canteras de Campomarzo, que durante muchos años fue la única empresa gallega que RENFE homologó para el suministro de balasto para el ferrocarril. Pero a Mona las piedras la traen sin cuidado, no quiere ver más heridas abiertas y sangrantes en medio del monte. Su experiencia con las minas de A Brea todavía supura.

Ha quedado satisfecha de la visita a la estación de Abades y ahora le pesa la conversación desesperanzada de Monchita y su interés, sincero y preocupado, por saber cómo evoluciona el litigio con su futuro ex. A Mona le ha hablado la estación de Abades. Por fin. A Mona le encanta que le hablen los lugares. Se emociona. Siempre acaba llorando un poquito, de felicidad. Hacía mucho que no le hablaba con tanta claridad un lugar.

Ha sido el tramo de vía que está justo ante el soportal, donde los viajeros de otros tiempos esperaban el tren, ese pequeño tramo, el que le ha explicado cuál es su maldición eterna: estar situado en paralelo, aunque a muchos kilómetros de distancia, del otro tramo, el de la vía nueva, la del tren de alta velocidad. Mona ha comprobado que desde ese punto, mirando al horizonte, se ve el viaducto con las vías férreas nuevas, por las que transitan los trenes de pasajeros, los que se han diseñado para un futuro que ha empezado ya. La vía vieja, la vía moribunda de Abades, está

condenada a contemplar enfrente, a perpetuidad, el éxito y la vida esplendorosa de su propia asesina. La vía vieja sujeta al suelo, la vía nueva elevada en el aire. Fue un momento hermoso. Le mandó un mensaje a Antón Piñeiro: *Hoy he llegado al punto de partida, ya estoy en órbita*. Él le contestó de inmediato: *Felicidades. Ata bien ese hilo. ¡No lo pierdas!* Emocionada, sacó una foto de la escena: en primer plano, la vía vieja, y al fondo, el viaducto rectilíneo de la nueva cortando el perfil ondulante de un monte de pinos contra el horizonte. Subió la imagen a su cuenta de Twitter en el acto y la acompañó de un lapidario *El futuro mata*.

—Pero si te han asignado la abogada provisional quiere decir que el proceso empezará a avanzar por fin, ¿no?

Muy a su pesar, sí. Mona había solicitado una abogada de oficio para tramitar el divorcio. Fue un bonito rosario de diligencias entre la Xunta y el Servicio de Orientación Jurídica del Colegio Oficial de Abogados que ella intentó alargar lo más posible. A los tres meses y medio de la solicitud, y tras evaluar su situación financiera y verificar que en efecto esta es precaria, acababan de concederle una abogada provisional.

—Ahora lo primero que tenemos que hacer es el maldito inventario de bienes y una propuesta de reparto.

—Mona, hazme caso: cuanto antes, mejor. Deja que se vaya de una vez.

Mona es incapaz de entender cuál es la ventaja de acabar con todo cuanto antes. Ella lo tiene claro. Cuando nazca el hijo de su marido y la concejala, aún no se habrán divorciado. Quedará con las abogadas para llevar a cabo el inventario de bienes y les hará registrar cuchara a cuchara y centímetro a centímetro de cortinas y alfombras, y rechazará todas y cada una de las propuestas de reparto que le presente la abogada de su marido. Lo único bueno es que al fin sabrá cuánto dinero le oculta Roi en su cuenta particular.

—¿Y qué tal con Danielón?

Enfilan por una carretera en la que empiezan a verse aceras. Acaban de entrar en A Bandeira.

—Como siempre. Ya sabes, es como un niño grande. Siempre con ganas de jugar.

El coche de Monchita conserva ese sutil olor a bellotas perfumadas que tanto le gusta.

—¿Y el proyecto, qué? Dijiste que en primavera estarías dándole forma definitiva.

—En eso estoy. Solo necesito vender el coche y comprar unos cipreses adultos, de diez o doce metros de alto.

Mona trata de que suene enigmático, pero suena más bien a desatino. Llegan a la calle principal y Monchita estaciona delante de la farmacia, frente a la parada del autobús que Mona cogerá para volver a Compostela.

—¿Y ya has localizado algún sitio donde vendan cipreses tan grandes?

Mona le explica que sí, en la Pistoia italiana, una zona de la Toscana especializada en viveros de todo tipo, pero sobre todo en coníferas. Solo ve un par de problemas: el coste económico que la adquisición y el transporte le supondrían, y el rastro que deja siempre una transacción de esa clase, que la identificaría como compradora. También tiene la opción de pedir los cipreses a China. Sabe que el precio de un contenedor marítimo es de apenas unos cientos de euros y allá el producto no es demasiado caro.

—Pero no tengo muy claro que los chinos me vayan a enviar el pedido a tiempo. Y sigo teniendo el problema del rastro que dejan esta clase de compras.

—Mona, me estás asustando con lo del rastro. ¡Ni que fueras a hacer algo ilegal!

Mona se sonríe. En ese momento la legalidad le parece un concepto excesivamente coercitivo. A punto de bajarse del taxi de Monchita, le llega una notificación al móvil. La concejalía acaba de subir una foto a su cuenta de Twitter. La imagen muestra el interior de una habitación en obras en la que un hombre de espaldas empapela una pared con motivos infantiles. Acompañando la foto, tan solo diecisiete caracteres: *El futuro promete.*

PRIMAVERA

I

Su madre al volante, incapaz de centrarse.

—¿Y ahora, por dónde? No me vaya a meter en la autopista.

Salen del cementerio de Boisaca, por la calle central del polígono del Tambre.

—Tranquila, mamá, vas bien. Ya te voy diciendo yo.

Las dos metidas en el coche, destrozadas. Sin ganas de hablar. En el otro coche, un poco más adelante, va el resto de la familia, el marido de su tía conduciendo, con la abuela Ramona al lado y su tía y su prima Sabrina atrás.

A Mona la saliva le sabe a óxido.

Piensa que nunca más recuperará el sentido de las papilas gustativas. Se le quedarán así para siempre, con ese regusto a hierro oxidado.

Por delante de ella gira la imagen de desamparo de la que fue su suegra, de la que legalmente aún es su suegra, la madre del difunto, la madre de Roi, el que fue su marido. Ahora Mona está viuda. O es viuda. No sabe bien qué. Únicamente ve la imagen de su suegra Isabel como una Níobe desesperada dando vueltas sobre su propio dolor, encogida y ausente en un cuerpo de setenta y dos años que parecen doscientos, los ojos anegados, la respiración desacompasada. Nunca había visto desesperación igual. El que ha sido su suegro, Francisco, siempre tan estirado, a su lado, tieso, una columna de puro dolor.

Van a Saídres.

—Hoy no dormirás tú sola en la oficina esa, digo yo.

No quiere explicarle a su madre que lo último que necesita es compañía.

—Claro que no, me voy contigo a Saídres, mamá.

Dormirá, o no dormirá, en un cuarto que nunca ha sido suyo. Cuando se casó, su habitación infantil pasó a ser de la abuela Ramona y ella se quedó con la otra, más grande, donde compartió con Roi una cama inmensa y unos muebles buenos y macizos pagados por la abuela con ansia e ilusión. En mayo habrían cumplido quince años de casados. En mayo nacerá el hijo de él con la concejala. Esa mujer todavía joven, con un barrigón inmenso, desplomada en una silla ante el ataúd, abrazada a las dos madres, la suya propia y la de su amante. En mayo nacerá su hijo y será hijo de soltera. Igual que su madre.

Mona no ha vuelto a dormir en la habitación conyugal de Saídres desde el día en que oyó por la radio la noticia del embarazo de la concejala y él se fue del piso en el que vivían y dejó de cogerle el teléfono y de contestarle los mensajes. No quiere ir a dormir a Saídres. Querría no haber recibido la llamada que recibió a las 15:37 del día anterior. *¿Ramona Otero Sánchez? La llamo desde el Hospital Clínico porque figura usted como la persona de contacto en caso de emergencia de Roi Antelo Fariña.* Desde entonces el mundo se ha parado y la saliva ha pasado a saberle a hierro venenoso. *Lamentamos comunicarle que...* Recibió la llamada a las 15:37. Quedó la hora registrada en el móvil como la marca de una maldición. *Lamentamos comunicarle que...* Recuerda sin recordar cómo llamó a su madre. Cómo le traspasó a su madre, la despierta y arrojada costurera de aldea, el amargo cometido de llamar a su consuegra Isabel:

El cometido de coger el coche para ir a Compostela, que esas cosas no se dicen por teléfono, y acercarse a casa de los consuegros, una casita muy bien puesta en el barrio de Conxo, para contarles que su hijo Roi, el menor, había perdido el control del coche cuando salía del trabajo y, por lo que dijo el forense, se mató en el acto. No sufrió, eso seguro.

El cometido, delegado en su madre, de oír el grito desgarrado de su suegra Isabel, sujetando una mano con la otra y mirando al infinito.

Recibió la llamada a las 15:37 del 9 de abril. Era lunes. *Lamentamos comunicarle que...*

Mona calcula que ya faltará poco para que termine el entierro. Más o menos para cuando lleguen a Saídres, a Roi lo estarán conduciendo a la tumba familiar, donde quedará recluso bajo una lápida junto a sus abuelos. No consigue imaginarlo. Ni siquiera ha querido ir. ¿Para qué?

—Yo a esa misa no quiero ir.

Lo dijo en voz extremadamente baja en cuanto pusieron pie en el tanatorio, a las nueve en punto de la mañana, ella y toda su familia, allí, como clavos desde la hora de apertura.

—Tranquila, si no quieres ir, no vamos. Nos volvemos todos a casa cuando llegue el momento.

Esa fue la sentencia de la abuela Ramona y así lo han hecho. Mona hasta se sorprendió de que la hubiera oído. Desde ese momento han pasado ya millones de horas. Años enteros. Lustros interminables.

El ataúd, Roi, no sabe ni cómo decirlo, fue conducido a la capilla del propio tanatorio a las cuatro y media de la tarde. Y hasta ese momento, ellos no se movieron de allí ni comieron ni tomaron café, ni siquiera el marido de su tía se atrevió a salir a fumar. Su madre y la abuela Ramona la custodiaron con la distancia mínima que concede un codo doblado a cada lado, sujetándola con dignidad, como si fuera un edificio en predemolición.

Mona no quiere ni mirar la hora ni saber por dónde van ya, no mira por la ventanilla, mira por el parabrisas con la vista fija en el asfalto que el morro del coche va engullendo. Su madre conduce en silencio. Se lo agradece. No quiere pensar, intenta no pensar en el momento en que Roi quedará recluso para siempre en un agujero, bajo una losa de granito con su nombre escrito en letras doradas, en ese pantano de tumbas negras y apiñadas que es el cementerio municipal compostelano, con los huesos de sus abuelos por toda compañía. Así para toda la eternidad.

Recuerda cuando enterraron, bajo esa misma piedra, a la abuela Crucita, la que fue la primera gran pérdida en la vida de Roi. Llevaban dos años y tres meses de casados y en todo ese tiempo no hubo un día, salvo si estaban de viaje, en que él no fuera a hacerle la cena y a leerle un capítulo de la novela de amores, como llamaba ella a las novelas rosa que le leía a diario. Intenta ahuyentar el recuerdo, el del día del entierro de la abuela Crucita, el de la imagen de Roi con aquella desesperación casi infantil, temblando de dolor, ausente, metido en un pozo en el que apenas él cabía. Y después, terminado ya el suplicio, estaban acostados, ella lo estaba abrazando y él susurró muy despacio *¡casa!* Era su consigna secreta, la usaban cuando se sentían especialmente seguros así abrazados. *¡Casa!*, ese grito infantil de cuando jugaban al pilla-pilla y se metían en el círculo mágico trazado con un palo en la tierra, donde nada te podía pasar, donde estabas a salvo, donde quedabas absolutamente protegido. Recuerda todo aquel mundo tibio de confianza y complicidades de cuando todavía se decían *¡casa!* el uno al otro. *¡Casa!* Nunca dijeron en vano esa palabra. Nunca llegaron a ensuciarla.

Le habría gustado traspasar el cristal y derrumbarse encima del ataúd y gritar *¡casaaa!*, pero no tuvo ni la más mínima oportunidad. Habría querido ir al baño y sentarse en el inodoro y poder murmurar *¡casa!*, a solas, imaginando que si se concentraba mucho en visualizar una última escena

con Roi, con su Roi amado, con el Roi del principio, ese pensamiento sería su última despedida, la única despedida posible, la única que él entendería. Pero dijo *voy un momento al baño* y la abuela Ramona, su madre, su tía y su prima Sabrina ya la acompañaban como una escolta real. Entró en el cubículo y las demás mujeres de la familia se quedaron haciendo guardia al otro lado de la puerta, esperándola mientras hacía lo que tuviera que hacer allí dentro. Así que se bajó los pantalones, se sentó, se metió el puño en la boca y mordió con toda la fuerza con la que necesitó morder.

La alternativa era arrancarse los ojos.

Salió y la comitiva volvió a la sala número tres, Mona con el puño derecho escondido en el bolsillo de la sudadera. Ahí sigue guardado, millones de horas después, no se ha atrevido siquiera a sacarlo para ponerse el cinturón de seguridad tras montarse en el coche.

Han sido horas, días, años, lustros, puede que décadas, metida allí, en la sala número tres, custodiada por su familia. Parecían un clan gitano. Tres metros por detrás de la hilera principal. En primera línea estaba la concejala embarazadísima, la que realmente ejercía de viuda, desmoronada entre su propia madre y la de Roi. Al lado de la madre de Roi, su padre, guardando la compostura, intentando evitar que una levísima corriente de aire lo hiciera añicos. Detrás, Mona y su familia, junto a los hermanos de Roi. Lois, el mayor, casado, divorciado, sin hijos, entrando y saliendo, alternando los momentos de estremecerse de dolor con los de parece que estoy aquí pero no estoy aquí, e Iria, la segunda, soltera, sin hijos, recién llegada de París, su lugar de trabajo desde hacía casi un cuarto de siglo, idéntica a su padre, tiesa y envarada, como si la columna recta le permitiera sobrevivir con dignidad. Mona besó a su suegra. Su suegra se dejó besar. Mona supo que podría estar besando a una víbora o a un ángel bajado directamente del cielo, su suegra no tenía más vida que el dolor salvaje que le dejaba el vacío del hijo perdido.

Al llegar, el ataúd ya estaba cerrado y no vio a quién decirle que se lo abriera, que quería verlo, que quería despedirse. Recibió besos y pésames y *te acompaño en el sentimiento, y mucho ánimo y tienes que ser fuerte y qué injusticia, y estaba en lo mejor de la vida, y no somos nada, y la tenía ahí, y contra eso no hay nada que hacer, hija mía*, de todas las personas, de sus amigos y de sus amigas, los de ambos, después de que se los hubieran dado a la concejala embarazadísima y derrumbada de dolor. Mona no se quedó sin que la hubieran besado, abrazado y consolado, pero siempre tres metros después.

Han sido horas y horas, y puede que días y años y lustros y décadas, las que Mona ha pasado encerrada en su cuerpo, en su cara, en su propia persona esperando que ocurriera un milagro y pudiera quedarse a solas con Roi para poder decirle *¡casa!*

Su madre rodea el coche para abrirle la puerta. Mona no es consciente ni de haber llegado a Saídres.

—Voy a hacerte una sopa.

Mona dice que no quiere comer, quiere echarse un poco.

—Sí, sí, tú acuéstate, que yo voy enseguida y te llevo una sopa.

—Vale, mamá.

II

Mona va tristemente borracha. Vuelven de hacer la primera boda de la temporada. Ella y Danielón. *Vuelven los viejos tiempos, vuelve el mejor equipo del mundo*, dice él todo ufano. Mona piensa que sí, que los dos fueron un gran equipo en los diez años que pasaron trabajando juntos. Empezaron el mismo verano en que acabaron en la Escuela de Mestre Mateo. Toda una década de ¡sácame guapa! Hasta que un día, que ahora le parece un mal chiste, se subió a una colina y gritó puño en alto aquello de *a Dios pongo por testigo de que jamás volveré a hacer una boda en mi condenada vida*. Ahora es más que evidente que se hizo un Scarlett O'Hara de pacotilla. El dios de Mona es un mierdas.

Mona va borracha en el asiento del copiloto de su propio coche, que ahora es el coche de Danielón. Cierra los ojos para no tener que hablar. Va triste y deprimida como una ciénaga en invierno. Danielón dormirá hoy con ella en su estudio. A él le encanta volver a ser su amante, le encanta su papel de amante intermitente de todos estos años y dormir en el futón que ella tiene en ese local comercial de treinta metros cuadrados en Área Central. Duermen en el reducidísimo cubículo que antes era el despacho, con un ventanal del techo al suelo que deja ver toda la plaza de Europa y por el que en las noches de invierno entra un frío del demonio. No le importa tener que ducharse con un hilo de agua fría en un baño más pequeño que el de una autocaravana ni disponer apenas de las opciones culinarias que le ofrecen una cafetera eléctrica y un microondas. A Danielón le encanta ese aire de provisionalidad que tiene su minúsculo despacho, rodeado de archivadores con facturas de sabe dios cuándo, libros apilados en torres y cajas con vajillas y cristalerías finísimas que no tienen ni oportunidad de usar. A ella le gustaría poder compartir ese entusiasmo, no sentirse continuamente agobiada, como si el mundo se le fuera abrir bajo los pies y escupir todavía más miseria en su vida. En la boda que acababan de hacer ha llegado a temer por su cordura. Sigue temiendo. No se ve capaz de afrontar las más de cuarenta bodas que ya tienen contratadas entre mayo y noviembre.

—¿Estás bien?

Se lo ha vuelto a preguntar. No está bien. Está en lo más hondo de lo hondo hondísimo, pero disimula y dice que simplemente está borracha, que no pasa nada. Sabe que Danielón se ha quedado preocupado desde el mismo instante en que ella tuvo que ir a refugiarse al baño para deshacerse en lágrimas y se dio después al alcohol sin medida, aunque intentando guardar cierto decoro profesional. Bien es cierto que, a esas alturas de la jornada, el trabajo más delicado ya estaba hecho y Mona sabe, sin riesgo de parecer soberbia, que las mejores fotos serán las suyas.

La foto oficial del ya matrimonio que rula por todas las redes sociales la ha hecho ella. Ese es siempre un momento muy delicado, el de elegir la primera foto de la pareja que se subirá con la máxima urgencia a las redes para recolectar todos los me gusta y me encanta posibles, porque tiene que ser lo bastante romántica, lo bastante casual, lo bastante original y poética para ser perfecta y exclusiva y simbolizar todo lo que los novios quieren que simbolice, que es siempre lo mismo: verse guapos y sentirse especiales, y que eso se lo digan y se lo repitan sin pausa durante las más de doce horas que duran esos tránsitos de la soltería al matrimonio. Es un momento terrible ese, que siempre se produce entre la ceremonia y el inicio del banquete, cuando la novia y

el novio se lanzan sobre los fotógrafos contratados como auténticos yonquis desesperados *a ver, dejadnos ver, que la veamos nosotros primero, a ver, ¿vale? ¿Cuál es? ¿Esa? ¡Síiii, qué pasada...!* A Mona nunca le han rechazado la foto oficial de emergencia. A Danielón le rechazaban la primera casi siempre, por eso le ha dejado encantado ese marrón a ella. También ha vuelto a trabajar con ella encantado. Nunca ha tenido tal avalancha de contratos como ahora, que ya se ha corrido la voz de que la gran Mona O regresaba al mundo de las bodas.

Danielón apaga el sistema de navegación y la voz metálica que le iba indicando el camino correcto desaparece del interior del vehículo, dejando paso a un CD con los temas más clásicos de Los Suaves. Mona no soporta ni los primeros acordes y apaga el reproductor con un gesto quizá demasiado brusco. Sabe de sobra que ahora el coche es de Danielón, que se lo ha pagado por transferencia bancaria, que los papeles están a su nombre y que es él quien se hace cargo del seguro, pero no está preparada para escuchar su deprimente música nostálgica ni para verlo sentado en el asiento en el que solo ella se sentaba. Está harta de ir de acompañante en todos los vehículos en los que se desplaza desde hace casi nueve meses. Se obliga a recordar, en medio de su borrachera y de su depresión malhumorada, que ahora tiene nueve mil euros en efectivo en una cuenta supersecreta a nombre de su madre para gastar a conciencia en su proyecto. Se obliga a echar cuentas de que mañana se pasará el día tomando café y tragando ibuprofenos tirada en el maldito futón con Danielón, comentando las jugadas de la boda, que siempre ha sido su vicio compartido favorito, a modo de trámite o peaje para llegar al lunes, ese día maravilloso en el que por fin podrá ponerse a trabajar en lo que de verdad le importa.

Acaban de incorporarse a la AP-53, a la altura de O Carballiño, después de casi veinte minutos por carreteras secundarias, para volver a la civilización desde la casona familiar en la que se celebraron banquete y fiesta. En esa casona en la que Mona lloró y rabió encerrada en un cuarto de baño de por lo menos cincuenta metros cuadrados, con bañera exenta y suelo de baldosa hidráulica de los años veinte, porque no podía soportar ver los sueños de futuro de dos personas puramente felices. Lloró y les deseó todos los males posibles, empujada por su rencor asqueroso, y se sintió la persona más sucia y más miserable del mundo. Le invadió el fortísimo e indigno deseo de decirles que aprovecharan, que disfrutaran mientras el sol les diera en la cara, que ya vendría la noche oscura, ya. Allí estaba, por culpa de que toda la familia del novio se había arrancado a cantar a pleno pulmón y con un sentimiento cálido y profundo difícil de fingir lo que llamaban *la canción de los primos*, que no era otra que «Fisterra», por lo visto la cantaban desde muy niños cuando se reunía la familia entera en esa casona. Una costumbre que había arraigado gracias a que la abuela del clan la había escogido como terapia identitaria para que los pequeños que habían nacido fuera del país, ahora adultos casados o casaderos, tuvieran vínculos emocionales imposibles de olvidar. A Mona se le había abierto el pecho ya en los primeros versos del estribillo... *eu tamén choro / eu tamén choro / cando non me alumean, meu ben, / eses teus ollos...* Y mientras el novio se deshacía en lágrimas de emoción y sorpresa y agradecimiento, ella se rompía literalmente, con un dolor físico, con una punzada violenta que le hizo doblar el torso hacia delante y, a continuación, salir hacia el baño todo lo discreta y digna que pudo aparentar. Danielón se ocupaba en ese momento del vídeo. De inmortalizar esa declaración de amor y lealtad familiar.

A ella y a Roi nadie les cantó en la boda, pero el sentimiento dorado, como de flotar suavemente en las olas tibias de la fortuna, fue idéntico. Mona hizo cortocircuito mientras pensaba que algún día, dentro de diez, quince, veinte años, ya no quedaría ni un mísero rastro de ese

espejismo de felicidad.

Y les deseó que así fuera:

Que el camino se les volviera de espinos.

Que algún día se dieran cuenta de que toda esa vida diseñada entre los dos ya nunca sería posible.

Todas esas mañanas de domingo disfrutadas en la cama, antes de casarse, imaginando un futuro itinerante por países perdidos haciendo reportajes para la *National Geographic*, todas esas mañanas repasando caminos con el dedo por el atlas, todas, todas, habían sido en vano. Ya nunca irá en busca de caravanas de beduinos por los desiertos del Sahel, con Roi de asistente y compañero, ni se infiltrarán en ninguna cuadrilla de guerrilleros ni en ninguna tribu perdida y desconocida del Amazonas. Tan en vano habían sido todas aquellas distantes mañanas de domingo que ni siquiera llegaron a hacer un mísero viaje en furgoneta en lo que duró su vida de pareja.

Desde el salón de la casona le llegaban a Mona cánticos en remolinos... *se queres que brille a lúa, / pecha os ollos, meu amore...* Y ella deseaba que toda la mezquindad que había tenido que padecer fuera también el destino de esa pareja que se abrazaba emocionada en el salón, a escasos sesenta metros de donde ella permanecía atrincherada. Imaginaba su vida tornándose gris, igual que la de ella, con Roi de cajero en una sucursal bancaria de la ciudad que lo vio nacer, donde se crió, sin ninguna intención de sobrevolar el horizonte, mientras ese empleo provisional para ir tirando los volvía acomodaticios y los convertía en una pareja respetable, ella la mejor fotógrafa de bodas del país, atrapada en su propia telaraña de confort... *eses teus ollos, / eses teus ollos, / cando non me alumean, meu ben, / eu tamén choro...* Hasta que un día su adorado príncipe cotidiano se equivocó y la llamó por el nombre de otra mujer, de una cualquiera, y él ni se enteró, y entonces ni siquiera discutieron por eso y ella volvió con aquel medio amante que en realidad nunca había abandonado y se centró en labrarse por su cuenta su propia carrera, en el mundo del arte, que era algo mucho más agradecido que andar a rastras por los países del submundo, y daba más dinero y más y mejores titulares y más de todo. Y de repente, se ha quedado sin nada. No tiene ni marido ni pareja ni sueños compartidos ni canciones cantadas a pleno pulmón, por no tener, ya no tiene ni el viejo atlas que los acompañaba en las mañanas de domingo de cuando todavía estaban solteros.

Danielón abandona la autopista y se incorpora a la N-525 en la rotonda de Bendoiro, para hacer por carretera el tramo de peaje de la AP-53 que va de Lalín a Compostela, famoso por ser el trecho con la tarifa más alta de todo el país. Mona se da cuenta de que el conductor bosteza a intervalos más cortos cada vez e intenta despejar la nebulosa alcohólica que la muele para darle conversación.

—Vas mu, muy, mu cansado, ¿no?

La lengua se le traba, se le mueve lenta y torpe, como si fuera de otra persona. Danielón la mira burlón y se echa a reír. A ella le fastidia, pero al final también suelta una carcajada.

—Vale, vale, pero no estoy tan borracha como parece, solo se me ha tra, traba. Agh, ya solo me faltaba el hipo.

Se echan a reír de nuevo. A Danielón se le marcan arrugas profundas en las comisuras de la boca cada vez que se ríe a mandíbula batiente. A Mona le encanta verlo así, aunque sea en una noche como esta, en la que está cansado y preocupado, incluso incómodo ante la actitud de ella. Sabe que se está preguntando si volverán a formar el fantástico equipo que fueron o si ella se convertirá en un lastre necesario para atraer más clientes, un lastre con el que hay que cargar al

final de cada jornada y reanimar con paciencia y mano izquierda cada madrugada. Mona no se lo reprocha. Ella también se lo pregunta. Y aún se pregunta unas cuantas cosas más. Por ejemplo, si debería ir a un especialista, a un psiquiatra o a un psicólogo, para que la atiborre de pastillas neutralizadoras de sentimientos negativos y de deseos de ver vidas ajenas hundidas. A partir de junio, no tendrán un solo fin de semana libre, harán bodas todos los sábados y domingos, y algunas semanas incluso los viernes y algún que otro jueves. Me doy de plazo un mes, piensa en la soledad de su cabeza, y si esto sigue así, voy al loquero.

—¿Me ayudarás a conseguir una docena de cipreses? Al final he hecho un plano y creo que con una docena me las arreglo.

Esta vez no le ha fallado la lengua. Danielón fija la mirada en la carretera y finge que necesita una concentración absoluta en la acción de conducir por una vía totalmente desierta. La pregunta de Mona queda suspendida en el interior del que fue *su* maravilloso BMW azul y que ahora es de Danielón, con un horrible escapulario que le ha regalado su madre colgando del espejo retrovisor y un fuerte olor a ambientador de cedro. Es obvio que Danielón no la ayudará a conseguir ni una docena de cipreses ni nada que no tenga que ver con su negocio de hacer bodas. En el fondo ambos saben que Danielón no le ha perdonado que hubiera abandonado el equipo durante cuatro años para perseguir un sueño artístico, porque entendía que cada boda hay que abordarla como una obra de arte en sí y que en cada una hay que darlo todo para capturar lo que cada pareja tenga de especial. Mona también lo ve así, pero sabe además que hacer bodas es un medio de subsistencia para mediocres incapaces de crear mundos propios, ciegos ante su propia incompetencia, siempre parapetados tras las excusas de la vida diaria. Ese es Danielón. Un mediocre y, para colmo, dolido. No la ayudará.

En las franjas habitadas de la carretera, las que iluminan farolas al borde del arcén, Mona se fija en las siluetas de los árboles que quedan por detrás de la estela de los puntos de luz. Consigue distinguir los contornos de algunos cipreses, pocos, en los jardines y en los terrenos adyacentes a las casas; lo que más abundan son las vulgares tuyas y los árboles frutales. Ve tres cipreses en Loimil, dos entre la curva de Balboa y el puente sobre el Ulla, cinco más en el trayecto hasta Lestedo. En Lestedo pierde la cuenta.

—¿Has pensando en comprar un dron?

En un primer momento, Mona piensa que la borrachera le está jugando una mala pasada. Pero Danielón la mira. Espera una respuesta.

—¿Un dron? ¿Y para qué quiero yo un dron?

—Para tu proyecto, ¿no?

Danielón no sabe nada del proyecto de Mona. Ella solo le ha contado que necesita cipreses, adultos, de diez o doce metros de altura aproximadamente, para colocarlos a ambos lados de la vía. Mona, a pesar de la lentitud de su cerebro marinado en *gin-tonic*, se da cuenta de que en esa desinformación Danielón ve una afrenta más.

—No, no me hace falta un dron para nada.

Ya están entrando en la ciudad por O Castiñeiriño. Mona no ve la hora de bajar los trastos del coche y meterse con Danielón en el futón de su estudio. Tanta es la necesidad de tumbarse al calor del cuerpo de su socio amante compañero competidor que hasta el maldito futón empieza a resultarle atractivo.

A punto de alcanzar ya el garaje de su edificio, le entra en el móvil una notificación de la cuenta de Twitter de la concejala. La abre. No ha sido capaz de reprimirse.

En la foto se ve una pulserita del Servizo Galego de Saúde rodeando el tobillo tierno de un bebé. *Bienvenido, Roi. 3,5 kg y 55 cm. Estamos bien.* Mona mira el reloj. Son las cinco cuarenta y tres de la madrugada.

—Pues yo creo que tenemos que pensárnoslo bien, Mona, en serio. Si compramos un dron podríamos hacer tomas aéreas en las bodas, ¡sería la hostia!

Mona piensa que algunas noches la tierra debería tener la decencia de dejar de girar. De darle un respiro a la miseria de las personas que, como ella, viven en el fin del mundo emocional de modo permanente.

—¡A ver, Roi, que no! ¡No nos hace falta un dron para nada!

Solo un respiro. Lo único que precisa es un maldito respiro.

—Me llamo Daniel, si no te importa.

Danielón no se mete en el garaje. Circunvala el centro comercial y detiene el coche ante la entrada principal de Área Central. Espera paciente, con una extraña y elegante serenidad, a que ella baje y saque su equipo del maletero. Esta noche dormirá sola.

VERANO

I

—¿Un ibuprofeno, *dear*?

Su prima Saleta levanta el brazo por encima del reposacabezas del asiento delantero, estirando su magnífico cuerpo de bailarina, y le pasa hacia atrás un comprimido blanco.

—Ay, gracias, ya he desayunado uno, pero un refuerzo no está de más.

A Mona la voz le sale rota.

—Menos mal que en esta familia solo habéis salido alcohólicas las artistas, y también menos mal que sois solo dos.

Sabrina suelta su sentencia eterna, un lugar común ya manido en la familia, mientras conduce, tranquila y risueña, tal como es. Sabrina no bebe. Saleta, la pequeña, ha arrasado con el bar de la fiesta patronal, como cada año desde que vive en Londres. Ya es tradición. Siempre viene por San Juan, en lo más parecido a unas vacaciones de verano que puede permitirse trabajando en hostelería, diez días antes de que empiece la locura turística de julio y agosto. Procura venir siempre en esa época, y su familia festeja su estancia como si fuera una estrella de Hollywood. La abuela Ramona se deshace en mimos con la pequeñaja; Sabrina se convierte en una especie de hada madrina doméstica, solícita y servil, ya es tradición también que el primer día le lleve la bandeja con el desayuno a la cama. Hasta el marido de su tía parece un padre de telenovela comercial.

Atraviesan A Anllada, hacia Cuntis, de camino a Caldas de Reis, que viene a ser el punto que señala, para las de la comarca del Deza, la puerta de entrada al mar de Arousa. También el día de hoy forma ya parte de la tradición. El lunes siguiente a San Juan, porque en Saídres San Juan siempre cae con precisión milimétrica en sábado y domingo, van las tres a la playa de cuando eran pequeñas. Hoy es el Día de las Primas Otero.

Mona tiene el cráneo escindido por la mitad. El dolor agudo y punzante se mantiene al lado izquierdo, y el dolor sordo y sostenido se sitúa a la derecha y le baja por las cervicales. Menos mal, no ha tenido San Juan. Habría sido su primer San Juan de viuda, pero le ha tocado hacer bodas los tres días del fin de semana: una el viernes por la tarde, y las otras dos, el sábado y el domingo por la mañana. Ha hecho lo que lleva haciendo un mes: fotos de encuadres perfectos y con la mejor luz posible que dejan extasiadas y agradecidas a dos familias cada vez, y conatos de suicidio en alcohol que se inician tras el primer baile de los novios, cuando ella saca la última foto y Danielón se queda a cargo del vídeo, en la única aportación útil que su socio hace al trabajo común. Mona lleva un mes bebiendo al finalizar su parte como quien se rocía repelente contra los mosquitos. Terminar la jornada borracha es su repelente particular contra Danielón. Su socio y examante ocasional se le está convirtiendo en un desconocido, con sus ataques de ego desmesurado y la necesidad permanente de demostrar que su valía está por encima de la suya. Además, le ha dado por hablarle desde las alturas con una actitud protectora.

—Si me necesitas, compañera, puedo quedarme contigo esta noche en el estudio. Puedo quedarme toda la semana si te hace falta.

Mona no soporta la palabra *compañera*. Mona no está deprimida. Y si lo estuviera, lo único

que necesitaría sería ayuda médica. Mona suele ir a beber a la zona de la cafetería, apartada del follón de la boda, en amigable conversación con el personal hostelero, cada jornada en una casa diferente que es siempre la misma, cada vez con una recua de camareros y camareras simpáticos, que se repiten hasta el infinito en el reducido universo de las bodas, poblado de personajes variados y de buen carácter, que se espabilan para ganarse todos los euros posibles en un solo día e ir completando así el otro sueldo, el oficial, o la pensión de los mayores que haya en casa o una beca de estudios miserable, cada cual en su guerra particular. A Mona le encanta el bullicio de las zonas traseras, donde se bebe y se lanzan pullas entre unos y otras, mientras se acaba de recoger el servicio de sala y el de la cocina, y se hace tiempo a la espera de que toda esa gente, a la que atienden con paciencia y buena cara, termine de divertirse allí y se vaya con la música a otra parte. Mona bebe y ríe y se divierte y después se monta en el coche con Danielón, unas veces muy borracha y otras haciendo que va muy borracha. Siempre con el mismo mensaje *no, compañero, no te necesito para nada*.

—¿Qué tal las bodas, *dear*? ¿Cómo te han tocado?

—Pues ha habido de todo. La del viernes fue una boda de verdad, la del sábado fue una boda de miserables y la de ayer sin duda una boda de paripé, el novio era homosexual y sospechamos que ella era una sinpapeles.

Le sigue estallando la cabeza y ni su vieja clasificación de las bodas la mantiene viva. Sus primas siguen bromeando a cuenta de la boda de miserables, que es el nombre que dan a las de gente más bien tirando a rica, muy estirada, y que más que en una boda parece que estén en el escenario de un gran teatro, a la espera de la grandiosa ovación final de un público entregado. A Mona son las que más le gustan. Pero ya casi no quedan ricos con ganas de casarse.

—¿Y vosotras qué? ¿No pensáis casaros? ¡Mirad que ahora he dejado yo una vacante!

Sus primas sueltan una carcajada. El mítico humor ácido de las Otero. Mona no consigue reírse a gusto. Están ya en el cruce de Caldas y nota el estómago revuelto. Los tres días de medallones de solomillo y *gin-tonics* le pasan factura. Espera no tener que pedirle a Sabrina que pare para bajarse a vomitar. Sería demasiado humillante para su orgullo mundano.

—Este cruce no ha cambiado nada, está igual que cuando éramos pequeñas. Supongo que los domingos a la hora de volver de la playa seguirá habiendo los mismos atascos.

—¿Sabes, hermanita, que ya empiezas a hacer comentarios de emigrante, de esas que cuando vienen de visita van anotando todo lo que está como cuando se fueron? Pues que sepas que han hecho una circunvalación y que ya no hay que atravesar Caldas, pero te he traído por aquí para que mantengas el recuerdo.

Mona sabe que pueden tirarse así todo el viaje. Nunca se cansan de darse la puntilla la una a la otra. Están justo en el punto en que la N-640, que viene de Cuntis, desemboca en la N-550, que a la izquierda va a Pontevedra, y a la derecha, a Compostela. Ellas giran hacia Compostela y quinientos metros más adelante, a la izquierda, tomarán de nuevo la N-640 hasta Portas para, después, autovía mediante, cruzar Arousa hasta el límite exterior y llegar por fin a A Lanzada, su playa familiar.

Para ellas esta intersección siempre será el cruce de Caldas, y a la ida, como van ahora, se topan de frente con un pequeño jardín de palmeras con un hermoso edificio al lado, con una forja bien labrada en los balcones y una cúpula oscura sobre la mansarda que hace esquina. En la acera izquierda de la N-640, una histórica sucursal bancaria, y en la derecha, una cafetería que ahora es panadería-café. Sí, constata Mona como una autómatas en la soledad de su cabeza, este es el

paisaje de toda la vida.

El Renault Clío de Sabrina no tiene reposacabezas atrás y Mona no acaba de encontrar una postura cómoda. Calcula que hasta que lleguen a A Lanzada no le harán efecto los ibuprofenos. El estómago sigue dando tumbos. Cierra los ojos e intenta poner la mente en negro, tranquila y a salvo de la conversación de la parte delantera del coche. Pero sus primas tienen sed de ella y no la dejan en paz.

—¿Qué? ¿No piensas contarnos nada de tu proyecto ese de las vías del tren?

—A ver, ¿qué queréis saber?

—Si vas a sacar a la familia. A la abuela y a papá creo que les haría ilusión salir. Como les preguntaste tanto por los recuerdos de la estación y por las obras de la vía y tal, creen que a lo mejor los vas a retratar allí, en O Castro, en una serie documental o algo así.

A Mona ni se le había ocurrido. A ella no le gusta el género del retrato humano. Se imagina que porque detesta hacer bodas, que consiste precisamente en retratar gente. Pero en este caso y en este preciso instante, al oír a Sabrina, cree que, desde una perspectiva personal, debería hacer una serie documental sobre su familia, sobre lo que tiene y lo que no tiene en su familia. Saca el cuaderno y el boli rojo. Anota.

—No va de retratos, ¿no?

—Pues no. Pero más adelante haré alguno. Seguro. Ahora lo que quiero es traer el pasado. Pero no sé... el pasado es jodido de traer. Es muy escurridizo.

—¿Pero qué pasado? ¿El de las obras de la vía? ¿O el de la posguerra? ¿O el de la estación? ¿A qué te refieres con la palabra *pasado*?

—A todo. A todo el pasado. Desde que se inició la planificación de la vía hasta hoy. Como si la vía estuviera viva y tuviera memoria y padeciera y tuviera capacidad para nacer y para morir.

—Ah, ya. Entonces tú lo que quieres es contar una historia. Pues no veo cómo lo puedes hacer.

Mona sí que ve cómo lo puede hacer. Lo ve clarísimo, pero la cabeza no le da para transmitírselo de un modo coherente. El dolor agudo y punzante le oprime la sien izquierda y vuelve a cerrar los ojos. Lo que no tiene claro es si saber esa información por anticipado comprometerá de alguna manera a sus primas. A estas alturas ella ya sabe que lo que va a hacer no será muy legal que digamos.

—¿Vosotras qué recuerdos tenéis del tren?

—Pues que cuando pasaba el de las cinco había que volver a casa con las vacas. Eso en invierno. En verano, no me acuerdo. Supongo que habría un tren a las nueve y media o diez, porque si no, no sé cómo hacíamos para saber que teníamos que recogerlas.

—Yo también recuerdo eso. Pero ahora me resulta muy curioso, porque teníamos reloj, andábamos con aquellos Casio digitales de plástico. No entiendo por qué nos servíamos del tren como referencia.

—Es curioso, sí. Me pregunto ahora cómo haría la chiquillería de los lugares que quedaban al otro lado de A Peneda, porque allá el tren dudo que lo oyeran.

—¡Pues mirarían la hora en el Casio!

Otra vez las risas. A Mona tampoco se le había ocurrido eso. De hecho, ni se había parado a pensar casi en sus propios recuerdos de la infancia. Le parece increíble. Ella, que vivió los primeros nueve años de su vida oyendo el tren desde la cama, desde la cocina, desde cualquier prado en el que estuviera apacentando las vacas de tía Milita.

En la casa de tía Milita, en Riobó, la vía del tren pasaba rozando su finca. La puerta daba a un prado de unos quinientos metros de ancho e inmediatamente estaba ya la vía. El ruido del tren formaba parte de ella, como un sonido interno, de su propio organismo. Después, cuando se fue a vivir a Saídres, a casa de la abuela Ramona, el tren ya pasaba más lejos y su ruido dependía del lado del que viniera el viento: si venía de O Corpiño, ese día no lo oían pasar; si venía de Negreiros, y solía venir de allí, oían su rumor a lo lejos. Al principio la sorprendieron los sonidos diferentes que se oían en Saídres. Recuerda la extrañeza que le producía el repicar de campanas de la iglesia los domingos, perceptible en cualquier punto de la parroquia, sin zonas oscuras, a pesar de su complicada orografía, situada en un ribazo que caía hacia el cauce del Deza trazando la curva de su recorrido. Por eso en los lugares que quedaban al otro lado de la curva, por detrás de A Peneda, no se percibía el rumor del tren que pasaba por O Castro. Era más de media parroquia: Barradaos, Caxardoño, Carracido, Moimenta y A Pedralaxe. Del lado que encaraba la vía solo estaban Maragouzos, A Cañoteira, Aldea Grande, Caxeba, Capelán y A Pena. A Mona le gustaba presumir de la sonoridad de los topónimos de la parroquia en la que al final vivió la mayor parte de su vida.

La autovía, apenas deja Meis atrás, es como una cañada de asfalto encajada entre terraplenes custodiados por formaciones densas de eucaliptos. A Mona le llega un leve tufo a hoja verde quemada. Posiblemente un incendio forestal que empieza a extenderse en las cercanías.

—Oye, Mona, me estaba acordando ahora de cuando la profe de Arte de COU nos decía aquello de que la poesía es el arte del tiempo, y la pintura o la fotografía, el arte del espacio. Tendrás que darle la vuelta y hacer que la fotografía capte el tiempo.

Saleta la mira por el retrovisor de su lado, inquisitiva. Insiste.

—¿No nos cuentas cómo lo vas a hacer?

—Pues voy a montar una escena alegórica.

—¡Uau! ¿Con público?

—No, el público es una pesadilla. Me llega y me sobra con el de las bodas. Nada de gente.

—Pero entonces, ¿harás un desfile de locomotoras?

—No es mala idea, pero tampoco. Lo cierto es que en este momento estoy un poco desesperada intentando conseguir una docena de cipreses de doce metros y alguien que me los coloque en dos hileras a ambos lados de la vía. Y hasta ahí puedo contar. Te prometo que cuando los tenga te mando una foto por WhatsApp para que veas cómo ha quedado justo antes de empezar a disparar con las cámaras. Serás la primera en verlo.

Las formaciones de eucaliptos se van haciendo más esporádicas, aparece ya algún pino y algún sauce y Mona ha dejado de percibir el tufo a vegetación quemada. Saleta siempre ha sido la niña de sus ojos. Cuando su madre y ella llegaron exiliadas a casa de la abuela Ramona, Sabrina tenía cuatro años, cinco menos que Mona, y Saleta estaba a punto de nacer. No fueron tiempos fáciles para la pobre Sabrina, que en menos de dos meses se vio con dos rivales en casa. Por eso Sabrina y Mona nunca fueron capaces de tener una historia compartida, nunca se hicieron una confianza, nunca se cogieron de la mano, nunca se prestaron la ropa, nunca tuvieron ni siquiera una mísera pelea. Saleta y Mona, en cambio, viajaron juntas, iban juntas a ver el ballet del día de Reyes durante toda la adolescencia, se peleaban a voces por cualquier desavenencia y juntas hicieron la maleta la primera vez que Saleta se fue a Londres. Sabrina es tranquila, ahorradora, nunca ha dado un disgusto y mantiene la casa familiar en perfecta armonía. Para Mona forma parte del mobiliario. Además, es licenciada en Ciencias Políticas. Nunca ha dejado de vivir en la casa

familiar de Saídres, ya de estudiante iba y venía todos los días en el Castromil, el coche de línea. A sus treinta y cuatro años trabaja de dependienta en el Gadis de Lalín y tiene un novio fontanero con el que no parece tener muchos planes de boda ni de vida en común. Saleta parece salida de la otra cara de la luna con respecto a su hermana. Es un torbellino de energías, se licenció en Danza en la ESAD y emigró a Londres para seguir estudios de danza y expresión corporal en una academia de renombre que al final no la acogió en su compañía estable. Acaba de cumplir los treinta años y ya lleva cinco en Inglaterra, compartiendo un piso cutre con gente diversa y poco constante en los afectos y trabajando de manera regular en un restaurante italiano para poder pagarse el aire que respira. De vez en cuando entra en algún espectáculo del The Laban o del Sadler's Wells, y entonces el tráfico de wasaps entre ella y Mona es un hervidero de imágenes de ensayos, preparativos, camerinos y festejos tras las funciones.

—¿Y tú qué? ¿No tienes ningún proyecto en marcha?

—Bueno, ¡el uno de septiembre estrenamos! Ya tenemos el The Linbury Studio reservado y contratado. Será genial. Es un espectáculo intenso, arriesgado. Todo expresión corporal a tope y solo dos bailarinas sobre las tablas, Helen y yo.

Saleta se interrumpe. Mira a su hermana y contiene el aliento. A continuación, gira el torso hacia atrás, entre los asientos, para mirar a Mona a la cara.

—Helen es mi pareja.

Mona abre los ojos como platos y se incorpora en el asiento de atrás.

—Sabrina, mamá, papá y la abuela vendrán al estreno. Hemos comprado las entradas por Internet esta mañana mientras te esperábamos.

Si fuera posible, a Mona se le habría secado la boca de la impresión, pero ya la tiene reseca, incluso por debajo del nivel de supervivencia, desde que se levantó y se metió en el autobús para ir a Silleda, donde la han recogido sus primas a media mañana.

—Me encantaría que tú y mamá Moncha vengáis más adelante, cuando termines la temporada de bodas. Y ya por Navidad procuraremos venir las dos. A Helen le va a encantar Saídres. Todo esto del campo y tal.

Saleta lleva toda la vida llamando mamá Moncha a la madre de Mona. Sabrina tan solo la llama tía Moncha. Mona acerca todo el cuerpo hacia delante y le da un abrazo a su prima por el hueco entre los asientos. Cuando se separan, tiene los ojos llorosos. Le sonríe con cariño a la pequeñaja. La cabeza le da vueltas. El estómago le da vueltas. El mundo entero se ha empeñado en tocarle las narices y le baila. Por suerte, piensa aliviada, ya se ve la segunda rotonda, la que lleva al aparcamiento de hormigón que hay junto a la playa.

Sabrina aparca de cualquier manera en todo el medio. El aparcamiento está casi vacío. Es junio. Es lunes.

Mona se disculpa y va hacia el cubículo de los baños que hay en el inicio de la pasarela de madera. Expulsa litros y litros de desperdicios internos en arcadas dolorosas. Su cuerpo es un inmenso pantano de despojos. Cuando sale, siente una tristeza más demoledora aún que el dolor de cabeza. De pie sobre el paseo de madera que atraviesa el paisaje de dunas casi planas que bordean los más de tres kilómetros de playa, contempla ese pequeño desierto de arena blanca y vegetación rastrera entre la que, según le oyó una vez a un integrista de la biología, se han censado hasta veintiocho especies de libélulas. Le citó además unas cuantas especies de sapos y de pequeñas culebras, pero ella no se acuerda más que de la libélula esmeralda, aunque no sabe ni qué aspecto tiene. El viento le trae el sonido sensual de las olas y la fragancia del salitre de la

playa que sabe escondida en el otro extremo de la pasarela.

Sus primas ya han sacado las cosas del maletero. Van caminando hacia ella cargadas con las bolsas de las toallas, con la cesta de la comida, con la sombrilla de margaritas amarillas y anaranjadas pasada de moda, que compró la abuela Ramona en el mercado de A Bandeira en los ochenta. Van agarradas por la cintura, el brazo de la una acariciando el cuerpo de la otra, como hermanas. En septiembre irá toda la familia a ver el gran debut de la pequeñaja. Irán a conocer a su novia. Irán todas. La abuela Ramona también. Mona y su madre, no. Mona hasta hoy ni siquiera sabía que existiera una Helen.

II

Mona conduce el coche de su madre a la altura de los prados de Xiás, por el camino de tierra que une la parte baja del lugar de A Pena, todavía en Saídres, con el lugar de A Vilavella, ya en O Castro. Son las seis y cuarenta de la mañana. Va con las luces apagadas y lo más despacio que la ansiedad le permite para que el motor diésel del Citroën C3 no despierte a toda la vecindad. El día empieza a anunciarse. Es verano y dentro de menos de una hora el sol estará totalmente activo. En las casas, sin embargo, la gente aún duerme. Ya no quedan ganaderos ni ganaderas en ninguna de las dos parroquias, no hay nadie que esté a punto de levantarse para ordeñar. Mona hace ahora en bicicleta el mismo trayecto que ha hecho hace poco más de una hora, en sentido contrario, a las cinco de la madrugada.

Ahora, con la luz del día, no se atreve a volver en bicicleta. Tiene que ir en coche para no levantar sospechas. Ha reflexionado a fondo sobre esa cuestión en las últimas semanas y ha llegado a una lógica conclusión: en las aldeas ya nadie sale de casa si no es en coche. Si alguien sale a pie o en bicicleta es para dar un paseo terapéutico, y para eso hay itinerarios fijos y horarios definidos, perfectamente reconocibles por todas las personas de los alrededores. Lo que se salga de ese patrón levanta sospechas. Un coche no. El coche es el vehículo ideal para pasar desapercibida.

Es 12 de julio. Viernes. De madrugada. Ha estado casi cuatro horas, entre la una y las cinco, organizando el escenario en la estación de O Castro. Le ha quedado magnífico. Ahora solo falta ponerlo en acción. El tren pasará a las siete y dieciocho. A las siete y veinte como muy tarde. Un margen de error de tres minutos. Lo ha comprobado. El lunes pasó a las siete y dieciocho. El martes, a las siete y veinte. El miércoles, a las siete y dieciocho. El jueves, a las siete y diecinueve. Ha ido cada día a verlo pasar. En el coche de su madre. Luces apagadas y motor en la marcha más corta posible. Furtivamente. Con nocturnidad. Ansiosa. Ilusionada. Pero ninguno de esos cuatro días con la adrenalina tan disparada como hoy. El corazón bombeando como un temporal, en rachas fuera de control. Se desliza entre las casas de A Vilavella. Las mira serenas en su sueño, ajenas a sus propias ansias crispadas. Va con una mano en el volante y la otra sujetando el pecho izquierdo. Piensa que si creyera en Dios, este sería el momento de rezar. Recuerda, también, que por la noche tendrá que volver a hacer bodas, en esa otra vida gris y sucia que es su verdadera fachada en el mundo.

A un kilómetro escaso en línea recta, atravesando parcelas y prados, ha quedado dispuesta su escena. Una docena de cipreses adultos, de más de doce metros de altura, colocados junto a la vía. Seis a cada lado. El primero de cada hilera a la altura de la segunda farola que hay ante la casa del jefe de estación, y los cinco siguientes hacia el poste con las señales indicadoras de velocidad, ciñéndose a la curva que traza la vía en ese pequeño tramo, en dirección a Ponte Taboada. Allí están, enhiestos, con la distancia medida entre cada uno. Su cementerio particular.

La vía vieja tiene ahora un cementerio digno que honre su pasado, que honre a los cientos de hombres que fallecieron en su construcción y a todas las mujeres que se arrojaron, después, bajo el tren, víctimas de una desesperación de la que nadie ha querido guardar memoria. Los cipreses, *Cupressus sempervirens*, que Mona ha llevado a la estación de O Castro son cipreses auténticos.

Cipreses de cementerio de los de toda la vida, sin ser adulterados genéticamente para adornar jardines. Nada de tuyas, ni pinos mansos. Por eso no conseguía encontrarlos en los viveros. Por eso se ha demorado tanto el día de hoy. Han sido dos meses de búsqueda, no ya de cipreses, sino de la persona idónea para afrontar la tarea de localizar los árboles con la altura requerida, convencer a sus dueños para que accedieran a venderlos, negociar el precio, conseguir la maquinaria para arrancarlos y los medios de transporte necesarios para llevarlos todos en la misma noche a la estación de O Castro, rociarles la copa con suficiente parafina líquida como para garantizar que el fuego prenda bien y dejarlos colocados en los márgenes de la vía antes de las siete de la mañana.

No, no ha sido fácil. No ha podido contar con nadie. Aún tiene clavado el *eso será legal, ¿no?* de Monchita Silva, el desprecio de Danielón por sus ínfulas artísticas que total no dan de comer, la mirada de conmiseración de los muchos viveristas que ha visitado desde el mes de mayo. Ha sido un perro verde en peregrinación. Atrás quedan todas las consultas a través de Internet con los grandes cultivadores de coníferas y plantas ornamentales italianos de Pistoia. No podía satisfacer sus exigencias económicas. Atrás quedan todas las consultas con los intermediarios de los cultivadores chinos de plantas de todo tipo. Habría podido satisfacer sus exigencias económicas, pero no conseguía dominar los trámites de transporte y aduanas y tuvo miedo de quedarse sin dinero y sin mercancía. Hasta que un domingo, en Caxeaba, al poner en voz alta su desesperación, su cerebro hizo clic con la ocurrencia de la abuela Ramona. *A ver, hija mía, tú lo que tienes que hacer es hablar con un gitano, que pareces tonta.*

Y habló con un gitano. Con un señor trabajador y sacrificado que se mataba a nomadear de mercado en mercado, dentro de la más estricta legalidad, que mantenía a su familia bien alimentada y la furgoneta en perfecto estado, y con un corazón bondadoso que dejaba entrever en una sonrisa de dientes fuertes. Pero el gitano quería lo mismo que querría cualquiera, un golpe de suerte. Y el golpe de suerte resultó llamarse seis mil euros, quinientos por ciprés conseguido, arrancado de su hábitat, transportado y colocado en la estación de tren de O Castro antes de las siete de la mañana del viernes 12 de julio. Le encantan los números pares.

En la hora y media que ha transcurrido después de llevar la bicicleta a casa de la abuela Ramona, ha estado revisando su grueso cuaderno de notas. No por matar la espera, sino por vivir durante el mayor tiempo posible dentro de ese sueño que terminará en menos de una hora. Ahora le parece que ha sido un camino maravilloso, la construcción, pilar a pilar, de una situación artística redonda. En el cuaderno estaban anotados senderos de toda clase, de los que ayudaron a construir el camino definitivo y de los que acabaron en un punto muerto, sin salida.

En las primeras páginas quedaron ya casi todas las notas relacionadas con el túnel número diecisiete, que fue donde se centró al principio, con su historia épica de vicisitudes, enfermedades y muerte. El túnel diecisiete une la provincia de Ourense con la de Pontevedra. Por el lado auriense abre la boca en O Irixo, y por el lado pontevedrés, en Lalín, en la parroquia de A Abeleda. Por eso, pese a que de forma oficial se llama túnel de O Foxo do Cabrito, se conoce como túnel de A Abeleda. Su construcción se demoraría treinta años, con paros motivados por las guerras y algunos problemas económicos de las empresas concesionarias, y se abrió a la vez en el lado ourensano y en el pontevedrés. Las bocas de un lado y del otro tardarían tres décadas en darse el beso definitivo, a base del trabajo manual que realizaron los hombres de las aldeas circundantes, sin ventilación artificial, alumbrados por lámparas de carburo. Cuentan los supervivientes que no había más herramientas que el pico, la pala, las carretillas de hierro con

ruedas de goma, las vagonetas, las barrenas, los mazos para golpear las barrenas, la dinamita, las lámparas de carburo para alumbrar y las mulas. Pero, sobre todo, el cuerpo de los aldeanos, su vida. La apertura de los casi tres kilómetros del túnel de A Abeleda se cobró más de cien vidas directas y un número sin documentar de despidos por silicosis, casi siempre sinónimo de muerte segura. Mona había pensado, en aquella primera etapa de su proyecto, en recrear una acción colectiva colocando barrenas a ambos lados de la vía. Buscó dibujos y fotos. Anotó que al principio se empleaban barrenas manuales, que los operarios introducían en la tierra o en la roca golpeándolas con mazos, y más adelante —treinta años dan para algún avance— se recurrió a las barrenas de aire, que funcionaban con compresor. En las barrenas se introducía la dinamita, *los tiros* los llamaban, y tras hacerlos explotar había que esperar un tiempo hasta que se despejaban el polvo y el humo. Mona dio por sentado que mucho no esperarían, porque ese humo y ese polvo fueron los que perjudicaron mortalmente la salud de los trabajadores. Pero en esa época de miserias, miserias de todo tipo, no solo las del hambre, lo que sobraba era mano de obra a la que explotar por unas pesetas y un vale para un economato que permitía acceder a productos que acababan en el mercado negro para completar el sueldo. En eso consistía la miseria: en pasar hambre, en pasar miedo, en no poder elegir y en desconocer el color del terreno más allá del horizonte.

Mona enfila por la pista que bordea el túnel de O Castro, o el túnel de Negreiros, nunca ha sabido bien cuál es su nombre correcto. De un lado, una parroquia; del otro lado, la otra. Piensa en su cementerio, en su docena de cipreses comunes, en que el nombre científico de la especie, *sempervirens*, significa ‘siempre verde’, en que los griegos lo consideraban símbolo de la belleza femenina, además de icono funerario. En algún sitio leyó que el ciprés en la antigüedad se consideraba un árbol alegre y que por esa razón se colocaba en los cementerios, para espantar la tristeza de la muerte, pero que con el tiempo el efecto ha sido el contrario. Como no consiguió verificar esa referencia, se quedó con la de los griegos, que pensaban que, al ser un árbol que siempre está verde y que crece apuntando al cielo, ayuda a las almas de los muertos a elevarse.

Cuando ya ha dejado el paso bajo la vía, sube por la pista pedregosa que va a la iglesia parroquial de O Castro. Lleva consigo, en el norte del cerebro, las notas del cuaderno, el trabajo abierto, aquellos inicios en los que pensaba en localizar el antiguo lugar de O Foxo, que debería coincidir más o menos con el centro del túnel número diecisiete, un núcleo formado por apenas dos casas que tuvieron que cerrarse por completo sin agua tras las obras de perforación. Las familias que en ellas residían se vieron forzadas al destierro y pasaron a engrosar la población de O Irixo en viviendas nuevas que sufragó la compañía adjudicataria de la vía. Muy atractiva le pareció a Mona la historia del túnel número diecisiete, aun no siendo número par. Cuántos planos, dibujos y mediciones hizo pensando en esos cerca de tres kilómetros que durante tres décadas alojaron, como un vientre de ballena terrestre, los avatares de los más humildes con la única compañía y aliento del parpadeo de las magras luces de carburo, débiles luciérnagas en la noche.

Sin embargo, de los cientos de bocetos que hizo durante más de diez meses, ganó la acción alegórica que diseñó para la estación de O Castro, la más maltratada de las tres estaciones que atraviesan el término municipal de Silleda. Desde el día en que tuvo aquella epifanía en la estación de Abades, el día de mercado en A Bandeira, supo que debía ponerle voz a la muerte. A la muerte de la vía vieja, la de ese camino de hierro construido con el alma de los pobres en aras de un progreso que se suponía imparable y de grandilocuentes promesas de futuros prósperos.

Ahora ya solo se deslizan por ella vagones cargados de basura y un convoy diario, lento y desfasado, de pasajeros pobres que no se pueden costear el precio del tren rápido, el tren moderno, que va a Ourense o a Compostela por la vía nueva.

Mona llega a la iglesia parroquial de O Castro. Aparca el coche al abrigo del terraplén que circunda el cementerio contiguo al templo, en un lugar escogido de modo estratégico para que no se vea desde ningún punto y con el morro apuntando hacia abajo, en dirección a Saídres, para cuando llegue el momento de salir a toda velocidad. Coge sus bártulos y se dirige al cementerio. Sobre las lápidas que hacen esquina contra el terraplén, por el lado del camino, coloca la cámara de vídeo. Desde ahí arriba, en otra época, debió de haber una panorámica perfecta del tren saliendo del túnel y entrando en la estación, con calma, deteniéndose ante la casa del jefe de estación y arrancando de nuevo, recorriendo sereno la curva de salida hacia Ponte Taboada; pero ahora unos árboles inmensos, sobre todo pinos, esplendorosos en su frondosidad, obstaculizan la visión desde las lápidas. Unos meses antes Mona utilizó su móvil atado a una vara de abedul para saber a qué altura debería colocar la cámara: a dos metros y medio por encima de las lápidas. Extiende el trípode más alto de su colección y sitúa la cámara de vídeo a tres metros por encima de la lápida de la Familia Vázquez Vilanova, cerciorándose de que la goma antideslizante de cada pata ejerce bien su cometido sobre la lisa superficie del mármol. Mona, una vez montada su arma de trabajo, se entretiene, resuelta, en hacer fotos desde varios ángulos. A las siete y diez, con el mando a distancia, enciende la cámara de vídeo y la deja en su sitio grabando.

Hará fotos desde la atalaya que forma la cuneta en la pista que pasa por delante de la iglesia. Desde ahí, a unos cincuenta o sesenta metros de altura y salvando las copas de los árboles que no dejan ver la salida del túnel, capta una imagen en picado justo donde arranca la curva de la vía, justo donde empieza su doble hilera de cipreses. Vuelve a extasiarse con la estampa. Vuelve a hacerle fotos. Le manda una por WhatsApp a su prima Saleta. El sol empieza a nacer por el lado de Ponte, con las barbas a medio brotar por detrás del monte que separa las dos parroquias, y arroja una luz incipiente, acuosa y rosácea, que deja un rastro de colores irisados por encima de su estación-cementerio.

Situada en la cuneta, entre dos postes de la luz, el uno de cemento y el otro de madera, de los que ya casi no quedan, mira a la izquierda. Tiene desde su atalaya unas vistas espléndidas de una de las caras de Saídres. Contempla, a la luz privilegiada del amanecer, esa parte de su parroquia que parece un tapiz bien diseñado, con los prados alrededor de las casas en una composición medida, en diferentes tonos de verde perfectamente armonizados, los grupúsculos de casas que trepan por la pendiente, abajo las de Caxeba, a continuación las de Aldea Grande, con A Peneda a la misma altura pero acostada en el margen derecho de la postal, más arriba A Cañoteira, con la casa de la taberna destacando en blanco y la de Órrea en amarillo, que tapa la de Armando, y ya en lo alto, a la izquierda, un vestigio mínimo de las casas de Maragouzos, y a la derecha, pegada a la franja de pinos que separa Saídres del río Deza y de Carboeiro, la pincelada gris que forman las granjas de Tucho de Lucas. Es una ladera irregular, azarosa, que se abomba por la mitad como una sábana cuando se sacude y se hincha en el centro. A Mona le parece hermosa a esa hora. Se sorprende sintiéndola como una especie de hogar.

¡Disfruta!, dice el mensaje que Antón Piñeiro le envía justo en el momento en que percibe el rumor, ese rumor inconfundible que siempre ha hecho el tren al traquetear por la vía y que la boca del túnel expulsa amplificado. Guarda el móvil en el bolsillo trasero del pantalón y mira ansiosa hacia la estación-cementerio. En efecto, los cipreses empiezan a arder como doce antorchas

sincronizadas. Y doce hombres, de cuya identidad y procedencia ella no ha querido saber nada, huyen corriendo del escenario. Si todo sale bien, será la última vez que vea sus siluetas.

Por un brevísimo instante, al ver que el humo que sale de los cipreses es algo más oscuro de lo que esperaba, piensa si no la habrá engañado el gitano. En eso fue tajante: solo parafina líquida, nada de impregnar los árboles con gasolina. Pero el corazón le hace más ruido aún que el tren saliendo del túnel. Lo persigue a través de la cámara con el zoom al máximo, por entre los huecos que dejan las ramas de los pinos que tapan la primera parte de la vía.

En cuanto asoma la locomotora tras la zona arbolada, se pone a disparar como loca. Ya está ahí, a punto de entrar en el cementerio. Un gusano de una cabeza y catorce contenedores que empieza resoplar sin pausa, con ese sonido desesperado como de barrito de elefante, al liberar el aire que guarda comprimido en su almacén de bocanadas.

Va a entrar en la doble hilera de cipreses en llamas.

Mona reza para que no frene.

El tren de la basura, el tren de la vergüenza, está a punto de atravesar el fuego de la muerte.

Dispara. Dispara. Dispara.

OTOÑO

I

La puerta del local comercial identificado como 52F y situado en la primera planta del centro comercial Área Central la está precintando un funcionario del juzgado de primera instancia de Compostela. Son las doce de la mañana del lunes 5 de noviembre. Es la hora y la fecha que figura en el apercibimiento que se le envió a Mona con un mes de antelación. Es la hora que indica el reloj digital del Renault Mégane de Monchita Silva. Mona lo ve desde el asiento de la acompañante. Van a la altura de Lestedo y a Mona le acaban de embargar el estudio de manera oficial. Treinta metros cuadrados distribuidos en cuatro estancias, un recibidor con dos maravillosas y carísimas butacas Acapulco amarillas, en las que en los buenos tiempos se sentaban sus cotizadas visitas, un aseo mínimo con una ducha por la que solo sale un hilillo mísero de agua fría, una sala con su set de fotografía completo y cortinones de grueso terciopelo negro de tres metros de alto para cegar, cuando era preciso, la pared de cristal con vistas a la plaza de Europa y un despacho reconvertido en dormitorio con otra magnífica pared de cristal que también da a la plaza. Ya hace dos meses que a Mona le embargaron una parte de la pensión de viudedad. Le han dejado apenas los setecientos treinta y cinco euros mensuales del salario mínimo interprofesional, como magra gratificación por sus catorce años y once meses de matrimonio con un cumplidor empleado bancario. Setecientos treinta y cinco euros en compensación por el amor compartido perdido, por el dolor padecido, por el daño infligido, por la humillación pública exhibida, por la espantada, abandono, repudio que nunca cicatrizará. También le han embargado su parte de las ganancias mensuales de la sociedad que tiene con Danielón. Un funcionario de la administración de justicia verifica cada mes las transferencias bancarias que se anotan en la cuenta, comprueba los gastos que corresponde imputar por desplazamientos, material y dietas, verifica que se hayan aplicado los pertinentes IVA, cuotas de la seguridad social, retenciones de IRPF e impuesto de sociedades, y una vez obtenido el neto, limpio de polvo y paja, lo divide entre dos, y la porción que le debería corresponder a Mona pasa directa a las arcas del Estado. Oficialmente, Mona no dispone de ingresos que le permitan vivir más allá de la precariedad. El recurso que interpuso su abogada no prosperó. El Estado no considera que Mona tenga ni derecho ni necesidad de alquilar una vivienda, vestirse con decencia o comprar cosméticos de gama media. Según el Estado, Mona solo tiene la obligación de trabajar hasta que haya saldado la totalidad de su deuda con la Administración de Justicia, designada con el deshonroso nombre de deuda con la sociedad. Un delito de daños al que se suma otro de riesgo, como dijo el señor fiscal. Cerca de setecientos mil euros, una deuda casi eterna, traducido al idioma común.

Monchita Silva la está ayudando con la mudanza. Delante va una furgoneta alquilada, pagada con dinero de la abuela Ramona, con los pocos utensilios de trabajo, los de peor calidad, que un equipo de funcionarios y empleados del juzgado ha considerado que podría necesitar para seguir ejerciendo de fotógrafa. Los de más valor y de más valía han pasado a la parte embargada. En la furgoneta van también las cajas con las vajillas y cristalerías que Mona rescató del piso conyugal, y con los cuatro únicos muebles voluminosos que posee, las butacas Acapulco, cuyo valor económico los funcionarios del juzgado al parecer ignoraban, el futón que llevaba usando de cama desde hacía más de un año y la mesa del despacho. La librería, despiezada a conciencia como un

animal en la matanza, los libros y la ropa van con ellas en la parte trasera del Renault Mégane.

Pero Monchita Silva ya no es su querida Monchita Silva.

Ahora Monchita Silva es una cuarentona que se viste con la ropa deportiva y barata que compra en un supermercado gigantesco que hay en Lalín, que lleva el pelo sin teñir, con las canas y las raíces oscuras al aire, y que no se maquilla ni se hace la manicura. Monchita Silva es una cuarentona que ha tirado la toalla, que ha eliminado su cuenta de Tinder y se pasa la noche de los sábados en casa de sus padres en Carboeiro, comiendo palomitas de microondas en el sofá mientras ve programas estúpidos por la televisión y espera a que la llamen las personas que permanecen despiertas a esas horas, para que las lleve en taxi desde la puerta de un bar hasta una casa perdida en otra aldea o desde la puerta de una casa que a todas luces no es la suya hasta otra que sí lo es, convertida en la choferesa mal pagada de gente borracha que cree que se divierte y de esporádicos amantes que se creen conquistadores. Van por Balboa y llevan el identificador del taxi colocado en el techo del coche. Monchita, la que fue su fiel y queridísima Monchita Silva, quiere que, si alguien la ve transportando a la ahora delincuente pública Mona Otero, sepa que no es un viaje de amistad, que es un servicio comercial. De taxista a clienta. Sin embargo, Mona sabe que Monchita no le cobrará. También sabe que después de este viaje ya no tendrán nada que compartir. Monchita quiere, necesita, romper el vínculo. Se avergüenza de ser amiga suya. Aun así, le mandó el mensaje: *El lunes cuenta conmigo. Te recojo en Caxeba a la hora que tú me digas y vamos allá.*

—Ya verás como este parón te da fuerzas. Hazme caso, volver a la aldea no es tan terrible como parece al principio. Es como una segunda oportunidad.

Mona no se lo puede creer. ¿Una segunda oportunidad de qué? Le entra un wasap de su prima Saleta. *¡Ánimo, dear, ya verás cómo engordas por lo menos 7 kilos el primer mes!*, y al texto le sigue una hilera de emoticonos de carcajadas.

—Puede que hasta tengas razón. Aquí está mi prima desde Londres, que me advierte de las bondades de que te pongan la comida en la mesa todos los días.

Trata de reír. No le sale. A Monchita Silva tampoco.

—Pues aquí donde me ves, esas bondades de vivir a mesa puesta me han hecho engordar ocho kilos, aunque no lo parezca.

Mona piensa que sí, que lo parece, que incluso parecen más.

—¿Qué dices? ¿Ocho? ¡Venga ya! Pero bueno, mejor, te quedan muy bien y casi no se te notan.

Monchita Silva en chándal, gorda, con una camiseta que pide, en inglés y en letras brillantes, que le besen el alma, conduce un taxi impoluto, un coche que en otros tiempos tenía un sutil olor a bellotas perfumadas y que ahora lleva un vulgar ambientador de pino colgando del retrovisor. La que fue en su año número uno de la selectividad de toda Galicia, cada cierto tiempo recalca en el cuartel de la Guardia Civil para poner una denuncia por otro arañazo a punta de navaja en el capó. Allí la atienden con amabilidad y paternalismo. Toda Silleda sabe que en el cuartel no moverán un dedo. El dueño del taller la tima. Le cobra por pintarle secciones de la carrocería que en realidad no lo necesitan. Tiene el Renault Mégane más repintado de todo el término municipal.

Cuando te instales, manda foto de tu residencia nueva, le pide Saleta. Y no me defraudes, eh, móntate un nidito molón, que ese desván en tus manos tiene muchas posibilidades, insiste la pequeñaja desde su isla.

Es lunes, 23 de septiembre, acaba de entrar oficialmente el otoño y Mona se va a vivir a Saídres, a casa de la abuela Ramona, exiliada por segunda vez. Un exilio que es el único hogar

posible, siempre a su disposición, estable, el único al que volver después de la derrota. Vivirá en un desván reconvertido en vivienda moderna para dos personas. *Por si algún día me hiciera falta instalarme aquí contigo*, ha dicho su madre. Un baño completo y gigantesco, dos habitaciones con armarios inmensos empotrados en las paredes bajas laterales, un salón-comedor-cocina que ya querrían para sí los *hipsters* de Nueva York y un cuarto ciego donde, en teoría, montará el nuevo estudio.

Mona sentía lástima de su madre, que vivía de prestado con la abuela, ocupándose de ella como si fuera una obligación ancestral, como quien paga un tributo, llevándola al médico, a las misas del Corpiño, a la subasta de rosquillas en Abades, a lavarse las verrugas de las manos en la fuente de Santa Isabel de Escuadro, a la peluquería, al mercado de A Bandeira para comprar las coles, plantándole las coles que compra, desplumando las gallinas cuando la abuela se lo manda, haciéndole los arreglos de un pantalón nuevo aunque ya se haya jubilado, llevándola al banco. Siempre cumplidora, como quien pide perdón, como quien se avergüenza de no haber tenido suerte en la vida, reformando el desván para una hija que va por el mismo camino, como quien construye un refugio dentro del propio asilo. Donde su madre dice *por si algún día me hiciera falta instalarme aquí contigo*, Mona oye *porque no se sabe las vueltas que puede dar la vida ni qué pasará aquí el día que la abuela falte*.

Mona se exilia en Saídres. Donde todo el mundo sabe quién es, qué ha hecho. Donde todos los vecinos saben que prendió fuego en la estación de O Castro para hacer una foto que no le salió y que ahora está en la ruina, que ha tenido que ir a rescatarla su familia a Compostela, donde vivía sabe dios cómo y en qué condiciones, después de que su marido la hubiera dejado y ella no haya sabido levantar cabeza, viéndose obligada a malvivir haciendo bodas, emborrachándose sin pudor. Mona se imagina que todo el mundo entiende perfectamente, visto lo visto, por qué quien fue su marido, ahora un difunto, la dejó por otra, mucho más joven, mucho más simpática, mucho más decente y, por supuesto, mucho más normal.

—¿Quieres hablar de lo de la foto?

—Mejor no, prefiero no pensar en eso.

Mona lleva setenta y tres días justos sin pensar más que en eso: en cómo el viernes 12 de julio marcó un antes y un después en su vida; en cómo la acosó la prensa, ávida de sangre fresca en el yermo panorama informativo estival; en los grandes titulares que fue protagonizando, desde el «Detenida una fotógrafa por el atentado incendiario en la estación de O Castro», que le dedicó Radio Deza, al «Una artista gallega atenta contra un tren de mercancías», del periódico de mayor tirada del Estado. Después las multas, que fueron cayendo como pulgas en perro flaco; el juicio rápido, su equipo de gitanos la delató sin ningún tipo de miramientos; la detención a las puertas de su estudio de Área Central cuando volvía de hacer una boda en Nigrán, casi al borde del coma etílico. Los miles de improperios que se fueron acumulando en los perfiles de sus redes sociales. El sobrenombre del que ya nunca se podrá librar: la fotógrafa incendiaria. La necesidad apremiante de una abogada que la liberase de una posible pena de cárcel. La ira que aún la consume solo de pensar que su galerista le mandó la rescisión del contrato cuando todavía no había salido del calabozo. Los mensajes diarios de Antón Piñeiro, un simple *¡sé fuerte!* la mayoría de las veces, un *vente a Barna de vez en cuando* o un *revisa el material, no desistas, que algo siempre se puede salvar*, con bastante insistencia.

Muchas de esas setenta y tres noches se ha despertado gritando, desorientada. Siempre el mismo sueño: da a luz un pulpo, nota su cuerpo repugnante y viscoso escurriéndosele por entre las

piernas y se siente como un monstruo que pare hijos monstruos, que tendrán que vivir al margen de la sociedad, escondiéndose de los humanos, aislados, como fieras. Es una de las razones por las que le da reparo irse a vivir a Caxeba. No quiere que su familia oiga, en el piso de abajo, sus gritos de soñadora atormentada en medio de la noche. Monchita Silva, su amiga del alma, la única amiga que conserva de la infancia, acaba de preguntarle por lo de la foto. Setenta y tres días después.

Monchita Silva, su queridísima Monchita Silva, ha muerto.

Acaba de entrar el otoño y le quedan siete bodas. Siete sesiones de tortura insufrible. Y después la nada. Mona no es capaz de ver ante sí nada más que un invierno desesperado de días oscuros y lluviosos sin fin, mirando por las ventanas de su desván hacia el prado de As Cruzas o hacia los prados de A Peneda o hacia los prados de A Igrexa o hacia los prados de Xiás. Esas serán sus fronteras. Y oirá el tren de las siete y dieciocho de la mañana cada vez que venga el aire del lado de Negreiros, que será casi siempre. Ve ante sí un invierno lleno de antidepresivos, tirada en su desván *loft* ultramoderno y escuchando un silencio construido por perros que ladran desde algún punto de la parroquia, de campanas lastimeras los domingos, de gallinas que cacarean y de coches que pasan por la pista hacia Capelán, que es la puerta de huida del paraíso rural.

—Todo son ventajas en el fondo.

Mona no es capaz de seguirle el hilo.

—Además, ahora aquí hay de todo, ya no es como cuando éramos pequeñas. Y para ir a ver alguna expo de las buenas, o al teatro, está Compostela, que total, ¿qué son? ¿Veinte, treinta minutos? Queda ahí a un paso.

Mona siente la tentación de preguntarle si ha ido alguna vez a ver una expo de las buenas o al teatro desde que vive en Carboeiro. Pero no pregunta. Se sabe de sobra la respuesta.

—Por lo demás, aquí tenemos de todo, en Silleda o en Lalín. Piscina, gimnasio, asociaciones que montan cantidad de actividades... Ya sabes a qué me refiero, que llevábamos tanto tiempo viviendo en Compostela que creíamos que aquí seguía sin haber nada.

Van saliendo de Chapa, por delante del club de alterne, y Mona se pregunta si Monchita habrá tenido que hacer alguna noche un servicio a ese lugar o desde ese lugar. Se pregunta cómo habrá sido, si habrá llevado o traído alguna vez a algún conocido, al padre de una antigua compañera del instituto, a algún vecino, a algún amigo de la infancia. La vida en donde todo el mundo se conoce siempre tiene esas sorpresas incómodas. Pero Mona ya no le puede preguntar esas cosas. Su Monchita Silva ya no está.

Cogen el atajo de Negreiros, llegan al cruce del gallinero, enfilan por la carretera hacia Saídres. En Capelán, giran a la derecha, en dirección a Caxeba. El portalón automático de la casa de la abuela Ramona está abierto. En la entrada, la furgoneta alquilada ya está dispuesta para la descarga. Los operarios bajan los despojos de su vida y los meten en la casa.

En un último intento, más a la desesperada que otra cosa, en un gesto tan nostálgico como romántico, Mona le lanza a Monchita lo que queda de su trenza desde el balcón.

—¿Quedamos el viernes y cenamos algo por ahí? ¿Te apetece? Este viernes no tengo boda.

—A mí los fines de semana por la noche me toca guardia. Tengo que estar localizable, a veces no hago ni un servicio en toda la noche, pero ya sabes...

—¿El jueves, entonces? ¿Qué más da el día de la semana? El caso es verse.

—Pues no sé. Tendría que mirar la agenda, que así de memoria no me acuerdo de si tengo

algún servicio apalabrado. Pero ya te mando un wasap, ¿vale?

Mona ve la agenda en el hueco junto al cambio de marchas. No dice nada.

Monchita se queda a comer. Mona percibe que, refugiada en el entorno de su familia, la que fue su amiga del alma parece estar más cómoda que a solas con ella en la intimidad del Renault Mégane. No hablan entre ellas durante la comida, contribuyen a la conversación del grupo, desgranando los asuntos del pueblo, el día a día de cada una. Mona escucha a la que fue su querida Monchita Silva prometerle a su prima Sabrina que sí, que la llamará para tomar café cuando termine el turno en el súper, que a esa hora siempre está libre.

Pasadas las cuatro de la tarde ve marchar el Renault Mégane hacia Capelán. Dentro van los restos de la que fue su amiga. Se pregunta cuánto tiempo le falta para convertirse en ella. Piensa, desolada, que ser pobre es eso, ir perdiendo, poco a poco, todas las opciones, ir conformándose.

II

—¿Pero tú te das cuentas, alma de dios, del suplicio que supone trabajar contigo? ¡Cada día con un caprichito distinto! A ver si nos entendemos de una vez, ¡aquí estamos para trabajar y punto!

No es la primera vez que Danielón le levanta la voz en los últimos meses, pero desde que la detuvieron y la condenaron por los delitos de daño y de riesgo, su relación se ha convertido en una tortura.

—¡Y no me vengas con que solo bebes después del primer baile de los novios, cuando ya has terminado! ¡Eso no cambia nada! ¿Me oyes? ¡NA-DA! ¡Eres una puta borracha, hostia! Tú, cuando yo te lo diga, te montas en el coche y te vuelves conmigo. Y mañana editas tu parte del trabajo. Solo faltaba que te quedaras por ahí para acabar sabe dios cómo. ¡No te conoceré yo!

Mona acaba de decirle que hoy no vuelve con él. Que esperará a que termine Lois y así se van juntos a Compostela, igual que en la boda de la semana pasada. Se lo ha dicho por consideración hacia su tiempo, para que se marche cuando disponga ya de suficiente vídeo grabado del baile, para que no se quede a esperarla. Pero ha sido decírselo y empezar Danielón a echar humo.

—¿Sabes qué te digo? Que ojalá acabes en un puñetero centro de rehabilitación, que es donde tendrías que estar. Y no me mires con esa cara. Es la verdad. Vas por la vida dando pena. ¡Ridícula, que eres ridícula! ¡Alguien tenía que decírtelo de una puta vez!

Danielón está fuera de sus casillas. A Mona le da la impresión de que está a punto de perder el juicio. Le ha sorprendido un poco su reacción. Es obvio que se ha equivocado, que la confianza que creyó que se tenían, por todos los años compartidos, por todas las conversaciones en las idas y venidas de tanta boda verano tras verano, les harían comprender, respetar y valorar sus respectivas decisiones. Y sobre todo después de este verano que acaban de pasar, después de la separación, y de la muerte de Roi, y de todo el esfuerzo desperdiciado en un proyecto malogrado que terminó con ella detenida en el cuartel y declarando ante una jueza como una vulgar criminal del fuego.

—¡Ha sido el peor verano de mi vida! ¿Me oyes? ¡El peor! ¡Y todo por tener que aguantarte a ti! ¡Que te quede claro!

Danielón estaba con ella cuando la detuvieron dos agentes de la Guarda Civil en la puerta de su estudio. Declaró a su favor cuando la abogada se lo pidió. Mona creyó que no haría falta discutirlo siquiera, que Danielón sabía perfectamente, como hermano en la adversidad que era, todo lo que ella había tenido que pasar. Creyó que él, que lleva doce años con una novia de la que nunca le hablaba, comprendería mejor que nadie los silencios y el espacio que necesita una persona herida y derrotada.

—Solo se puede hablar de tus problemas. ¡Yo, yo, yo! Tus problemas son lo único que existe en el mundo. Y a los demás que nos den por saco, ¿no?

A Mona ni siquiera le consta que Danielón tenga problemas de los que hablar. Mona mira obstinadamente por la ventanilla. Se resiste a contribuir a semejante despropósito de discusión. Mona no le quiso comprar un dron y Danielón se agarró un berrinche. Que ella sepa, eso ha sido lo más grave que le ha ocurrido en seis meses. Le costó semanas de malas contestaciones y de

salidas de tono. La abroncó por ir con el portátil solo con media batería cargada, aunque llevara el cable para enchufarlo; por no haberse memorizado bien la ruta del Google Maps para llegar a la casa de una novia perdida en medio de la nada, como si el sistema de navegación del coche no existiera; por no haber llevado las botellas de agua para el camino lo bastante frías; por no haber querido escuchar su mierda de música en bucle; por haber ido en zapatillas deportivas, por haber ido con una camiseta poco adecuada; por no haber sonreído lo suficiente, por haber sonreído demasiado.

—¿Tú sabes lo harto que me tienes? ¿Tú te haces una idea de lo que es tener que estar todo el tiempo con el alma en vilo, temiendo que te dé por armarla?

Tienen boda en Rianxo. Son las cinco de una tarde maravillosa de otoño. Solo les toca hacer el restaurante porque los novios ya vienen casados de una ceremonia íntima que han celebrado en los juzgados unos días antes. Un sol pálido y dorado acaricia con delicadeza los ocres de los montes que van atravesando por la autopista como si fuera una pasarela privilegiada que discurre por un mundo sereno y tranquilo, como si rodaran por encima de una promesa de felicidad. Mona otea el horizonte, no detecta zonas quemadas. El verano, en ese aspecto, ha sido benigno.

—Algún día tendrás que dejar de ser un parásito que vive a expensas de los demás. Ya no digo nada de madurar, que para eso me parece que es tarde, pero por lo menos no vivas abusando de la gente que tienes alrededor.

Mona no comprende por qué se siente tan utilizado Danielón. Por qué actúa como si llevara él todo el peso de la sociedad que comparten, cuando ella tiene justo la sensación contraria. Él no es capaz de hacer fotos tan buenas como las suyas, por eso se encarga ella de esa parte, como en un acuerdo tácito; él solo graba el vídeo y a veces ni siquiera entero, tiene que ayudarlo ella. Él no se ocupa de subir las fotos de emergencia a la plataforma, las que se suben en el mismo momento de la ceremonia y en el banquete para calmar las ansias enfermizas de novios y familiares por verse ya; de esa tarea se ocupa Mona, casi siempre mientras los demás están zampando marisco, porque total ella es alérgica y no lo puede comer, como si ser alérgica la hiciera inmune al hambre y pudiera permitirse no ingerir alimento durante horas sin riesgo de llegar al borde del desmayo. No es Danielón el que ejerce de psicoanalista con las novias histéricas que amenazan con echarse atrás y no casarse. Todo lo contrario, en cuanto ve el más mínimo indicio de derrape emocional, tiene la precaución de retirarse y de dejarle el campo libre a ella, que se encarga de los típicos *tranquila, todo saldrá bien, hoy es tu día, lo que te pasa es lo más normal del mundo, nos ha pasado a todas, a mí también, respira, en cuanto pongas un pie fuera de casa todo cambiará, saldrá todo genial y disfrutarás de un día inolvidable, confía en mí*. Y, una y otra vez, todas las novias confían en Mona. Danielón conduce, Danielón graba vídeo, Danielón edita vídeo, Danielón le grita a Mona, Danielón le da órdenes a Mona, Danielón se cree que la empresa se sostiene gracias a él.

—Nos llamamos por educación, pero estamos todos hartos. ¿Me oyes? ¡HAR-TOS! Siempre abusando, que si me puedes llevar aquí, que si me puedes invitar a una copa, que si estoy a dos velas, que lo tengo todo embargado. ¡Pues te espabilas, hostia! Los demás también tenemos problemas y no estamos obligados a mantenerte.

Mona sabe que nadie se puede imaginar qué significa no tener ni un céntimo hasta que le sucede, la sensación paralizante de no formar parte de la sociedad, de vivir a oscuras, de no tener derecho ni a existir. No se lo quiere explicar a Danielón porque sería como arrastrar por el lodo una parte de sí misma. Porque Danielón actúa exactamente así:

No tienes dinero, cállate la boca, no me contestes, agradéceme que te haya sacado de la miseria, obedéceme.

Ha necesitado un Danielón durante su caída para entender en toda su extensión el concepto de dignidad.

Mona está en la miseria, por debajo incluso de la mismísima miseria. Su familia le ha dado cobijo sin preguntar, con un resignado silencio, como quien recoge a un familiar con algún tipo de discapacidad. Es así y ya está. Se acepta. Su madre le deja un billete de cincuenta euros encima de la mesa de la sala del desván cada semana. Por si te hiciera falta, que nunca se sabe, un imprevisto lo tiene cualquiera. La humillación de la limosna mejor dentro de casa, en familia, como una *cosa nostra* íntima. Mona colecciona esos billetes de cincuenta euros dentro de una caja de lata, como se ha hecho toda la vida en las aldeas, a donde llegaron las cajas de lata para que la gente tuviera dónde guardar las fotos y las postales que mandaban los de fuera, los recibos de la contribución y, si los había, los billetes grandes. Su colección de billetes todavía es exigua, pero calcula que a finales de mes ya tendrá suficiente para pagar el maldito curso de recuperación del permiso de conducir. Hasta entonces, seguirá bebiendo sin pudor copas pagadas con salarios ajenos.

—¿Que si me pongo así dejás de hacer bodas ahora mismo? ¡Era lo que faltaba! Como me dejés tirado antes de que hayamos terminado los cuatro contratos que nos quedan, ¡te juro por mi madre que te pongo una demanda que no vuelves a levantar cabeza en la puta vida!

No lo aguanta. Cuatro bodas más en ese plan y Mona no sabe de qué será capaz. Van a la altura de Padrón, entre el enlace de la autopista y la autovía que lleva a Ribeira. A la derecha, vistas del Ulla que desciende perezoso; a la izquierda, la nube de humo que escupen las chimeneas de la fábrica de tableros frente al muelle de Pontecesures. Saca el móvil y vuelve a mirar la foto que ha colgado la concejala en su cuenta de Twitter. Lo comprueba de nuevo. En efecto, el cuadro que aparece en la pared del fondo de la sala de juntas del Ayuntamiento es una prueba de su primer *Mar de miel*.

Es la primera fotografía que pintó de ese proyecto, sobre una imagen captada desde el cabo Udra haría pronto cinco años y medio, durante una tarde perdida en la que había ido a pasear con Roi después de una cuchipanda con sus compañeros de la sucursal. Es la primera prueba, no tan perfecta como las que vendió después en ARCO, las definitivas. Ella y Roi la colgaron sobre la cabecera de su cama de matrimonio. Mona no ha llegado a recuperar nada de lo que fue su domicilio conyugal, salvo las vajillas y cristalerías que se llevó en los primeros días de la separación, cuando todavía su llave le servía para entrar, antes de que su maravilloso y traidor marido cambiara la cerradura. Desde entonces se acabó. Ni la ropa que se había dejado dentro pudo recuperar. A saber cuándo podría. Las abogadas de ambas seguían forcejeando. Roi y ella habían hecho testamento el uno a favor del otro, pero ahora él tenía un hijo. Ella ya no es heredera universal. De momento. Acaba de solicitar legalmente una prueba de paternidad del niño. El reparto de la herencia ha quedado paralizado. El juzgado no le puede embargar esa parte de sus bienes mientras no se esclarezca de quién son. La otra, al parecer, tampoco puede disfrutar de ellos. Hace dos días que Mona le reenvió la foto del Twitter de la concejala a su abogada.

La fotografía coloreada que aparece en la sala de juntas del consistorio es mía. Que me indemnice por apropiación, por robo, por lo que sea, alguna norma jurídica tiene que haber para conseguirlo, escribió Mona sin ningún tipo de recato en el mensaje de correo electrónico que le envió a la letrada.

—¿Es eso lo que quieres? ¿Dejarme tirado justo ahora? La señora artista ya se ha cansado de hacer bodas y para cuatro que quedan no le merece la pena levantarse de la cama, ¿no? Falsa, para colmo eres una falsa y una ingrata. A saber las que le harías pasar a tu difunto marido, que hasta yo empiezo a darme cuenta de la vida miserable que has debido de darle.

Danielón, lejos de ir perdiendo fuerza, va *in crescendo*; el coche también. Entran en la autovía a ciento sesenta y lleva los nudillos blancos de tanto apretar los puños sobre el volante. A Mona le empieza a hervir la sangre.

—¿Y sabes lo peor? Que esas ansias bestiales que tienes siempre por llamar la atención, de ser siempre el maldito centro de todos los saraos, no tiene nada que ver con tus aptitudes para ser artista. Te lo diré alto y claro: ¡NO ERES AR-TIS-TA! ¡¡¡Eres una muerta de hambre!!!

El velocímetro indica que van a ciento ochenta por hora. Danielón lo ha conseguido. Ella se pone también a dar voces.

Los insultos que se dirigen reverberan en el interior del coche como relámpagos cegadores.

—¡Eres un mierdas, un fracasado, un asqueroso mediocre insoportable!

El carril izquierdo es todo suyo, lanzados a una carrera suicida.

—¡Un resentido, que no tienes ni un sueño propio, solo bilis para los demás!

Se pasan la salida de Rianxo.

—¡Que tendrás tú que ofrecer si todavía sigues viviendo con tu mamá, que no sé ni cómo no se te cae la cara de vergüenza!

Se pasan también la salida de Taragoña.

—¡Y un machista de mierda, y un inútil, que ni para hacer las bodas de las narices sirves!

Atraviesan el puente sobre la ría, que se extiende hacia el horizonte con escamas de plata, como la piel de una lubina.

—¡Tanto hablar de mí, pero a ti no te aguanta ni cristo, que no has sido ni capaz de casarte!

A la altura de la salida de Boiro notan el flash inequívoco de un radar.

El velocímetro indica ciento ochenta kilómetros por hora. Danielón reduce y toma la salida de Boiro para cambiar de sentido y volver hacia Rianxo. Van callados, en medio del silencio pegajoso de la vergüenza. No se miran.

Atraviesan de nuevo el puente sobre la ría, que sigue, impertérrita, luciendo una piel plateada de lubina hasta perderse en el horizonte.

Mona ve ahora el wasap que le ha enviado Lois hace más de cuarenta minutos. Le manda una foto de Tucho, el cocinero, sosteniendo un lenguado con un texto que dice *Este te lo reservamos para ti*, seguido del emoticono de un beso. Lois se pasa el verano trabajando de camarero en el circuito de las bodas y malvive en invierno con una magra beca de investigación para terminar una tesis sobre el despoblamiento en la *raia seca*, la frontera entre Ourense y Portugal, a partir del punto en el que el Miño la abandona. Lois ya ha visto a Mona en todos los grados posibles de borrachera. También la ha visto en todos los grados posibles de lucidez, de abnegada currante e incluso de inocente soñadora. Vive en Compostela en un piso cochambroso con otros como él, hombres bien entrados ya en la treintena que malviven mientras sueñan con iniciar una vida de intelectualidad. Siguen viviendo en la calle Santiago de Chile, el barrio eterno de los pisos de estudiantes. Lois no hace preguntas. Coge las cartas y juega.

—Después de la que has montado, estaremos de acuerdo en que la multa que nos va a caer deberías pagarla tú, ¿no?

Mona recuerda a Danielón, sin dignarse a mirarlo, que ella no tiene carné y que todos los ingresos, gastos y pagos de la sociedad que tienen entre ambos están supervisados por un funcionario del juzgado. Danielón entiende que la ley no le permitirá semejante trampa. Vuelve a pisar el acelerador con saña. Rezuma rabia por todo el cuerpo.

Mona cierra los ojos y se repite que apenas les quedan cuatro bodas. Cuatro malditas bodas. Después la nada. El invierno eterno.

TERCERA PARTE



INVERNO

O era agua o era fuego. Siempre hemos sido un pueblo que ha venerado el agua, no en vano somos el país de los diez mil ríos. El agua forma parte de nuestra riqueza cultural, de nuestro patrimonio, de nuestro folclore. El agua está incardinada en nuestras diosas paganas, las sirenas y las xacias, de las que, al parecer, desciende una parte de nuestra nación. Tenemos una relación con el agua que va incluso más allá de lo telúrico, y eso es algo que yo no me veía capaz de transmitir. Por lo tanto, agua no podía ser. Tendría que ser fuego. Debo advertirles que nosotras siempre nos hemos sentido también muy cómodas en el fuego. Siempre hemos sabido disponer del fuego. Tenemos una gran tradición comunitaria, formal e informal, documentada y no documentada, en el manejo del fuego.

Palabra a palabra, todavía disfruta de cada una de las que ha pronunciado en la sala vip abarrotada. Su conferencia en los encuentros con coleccionistas y medios especializados en uno de los programas paralelos de ARCO ha sido la más concurrida de la feria. Mona recorre en un coche alquilado, un Alfa Romeo oscuro, encerado por un profesional fanático, la A-6, la conocida como autopista del Noroeste. Atraviesa la Meseta. Es febrero, y los campos yermos de Castilla duermen el sueño invernal. Va un poco por encima de la velocidad permitida, escuchando el motor, sintiendo que es ella quien manda en el coche, la que puede pisar el acelerador y ponerlo a la velocidad que le dé la gana, la que decide qué música tiene que sonar a todo volumen, la que canta a gritos y la que, en el fondo de la mente, sigue oyendo su propia voz amplificadas por el micro de la sala vip mientras suelta la intervención escrita y memorizada con esmero durante días enteros en la soledad de su desván.

Querría asimismo mencionar aquí, aunque sea de pasada, que el manejo del fuego y la creación artística van unidos de forma indisociable a nuestra historia como Humanidad. A día de hoy ya está documentado que la mujer neandertal, primero, y la sapiens, después, desarrollaron pensamiento simbólico, y lo manifestaron a través de la pintura en sus cuevas, en cuyo interior a mí no me cuesta nada suponer que, gracias al manejo del fuego, se pudieron permitir trascender una existencia utilitaria para hacer vida social e incluso intelectual, aunque fuera de un modo rudimentario. Cuevas de sobra conocidas en el Estado y otras recién descubiertas, como las de Eirós en Triacastela o la de Baleira, ambas en la provincia de Lugo, son las evidencias tangibles de esta asociación fuego-arte de la que les hablo.

Antón Piñeiro en primera fila, con su mujer, la legítima, la oficial. Sentada al otro lado del gran pintor, su nueva galerista, que es también la de él. Es decir, Antón Piñeiro se la prestó para ayudarla a salir del pozo, para ayudarla a volver al mundo del arte internacional. *Para que te sitúes donde tú y tu obra os merecéis*, le había dicho rimbombante, con su habitual tono paternalista. Mona piensa, mientras conduce el Alfa Romeo de alquiler por la A-6 a la altura de Tordesillas, de regreso a Galicia, que su sino es rodearse continuamente de hombres paternalistas.

Después tenemos también la idea del fuego en su propia dimensión simbólica, por ejemplo, como representación del Sol, que fue recogida ya en la antigüedad. Sin ir más lejos, me viene a la cabeza el mito de la caverna de Platón, con su juego dialéctico entre luces y sombras, fuego mediante, y la representación de la ascensión del ser humano en varios niveles de experiencia y conocimiento.

Al final, Antón Piñeiro ha sido clave en su resurrección. Ha sido su sostén emocional en los tres largos meses que ha pasado reconstruyendo su malogrado proyecto hasta llegar a montar la maravillosa instalación que ha tenido expuesta los cinco días de la Feria. Pero Antón también ha acabado siendo un padrino, en la acepción que siempre ha tenido en las aldeas, un seguidor. Lo que nunca quiso que fuera, pero que ha acabado siendo. Por eso ahora ella debe comportarse con el debido acatamiento, arrastrar su deuda de honor. Ha sido Antón Piñeiro quien con su influencia ha logrado que entrara en un programa paralelo de la Feria, la única forma de entrar a deshora, prácticamente en el último momento, saltándose todos los plazos de planificación que la comisión de valoración imponía. Las galerías presentaban sus proyectos expositivos para el programa general en junio, el suyo lo aceptaron, por mediación del pintor, hacía apenas tres semanas, en el programa especial comisariado por una élite de siete galeristas privilegiadas de todo el Estado, denominado *(re)Visiones*.

Tenemos también fuego festivo y sagrado, como el de los aquelarres, el de las hogueras de San Juan o de las antorchas de Castro Caldelas. Fuego sagrado y pagano que forman parte de nuestra tradición. Tenemos fuego de hogar, que es la lumbre más común, el de las lareiras, que todavía hoy todo nuestro pueblo es capaz de situar en nuestra memoria colectiva. Hemos tenido el fuego que guiaba, como el de las enormes hogueras que se encendían en invierno en la costa y que funcionaban como rudimentarios faros para advertir a los barcos de los peligros de los acantilados. Y tenemos también el fuego del combate y la venganza. El fuego que arrasó castillos y bienes feudales en la Revuelta Irmandiña, que fue la lucha del pueblo. Y el fuego que todavía devasta, heredero de pasados rencores personales o comunitarios, montes y montes en nuestro país. Todo ello está registrado en nuestra historia. Pero para mí, como hija de la tierra, el fuego es la materia con la que se escriben los ritos de las pobres: los de la limpieza, los del hogar, los de la supervivencia y los de la venganza.

La venganza. Lo cierto es que la venganza lleva tiempo formando parte de su ser. Y ahora, mientras conduce en la soledad de su mundo propio a través de la Meseta, sabe que la venganza que anida en ella no tiene nada de artística. Roi está muerto, y eso es algo que le duele más de lo que se esperaba, es un trance que no sabe si algún día podrá superar. Pero que desee que esté vivo, no mitiga el rencor profundo que le guarda a la concejala.

En un intento desesperado por evitar que acceda a la que fue su residencia conyugal, le ha puesto una demanda de paternidad para bloquear el reparto de la herencia. Ha presentado una solicitud formal para que se le deniegue el acceso a los bienes del presunto padre de su hijo hasta que se dirima la cuestión. Y sí, oficialmente lo ha conseguido.

Ha dedicado tres largos meses a reconvertir una malograda foto en una instalación coherente, pero también ha encontrado tiempo para ir filtrando pequeñas maldades a la prensa. Primero, envió un fotógrafo a la puerta de la casa consistorial el día en que su abogada acudió a reclamar la

fotografía que decoraba la sala de juntas. La concejala se despertó al día siguiente con un titular a cuatro columnas, como mínimo, perturbador: «Una concejala decora la Casa Consistorial con obras robadas a la mujer de su amante». Cuatro columnas para explicar que el hombre que fue pareja de la concejala de Participación Ciudadana y Turismo había fallecido en un desafortunado accidente de tráfico, sin llegar a divorciarse de su esposa legítima, una fotógrafa de reconocido prestigio, que es quien cobra la pensión de viudedad y quien figura como heredera universal en un testamento firmado al año siguiente del enlace matrimonial. Acompañan el texto dos fotografías, un primer plano de Ra Meixide y una reproducción en alta calidad de la imagen robada.

Mona declinó hacer declaraciones a todos los medios que se pusieron en contacto con ella al día siguiente, derivándolos a su abogada, que se encargó, con profesionalidad y eficacia, de asegurar que su clienta estaba muy afectada por el desarrollo del litigio sobre la herencia de su difunto esposo, que se había recluso en la casa familiar de la aldea, víctima de una profunda depresión, pues no era capaz de superar la muerte del que fue su marido durante casi quince años. La noticia de la réplica apareció con una foto de Mona bien peinada y maquillada, vestida de luto riguroso, en un falso robado mientras salía por el portalón de la casa de Caxeba, que con mucha habilidad distribuyó su abogada entre la prensa. No hubo ni una sola mención al incidente del verano anterior en la estación de O Castro ni a su condena por los delitos de daños y riesgo.

Creo que este es un salto cualitativo en mi manera de trabajar. He pasado de la plasticidad de la imagen estática de los Mares de miel, de hace cinco años, a narrar a partir de lo que podríamos denominar una mise en scène. Como habrán comprobado ya ustedes, diseñé una mise en scène fotográfica con tres elementos centrales: el tren como discurrir de la vida, los cipreses como cementerio y muerte, y el fuego como purificación y catarsis. E incluso, si me lo permiten, yo diría que como metáfora de la esencia del ave fénix. En esta obra más que en ninguna de las anteriores, mi yo artístico está manifiestamente presente, mi yo de autora consciente es un protagonista más. Hablo de ese yo que narra a partir de una disposición muy concreta y muy estudiada de todos los aspectos formales de la fotografía, como la luz, los objetos, los espacios y los elementos que fotografiar; de ese yo que diseña con antelación aquello que desea captar, el instante exacto que quiere aprehender.

Ha aprendido a jugar con los tiempos. ¡Vaya si ha aprendido! Han sido tres meses introspectivos de mucho provecho. Solo ha tenido que esperar el momento adecuado. Los días en que la actualidad política decae, en plenas Navidades, cuando se rellenan las páginas de los diarios con refritos de reportajes sobre juguetes punteros, previsiones de gasto por familia y paseos de Papá Noel y del Apalpador por los pueblos y ciudades de todo el país. En esa época aburrida y exasperante, en las redacciones y en las emisoras siempre queda algún periodista tenaz que hace la ronda de las llamadas de cuanto tema de los últimos dos meses ha quedado abierto. ¿Alguna novedad en el litigio entre la concejala y la esposa legítima del que fue su amante? Ha sido muy fácil.

Su abogada no ha tenido más que explicar, con naturalidad y rigor profesional, que no, que no habría novedades mientras no se resolviera la demanda interpuesta por su clienta para verificar la paternidad del hijo de la concejala. Que están pendientes de que la jueza autorice la pertinente exhumación del cadáver del presunto padre para obtener ADN con el que realizar la prueba. Que, por supuesto, tienen razones fundadas para dudar de la condición de hijo biológico del difunto.

Que están a la espera. Que hasta que no se dirima ese punto no se puede avanzar en el litigio sobre la herencia. Posiblemente un año, quizá uno y medio, o dos en el peor de los casos, ya se sabe, la justicia no es que vaya lenta, es que debe seguir los pasos y procedimientos precisos para ser rigurosa y ajustarse a derecho.

Confieso que yo, cuando me planteé este proyecto, no sentí en ningún momento la necesidad de reivindicar el abandono ni el pasado ni el tiempo perdido. En este trabajo lo que traigo es una lectura, una constatación. Traigo la muerte como paso necesario para la transformación. Y por ello, señoras y señores, el fuego era tan necesario.

Esta vez el titular ha sido demoledor, repugnante incluso: «¿Quién es el verdadero padre del hijo de Ra Meixide?». Ha sido el pistoletazo de salida para toda una serie de reportajes faltos de profesionalidad y de todo punto disparatados. Mona se imaginaba a la concejala recluida en casa de su madre, con su bebé de siete meses colgado del regazo, cancelando todas las apariciones públicas, víctima del lado más feroz del periodismo amarillo. La concejala y el que fue su marido apenas tenían fotos juntos. Mona ya contaba con eso porque sospechaba que él, siendo tan retorcido y calculador, habría evitado toda prueba de su relación extramatrimonial, en previsión de no quedar muy tocado en el aspecto económico a la hora del reparto del divorcio. Tanto era así que no había dejado ni una foto de pareja en el ámbito doméstico, solo algunas en lugares públicos, posando con más personas y, por descontado, ni una de ambos durante el embarazo. De ahí que la prensa, a través de las insinuaciones adecuadas, hubiera echado mano de todo un rosario de fotografías de exnovios de la concejala, e incluso de hipotéticos amantes, que iba sacando de páginas de Facebook y de cuentas de Twitter e Instagram ajenas, con las que fue componiendo toda una vida de disipación y libertinaje impropia de un cargo público y amantísima madre de un bebé que todavía no había echado a andar. Mona supo que la concejala había perdido de forma definitiva la partida en los medios cuando pasaron a denominarla por su nombre y apellidos tal y como aparecían en su documento de identidad: Ramona Meijide Pérez. Antes de fin de año, Ra Meixide, el nombre con el que apareció en los carteles electorales y con el que se forjó una trayectoria política, había pasado a la historia.

Yo no quería documentar el lugar que elegí como escenario. Tampoco quería correr el riesgo de caer en una ciencia ficción psicológica barata. Por ello recurrí a la dramatización de la escena y a la anticipación en su factura como fórmula para aprehender la parte inaccesible de la realidad, para detenerla, para atraparla. Permítanme que recuerde aquí una cita ya icónica de la gran Susan Sontag: «Cuando sentimos miedo, disparamos. Pero cuando sentimos nostalgia, hacemos fotos». Pues, con permiso de la gran ensayista, yo en esta pieza he querido hacer las dos cosas, disparar y hacer fotos.

Mona estuvo cuarenta y siete minutos de reloj hablando de su proyecto, de la estación de O Castro, un lugar remoto que nadie en aquella sala conocía, del fuego como reivindicación conceptual y también como elemento plástico con el que había acabado por dibujar su obra. El Alfa Romeo huele a productos químicos de limpieza caros y a ambientador con matices de incienso y canela. Dentro de media hora habrá llegado a Benavente. Le habría gustado poder conducir durante semanas flotando en esa sensación de éxito y triunfo absoluto que la embarga.

Atrás ha quedado la pesadilla del 12 de julio. La angustia de aquel día en el momento en que oyó los alaridos de los perros a su espalda mezclados con el estrépito del trípode y de la cámara al estrellarse contra el mármol de la lápida, mientras unos cincuenta o sesenta metros más abajo, en la estación de O Castro, la locomotora barritaba enloquecida avanzando en dirección al fuego. Fueron tres perros. Posiblemente sin dueño, puesto que Mona no volvió a saber nada de ellos. Se figuró que andarían por allí persiguiéndose y al entrar en el cementerio se enzarzaron entre las patas del trípode en el que había colocado la cámara de vídeo, tirándola al suelo; el más grande se quedó atrapado unos segundos entre las patas del soporte y aullaba como una fiera. Mona se giró asustada y echó a correr hacia el cementerio, mientras el tren pasaba por delante de la casa del jefe de estación. Al ver que no eran más que unos perros, que no había gente, volvió a la atalaya que había escogido para sacar las fotos de su vida. Al final, el tren no había frenado y cuando llegó a su puesto solo vio el furgón de cola alejándose entre los cipreses en llamas. Metió de cualquier manera los restos del trípode y la cámara rota en el maletero del coche de su madre y arrancó enloquecida. Los sollozos la asfixiaban en arcadas de desesperación durante el camino de regreso. La brigada contra incendios y los de Protección Civil tardaron más de dos horas en bajar a la estación, hacía ya un buen rato que los árboles habían dejado de arder. Oyó las sirenas de los camiones cisterna desde Caxeba, encerrada en el que primero fue dormitorio de la abuela Ramona y después habitación conyugal suya y de Roi. Estuvo doce horas llorando sin parar. Creyó entonces que aquello era el final. No contaba con las denuncias, con la detención, con la noche en el calabozo con los guardias civiles apiadándose de ella y de su futuro y recomendándole que se casara de nuevo, que buscara un marido decente que le diera una buena vida, que todavía estaba de muy buen ver, que no se preocupara, que le quedaba mucho mercado. Después vinieron el juicio, los titulares humillantes, la espantada de su galerista, el embargo de todo lo que tenía y de todo lo que tendría durante muchos años, la miseria absoluta.

No les hablaré aquí obviamente de la idea del paraíso, no quiero ofrecerles una imagen idealizada y nostálgica de mi tierra. Tampoco quiero que se queden apenas con la visión mísera y desoladora de la despoblación de la mal llamada España profunda, saco en el que también se mete, al parecer, la Galicia profunda, concepto que a mí no solo me cuesta comprender, sino del que no puedo sino renegar.

Evitó explayarse demasiado sobre el punto del paraíso y del antiparaíso. Tuvo muy en cuenta ante qué tipo de público se hallaba, gente de la capital, con mayúsculas, de todas las capitales posibles: geográficas, intelectuales, artísticas, económicas. Siempre ha sido muy consciente de que este tipo de capitales producen un material humano muy pedante, altivo, soberbio y celoso de sus fronteras. Sabe que nunca será de ese círculo, nunca pertenecerá a esa otra tribu, el clan de la élite. Por mucho que su instalación la haya adquirido una célebre fundación afincada en una ciudad del sur, ella jamás dejará de ser un peón.

Mona llegó a Madrid en los huesos. Tres meses trabajando sin tregua, angustiada, insegura y, en ocasiones, incluso hastiada, le habían dejado el cuerpo en ese estado de delgadez extrema y casi rozando la desnutrición que tanto gusta en los ambientes chics de la gente bien. Así, sin tratamientos, sin dietas, sin esfuerzo, después de engañar a un cerrajero para que le cambiara la cerradura del que había sido su domicilio conyugal y así poder recuperar la ropa de vestir y las joyas de diseño. Solo de ese modo podría ir ataviada en consonancia con su papel de artista atormentada y excéntrica. Después de engañar también a la organización de ARCO, diciendo que

debía viajar en coche porque tenía pánico a los aviones. Era la única manera de poder atravesar medio Estado al volante de un coche decente. Tenía que reconocerlo, se moría por volver a conducir. Unas semanas antes había hecho el maldito curso de recuperación del carné. Su nueva galerista se había encargado de gestionar el alquiler del vehículo, y la habitación del hotel y las invitaciones a cenas y fiestas vip. Fueron cinco días maravillosos interpretando el papel de una artista que no era ella. Mona nunca llegaría a ver en su cuenta bancaria la cifra astronómica que la Fundación había pagado por su obra. Ese dinero iría directo a las arcas del Estado. Seguía siendo una miserable. Pero durante cinco días reinó en el Olimpo de los dioses, como si se hubiera detenido en un oasis a salvo de su propia miseria.

Cierto es que mi pieza es visceral, poco complaciente. Pero solo a través de esta ficción, que para mí es totalmente real, podía narrar de forma visual un acontecer. Solo así podía presentar un mundo de sombras que se desvanece ante nuestra mirada de espectadoras impotentes.

Los cinco días de la Feria han sido unas vacaciones en otro mundo, en una galaxia exterior. Saídres queda lejos. Monchita ya hace tiempo que es un silencio en su vida. Danielón ha quedado aparcado como un mal sueño. La concejala, relativamente neutralizada, Mona supone que no será capaz de terminar el mandato. Lois, enfurruñado como un parvulito. Le negó el caramelo de acompañarla a ARCO. Los *no entiendo por qué no quieres que vaya* y los *¿no será que te avergüenzas de mí?* han acelerado un distanciamiento que no ha dejado en Mona huella alguna.

Supongo que ustedes ya se habrán dado cuenta de que lo que hago en este trabajo es utilizar un lenguaje muy primitivo. Presento la estación-cementerio como escenario emocional de una tribu anónima. Pero el formato que utilizo para exhibir ese escenario emocional es perfectamente accesible para cualquier tipo de público, proceda de la cultura que proceda. Es un formato totalmente universal.

Presentó su pieza a partir de una pared de nichos. Sesenta nichos, que han estado expuestos en la pared mejor situada de la galería con la que ahora trabaja. Seis filas por diez columnas. Tantos nichos como años transcurridos desde la inauguración de la estación de O Castro hasta la escenificación de su funeral de fuego.

Cada uno de los nichos funciona como un cinematógrafo. El espectador se coloca delante y al mirar en su interior ve la proyección. En un cuadrado totalmente negro emerge un tren de mercancías a cámara lenta. Se ve allá al fondo de la negrura, en un picado vertiginoso, y va avanzando por una vía herrumbrosa que apenas destaca en la oscuridad, hacia una doble hilera de cipreses en llamas. Ese trayecto, que en el original tan solo ocupaba veintidós segundos de filmación, se estiró hasta un total de sesenta segundos. Sesenta nichos, sesenta segundos. Ese minuto del avanzar de un tren de mercancías, suspendido en la negrura, tan lento, rodando hacia el fuego, crea una tensión y una angustia que hizo contener el aliento a miles de espectadores durante los cinco días de exposición.

Cuando está a punto de llegar al inicio de la doble hilera de árboles envueltas en llamas, la imagen se mueve, se gira, rueda sobre sí misma y se desenfoca en un movimiento brusco y ultrarrápido, que contrasta de forma radical con la lentitud del avance del tren. Enseguida la imagen pasa a negro y la proyección finaliza. Es como una bofetada. La caída de la cámara de

vídeo le proporcionó el recurso plástico perfecto para crear el anticlímax final.

La pieza ha alcanzado la perfección estética y conceptual, pero el camino ha sido muy largo. Perdió los dos primeros meses trabajando en la estela de las obras *trash*, de la denominada antifotografía, de la foto-basura, de las imágenes que parten de los errores y de los infortunios y se basan en el aprovechamiento de los accidentes azarosos. No acababa de sentirse cómoda en la basura. Ella no quería errores. Ella quería perfección. Por eso renunció a utilizar las pocas fotos que hizo y se decantó por el vídeo que pudo salvar de la tarjeta de memoria de la cámara.

Yo veo el abandono de un trazado ferroviario como el fin de un tiempo, que afecta al paisaje comunitario de una zona, a la transformación de un medio rural y a la readaptación de una sociedad concreta.

Por eso eliminó todo el paisaje de la escena que proyecta en la instalación. Por eso el tren avanza por un espacio totalmente negro, un no espacio, un infinito estremecedor. Porque por mucho que intentara explicarlo, no le sería posible transmitir la dimensión histórica de la estación. Por eso su tren avanza por un espacio inconmensurable hacia un destino de fuego. Los visitantes de la feria hacían cola ante su instalación para ver una y otra vez su tren de la vergüenza convertido en obra de arte.

No olvidemos que ese punto geográfico anónimo, esa pequeña y común estación de tren, nació hará pronto seis décadas como una construcción de futuro. Muchos de los miembros de la tribu que participó en la construcción de ese futuro viven todavía. De manera que yo pertenezco a una tribu cuyos miembros más vetustos están sobreviviendo al futuro que ellos mismos construyeron.

Para en el área de servicio de Benavente. El día está gris y frío, sin lluvia. Son las cinco de la tarde y queda poco para que anochezca. Llama a casa para avisar de que llegará tarde, no hace falta que la esperen para cenar. Podrá quedarse con el coche un día más, antes de devolverlo en el aeropuerto de Lavacolla.

Tengan en cuenta, señores y señoras, que el futuro toma una forma particular y diferente en cada época histórica. La muerte, en cambio, es común a todos los tiempos, no necesita renovarse, es atemporal y su presencia es siempre obligada.

Ha titulado su instalación D.E.P. Nota que su madre, al otro lado de la línea telefónica, no tiene interés en tratar detalles domésticos, le da igual que llegue o no a tiempo para cenar. Está histérica y se atropella al hablar. Se trata de la abuela Ramona. Ya le había ocurrido otras veces, pero ahora es más grave. Lleva dos días llamándome mamá. Mi madre lleva dos días llamándome mamá a mí. Mona no encuentra las palabras adecuadas para tranquilizarla. Mañana volverán al médico. A veces los fármacos estabilizan el problema unos meses, en algunas ocasiones incluso años. Ha leído que, en los casos más esperanzadores, la medicación ha retrasado la evolución de la enfermedad durante cinco años. Cinco años no está mal, piensa Mona en el cubículo tibio del Alfa Romeo. En menos de tres horas estará en Saídres.

La abuela Ramona se les pierde.

El primer pensamiento se le va hacia la serie documental sobre su familia que les prometió a

sus primas. Se siente un poco sucia por pensar en aprovechar la enfermedad de la abuela para un proyecto nuevo. Pero sabe que es ahora el momento, antes de que los ojos de la abuela Ramona se vuelvan ojos de vaca, dos globos acuosos, vacíos y varados en la lúgubre laguna del olvido. Mañana volverán al médico y ella se pondrá a trabajar. Mañana llamará a su nueva galerista.

Pero esto nada tiene que ver con su deseo. Ella lo que de verdad quiere es viajar, sentirse nómada. Continúa en el interior del Alfa Romeo y apoya la frente en el volante. Un destello de decepción le golpea las sienes. No podrá permitirse hacer, al final, nada parecido a su viejo proyecto viajero. Recuerda cuando conoció *The Traveller*, lo mucho que envidió el viaje que llevó a los geniales Jens Sundheim y Bernhard Reuss a trotar por medio mundo con el objetivo de introducir sus propias imágenes en cámaras de seguridad. Se dejaban grabar por cámaras de las fronteras, de controles de los aeropuertos, de entidades bancarias, de ministerios y parlamentos. Se habían dejado grabar por la primera máquina de café con *webcamincorporada* de la historia, uno de los grandes hitos del proyecto.

Con eso es con lo que de verdad sueña Mona, con coger una mochila y echar a andar por el mundo para volver con una obra nueva al año siguiente y miles de cosquillas en el cuerpo. Ese es su sueño. Ser capaz de volar.

Si no fuera por el dinero, por la maldita deuda. Si no fuera, quizá, por su incapacidad para lanzarse al mundo sin amarras. Sabe que no se atrevería a deambular por el globo terráqueo sin ningún tipo de paraguas asegurado que la ampare. En cuarenta años no ha sido capaz. Sigue con la frente apoyada en el volante y sabe de sobra qué le sucede. *Cobardía* es la palabra que le resuena por todo el cuerpo.

Se pasará un año haciendo foto-vudú, construyendo su narrativa familiar y hurgando en las viejas mentiras. Creará un maldito álbum que preserve las heridas menos indignas de su familia. Congelará a la abuela Ramona en un espejismo de eternidad.

Será doloroso.

Pero puede llegar a ser una obra magnífica.

Como ustedes habrán comprendido ya, señores y señoras, en D. E. P. hablamos del ciclo de la vida. Ni más ni menos.

NOTAS

[1] Yo ya te cortejé / cuando el amor era una hoja blanca. / Cuando la luna cortejaba a las altas cumbres, / yo ya te cortejaba. / Siempre, / desde la nieve de los tiempos, / yo, en tu alma. «Eu en ti»: Celso Emilio Ferreiro. *O soño sulagado*. Edicións Xerais de Galicia, 1991. Vigo.